







LAS TRES FIESTAS

DE

SEVILLA

21 cm

R-66239



AGUSTÍN EDWARDS Y MAC-CLURE

LAS TRES FIESTAS

DE

SEVILLA

SEGUNDA PARTE

DE

LO QUE VÍ EN ESPAÑA

IMPRESIONES PERSONALES

VALPARAISO

IMPRESA DE LA LIBRERÍA DEL MERCURIO

GRAN AVENIDA, 12

1897

LAS TRES FIESTAS DE SEVILLA

(IMPRESIONES PERSONALES)

SEGUNDA PARTE DE LO QUE VÍ EN ESPAÑA



LA SEMANA SANTA

Sevilla en estos días. — Las procesiones. — Una procesión á las tres de la mañana. — La cofradía del Gran Silencio. — La Virgen de la Macarena y entusiasmo popular. — La Semana Santa no me sorprende.

I

Sevilla en la Semana Santa cambia de aspecto. Su alegría se acaba para dar lugar á una animación concentrada, animación de mucho movimiento pero no animación alegre. La gente de este pueblo aficionada á colores vivos para vestirse, los deja á un lado y solamente se ven trajes oscuros por todas partes. Los coches no circulan desde el Miércoles Santo á las diez del día hasta el Sábado de Gloria

despues de las doce. Todo vehículo descansa en su cochera, los caballos en su pesebrera y de los animales de la creación no quedan circulando sino el racional y uno que otro perro. Al paso que va la mo la este último quedará á la altura del primero.

(En diarios de moda, aquí en Paris, he visto modelos de *trousseaux* para las perras novias, de manera que es muy natural que el perro y el hombre conjuntamente, sean los únicos que circulen en Semana Santa.)

Este movimiento monótono de gente, que va y viene buscando buenos lugares donde situarse para ver desfilar las procesiones, no es el movimiento que alegre.

Salí el Domingo de Ramos, en que se abre la serie con una de segundo orden, á eso de las tres de la tarde. La calle de Tetuán que desemboca en la plaza de San Fernando, estaba completamente llena de gente, que circulaba hasta por la vía de carruajes. De estos no había ninguno. En la plaza de San Fernando, poca gente pero en la de San Francisco... ¡Aquello era una nata! Desde unos días antes había visto trabajar en la alineación de sillas de alquiler, pero no me figuré nunca que fueran tantas, y al ver tantas, tampoco me figuré que pudieran todas ser ocupadas. Sin embargo no alcanzan y había quien queriendo alquilar, tenía que quedarse de pié. Frente al ayuntamiento un gran entarimado, dividido en palcos con barandilla. Allí se arriendan estos por ciento cincuenta pesetas

cada uno, con derecho a todas las procesiones del Domingo de Ramos, Miércoles, Jueves y Viernes Santo.

A la calle Sierpes, á la famosa calle Sierpes, le faltaban sus cuotidianos asistentes. Ahora la gente estaba en dos filas de sillas, agrupada á los lados, guardando cierto orden, cuando el encanto de esta calle consiste en los grupos desordenados que siempre la recorren. (1) Me volví a la plaza de San Francisco y entré en el ayuntamiento, con la intención de ocupar nuestro palco.

¿ Pero qué tienen los sevillanos que no pueden quedarse en su sitio? Lo mismo que en el teatro, aquí andaban de un lado para otro, conversaban por aquí y por allá, galanteaban, pues esto no puede faltar ni en Semana Santa.

Mucho más tarde de lo que creía vine á llegar al palco y no hacía dos minutos que estaba sentado cuando vino un amigo á invitarme para ir á las iglesias más próximas que tenían procesiones ese día. Ibamos á ver los alrededores y preliminares de una...

Cada dos minutos llegaban individuos, vestidos con el famoso traje de *cucurucho*. Eran los cófrades. Todos iguales, los trajes varían según la cofradía pero en la misma no se puede distinguir uno de otro. Alrededor de la iglesia se agrupaba mu-

(1) ¡ Que no se tome en mal sentido lo de grupos desordenados!

cha gente y no pudimos pasar. Fuimos á otra. Los mismos *cucurucho*s llegando, ya solos ó en grupos, la misma apretura alrededor del templo y la misma retirada sin ver nada. Esta escena se repitió en todas las iglesias que visitamos.

—Decididamente: no se puede ver los pasos sino desde los palcos. Lo mejor será que volvamos allá, dije al compañero.

— Bueno, pues, volvamos.

Eran cerca de la cinco de la tarde. Los grupos que había visto en la calle de Tetuán, en la plaza de San Francisco, en la calle Sierpes y en la Campana ya no eran grupos, eran ríos de gente. Sevilla estaba en esta parte, intransitable.

A codazos, patadas, uno que otro palo discretamente dado á tiempo y correspondido á veces sobre mi infortunado sombrero, pellizcos que hacían gritar a las viejas y que se repartían con generosidad sin igual (eran tan baratos), pisadas á piés de algun maduro en años y en callos, que lo hacían brincar como con la aplicación de una máquina eléctrica, juramentos de hacer volver la cara y tapársela hasta las menos pulcras, á lo que agregaba yo alfilerazos dados con mi prendedor que me había sacado para que no me lo arrebatara la corriente, eran el resumen de aquella apretura. Y si no hubiera sido por este partido que tomamos, no habríamos tenido nunca el paso libre para llegar hasta los palcos.

Por fin llegamos y nos sentamos en una banca,

á descansar, sudorosos y sofocados. Principiamos por hacer un inventario de nuestros efectos, pues habiendo terminado el semestre, digo la apretura, era justo hacer un balance general y ver el déficit operado en nuestro capital vestuario al salir á aquella empresa.

Mi compañero tuvo que cargar á pérdidas varias partidas: dos botones de los zapatos, deterioración absoluta del charol por efecto de las pisadas, ausencia de un botón de la levita, pérdida de un girón de cuero de la mano derecha, por querer separar bruscamente una señora que tenía la mala costumbre de prenderse toda con alfileres.

— Esta tía es un erizo, dijo cuando retiró la mano rasguñada.

Yo pude constatar que el clavel que llevaba en el ojal, cuyo costo era una peseta, había desaparecido y que un guante se me había caído gracias á la nueva moda de llevarlos sin ponerse como para decir que no le faltan á uno perras gordas de donde sacar cuero para preservar las manos. (Esto de estar á la moda, tiene sus inconvenientes.)

— Estamos aviados, dijo mi invitador á aquel paseo *tan agradable*.

— Dar gracias á Dios que hemos llegado con vida y salud, dije yo. Creí que iba á dejar media humanidad entre la multitud.

Entramos en los palcos.

— ¿ Qué han visto Uds ? nos preguntó una sevillanita.

- Estrellas, a la venida, le contesté.
— ¿ Y a la ida ?
— Nada, absolutamente nada.
— ¿ Y á qué fueron Uds. entonces ?
— A ver el aspecto de Sevilla á estas horas y las iglesias cuando saliera la procesión.
— En estas apreturas lo mejor es quedarse tranquilo en su palco y esperar, me dijo.

Así lo hice. Muy poco tuve que esperar para ver llegar las procesiones. Si hay alguna hora á propósito para ver estas, es el crepúsculo.

No sé por qué á medida que va bajando el velo de la noche, á medida que el sol va dejando solo rastros de su paso por el cielo, los pensamientos se hacen más concentrados, la conciencia habla más alto, los sentimientos relijiosos que todo ser humano tiene, por más que haya algunos que queriendo ser sobrehumanos se llaman libres pensadores, se despiertan con viveza, esa hora llama al recojimien- to y con la muerte del día se recuerda la muerte del hombre.

Eran las seis de la tarde del Domingo de Ramos cuando divisé á lo lejos luces ambulantes como fuegos fatuos, que salían de una masa informe por la distancia y la tenue claridad del día extinguiéndose. Mientras más se acercó, distinguí con más facilidad dos líneas simétricas de bujias, llevadas por dos filas de *cucuruchos*, cuyos largos bonetes, origen de su nombre, hacían un raro efecto. Aque-

llos hombres sin cabeza, con un cambucho negro, porque eran negros los primeros que ví, que les llegaba hasta los hombros, con unas faldas que terminan por atrás en colas que alcanzan dos y tres metros, con una larga vela en la mano, se me figuraron fantasmas. En Chile había los mismos algunos años atrás, pero yo estaba tan pequeño que apenas los recuerdo. Sólo un *cucurucho* se me ha quedado en la memoria. Era en una de las haciendas en que pasaba el verano. Ese no me impresionaba, á pesar de ser niño, porque muchas veces yo mismo le ayudaba á vestirse; pero estos, cuyas caras no había visto eran ya cosas mayores y mas respetables.

Sumamente ordenados venian y este orden me llamó la atención.

— ¿ Siempre vienen tan bien ? pregunté.

— ¿ Cómo tan bien ?

— Quiero decir tan en orden.

— ¡ Oh! nó: en las paradillas pasan los *cucuruchos* á refrescarse.

— ¿ Y con qué se refrescan ?

— Con aguardiente.

— Pues vaya un refresco.

— ¿ Qué quiere Ud. ? Si no fuera por eso, estos infelices llegarían muertos de cansancio. Para venir á desembocar en esta plaza á las seis como lo hacen, de seguro que han salido de la iglesia, si está cerca, á las cuatro, y para salir de la iglesia á las cuatro, estarían formados desde las tres; entrarán

á las nueve de la noche... Con que figúrese Ud. si necesitan refrescarse fuerte y firme.

— Tiene Ud. razón, le contesté.

Ya los primeros *cucuruchos* comenzaron á llegar y se paraban afirmándose en sus cirios de trémula y rojiza luz que daban un aspecto fúnebre á la procesión. Otro *cucurucho* que en lugar de cirio llevaba un báculo de metal blanco con una cruz en la punta, andaba para arriba y para abajo por el medio de las filas dando órdenes. Cada cuatro minutos la procesión se paraba.

— ¿ Estas son las paradillas ? pregunté al amigo.

— Sí.

— Pues si en todas se refrescan... desde las tres hasta las nueve...

— ¡ Oh nó ! en unas se refrescan unos y en otras otros ; se turnan.

Las andas tardaban un mundo en llegar. Por fin apareció la primera que representaba á Nuestro Señor Jesucristo yendo á casa de Pilatos (nó la de Sevilla) rodeado de los centuriones romanos; estátuas de madera, pintadas, llevada á hombros por unos treinta ó cuarenta individuos. Estos infelices van con un saco en la cabeza, metidos debajo del anda. De fuera no se les ve más que los pies y hacen fuerzas con los hombros. A estos los llaman gallegos aunque sean andaluces y es una costumbre en España reputar como de Galicia á todos los que hacen los trabajos duros, de fuerzas.

Siempre veía yo que alrededor de las andas,

cando paraba la procesión comenzaban á quemar mucho incienso, pero mucho. No sabía á que atribuirlo hasta que aquel joven complaciente con quien había andado en la apretura me dijo:

— Si oliera Ud. el tufillo gallego que sale de debajo del anda no le extrañaría á Ud.

— Todas las andas al llegar al ayuntamiento, giraban en media vuelta, dando el frente al palco de las autoridades. Esto es lo que llaman en Sevilla, el saludo á la autoridad.

Atrás de cada anda, entre las dos filas de *cucuruchos* iba una serie de mujeres y de hombres del pueblo. Pregunté qué era aquello.

— Son los penitentes, me dijeron. Uno de estos penitentes llevaba una inmensa cruz á cuestas.

A medida que pasaban *cucuruchos* y andas yo veía acercarse un punto mucho más brillante que los demás, indudablemente por la mayor cantidad de luces. Poco á poco aquello fué haciéndose más intenso, hasta que pude distinguir el conjunto.

En medio de una multitud de luces, rodeada de las flores más bellas que produce el suelo de Sevilla, con un manto de terciopelo cuajado de oro (1) cuyo ruedo calculo en tres metros, coronada por una diadema de oro con perlas y brillantes, lleno el cuello de collares y los dedos de sortijas, todo este oro y pedrería, dando reflejos con las luces, venía la

(1) El valor de estos mantos no baja de quince mil pesetas.

Santísima Virgen, estatua en madera de la cual no se veía más que la cara.

Alrededor de esta anda venía una multitud mucho más compacta que alrededor de las demás. Era un entusiasmo loco el que traían. Ya una voz de hombre, ya una voz de mujer era la que gritaba:

— ¡ Viva la Virgen !

— ¡ Viva Nuestra Santa *mare* !

— ¡ Olé tu gracia !

— ¡ Olé el salero !

— ¡ Que salerosa está !

Estas exclamaciones cesaban cuando la procesión paraba y el anda permanecía estacionaria. Entonces en medio del silencio más profundo, gente del pueblo, cada uno á su turno, se ponía delante de la Virgen y accionando y dirigiéndose a Ella le cantaba una saeta, canción de música triste y hermosa. Cuando alguno lo hacía mal ó desafinaba una nota, el silencio no se conservaba y murmullos y á veces risas mal comprimidas, se sentían. Estas saetas tienen siempre la misma música, estilo árabe; las coplas solo varían y suelen ser de propia invención. En ellas piden á la Virgen algun favor que quieren alcanzar ó simplemente le dirigen frases de cariño.

Vayan de ejemplo estas que oí en dos diferentes ocasiones:

Se lo *pet* llorando
la *vinge der Carme*
Er que me quite — á mi la salusita
y se la dé á mi *pare*.

Dejar que la vea
Dejármela vé
Aqueya mare - marcecita mia,
Por *última vé.*

Y luego vuelven á comenzar las mismas aclamaciones de antes y las andas se alejan junto con ellas. El que quiera seguir el anda verá que esto se repite continuamente hasta que llegan á la iglesia de donde partieron.

III

El Miércoles Santo se repite la misma función del Domingo de Ramos; el Jueves continúa, concluyendo á las nueve de la noche para seguir á la una de la madrugada del Viernes.

— ¿De manera que veremos algo nunca visto? Procesiones á la una de la mañana?

— Y á las dos, á las tres, á las cuatro, etc... hasta las siete.

— Va á ser curioso.

— Lo que sí te aconsejo es que comas, te acuestes y traigas algo en los bolsillos porque á eso de las cuatro el hambre comienza á apretar.

— Seguiré tu consejo.

A las nueve y media de la noche del Jueves Santo volvía al hotel de París. Comí y me acosté como me lo había aconsejado aquel amigo. Allá á las doce de la noche sentí que me tiraban de un brazo, justamente en el momento en que soñaba estar subiendo al cielo por mi celo en ver procesiones. Al principio, mi sueño me hizo creer que aquello de tirarme de un brazo formaba parte de él, y me imaginé que

eran los mortales y veniales que me sujetaban á pesar de las procesiones, para subir al paraiso. ¡ Cuál no sería mi espanto al despertar y encontrarme con la cara negra y horrible del sirviente, que con la luz tenue y titilante de la vela de noche, tomaba un tinte y unas proporciones descomunamente feas ! Creí no solo ver á los mortales y veniales, que me sujetaban, sinó al pecado original y á los siete vicios capitales.

Luego, oía muy mal, así es que no faltó un ápice para que me desmayara y así habría sucedido á no ser por mi compañero de cuarto que entró en ese momento y soltó la risa al ver mi cara entre soñolienta y asustada.

— Son las doce, señorito.

— Bueno y qué ?

— El señorito me encargó que lo despertara.

Entonces vine á desperezarme y me acordé que le había encargado que á las doce me llamara.

— Hombre, le dije, dispénsame, pero te había tomado por los siete vicios capitales.

— Para otra vez el señorito me tomará por las siete virtudes.

— Imposible. Por seis sí, pero en cuanto á la inocencia, que es blanca, imposible tomarte por ella.

Es costumbre en Sevilla ir á las procesiones del día á los palcos del Ayuntamiento de levita negra y sombrero de copa.

Yo me había quedado vestido, así es que fui en la noche tal como estaba.

— Todavía no es hora de las procesiones, señorito, me dijo el sirviente.

— ¿Y para qué me despertaste, entonces?

— Como el señorito me había dicho á las doce ...

— ¿Y qué quieres que haga á esta hora?

— El señorito puede ir á dar una vuelta por las calles centrales mientras dá la una.

— Bueno, pues eso.

Y salí. Comencé á andar y noté que muchas personas se quedaban mirándome.

— Sabrán que soy de Chile, pensé, y se extrañarán de no verme vestido con plumas de papagayo, como creen en Europa que andamos.

Continué y ya no me preocupaba mas de que me miraran, cuando sentí una cosa dura que cayó sobre la copa de mi sombrero. Me agaché al suelo para recojerla y al agacharme, un individuo que no supe quien fué y que no ví, con su baston me votó el sombrero, mientras otros gritaban :

— *Mien* Uds. al *tío* ese de chistera.

— Si *paece* un paleta.

— ¡ Abajo la chistera !

— Si será la que empeñó *Frutó ayé* ...

Yo todo corrido, recojí como pude el sombrero de copa, la cosa dura que me había caido sobre él y apreté á correr entre la multitud. Lo que llegué á una calle atravesada me fuí, no mucho mas despacio, hasta el hotel de París. Subí á mi cuarto á mudarme de sombrero y de traje. Mi compañero estaba despierto.

— ¿Qué traes ?

— Nada; absolutamente nada.

— No es cierto. Algo te ha pasado. ¿ Pero por qué te estás desnudando ? ¿ Qué no vas a las procesiones ?

— No me desnudo; me estoi mudando de ropa.

— ¿ Pero qué te ha pasado ?

— Pues bien, si quieres que te lo diga...

Y le conté, mientras me mudaba, la historia de mis desventuras.

— Es curioso, me dijo. Tú creías que te miraban de estrañeza al no verte con plumas de papagayo y era de estrañeza al verte con plumas de europeo.

— Equivocación de plumas, dije yo. Esta vez si que creo que no me fastidiarán.

Me había puesto un sombrero de paño suelto, de esos que llaman sombreros Ravachol, y una chaqueta oscura á la cual subí el cuello.

— Ahora, si no se van al extremo opuesto y te toman por anarquista...

En esta incertidumbre me eché de nuevo á la calle. Era la una menos cuarto. Me fuí á los palcos del Ayuntamiento y no había aún casi nadie. Á eso de la una y media comenzaron á llegar niñas bien abrigadas, pues á pesar de ser principios de Abril hacía un frío horrible, cosa rara en Sevilla. Me instalé con unas amigas en un palco y conversando esperamos que llegaran los pasos.

— Encontrará Ud. raro que haya procesiones á esta hora, dijo una de ellas.

— Raro nó, pero la hora algo intempestiva.

— Yo vengo, dijo otra, de cenar en casa y no encuentro intempestivo esto de venir á refrescar la cena...

— Con procesiones, interrumpí.

— Eso es.

— Dígame, pregunté á una tercera, ¿ Por dónde va á pasar la procesión ?

— Por la calle... ¿ Pues por dónde quiere Ud. que pase ?

— Como Ud. estaba mirando á aquel palco, creí que era por allí.

Y le señalé un palco donde había tres jóvenes. Se puso colorada.

— ¿Cuál de los tres ? pregunté.

— Es el moreno alto, contestó una por ella.

— ¿ De manera que Uds. vienen á las procesiones para hacer el oso ?

— ¿ Pues para qué quiere Ud. que vengamos ? me dijeron en coro.

Saqué un lápiz y un papel y apunté ;

Otra costumbre que hemos heredado en Chile de los españoles es la de pololear en las procesiones.

— ¿ Qué apuntó Ud. allí ?

— Nada ; recuerdos de viaje.

— ¡ No vaya Ud. á poner mi nombre !

— De ninguna manera.

Si este libro llega alguna vez á manos de mi interlocutora, podrá ver que he cumplido con mi promesa. Permanecerá ignorádo su nombre lo cual

siento por su hermosura. ¡ Que conste en estas páginas !

Entre broma y broma llegaron las dos y media de la mañana y recién se comenzaron á divisar allá lejos, las luces de las primeras cofradías.

IV

Pasaron dos, tres procesiones y seguíamos en la misma charla. Allá á las tres de la madrugada se oyó un murmullo por todas partes.

— ¡ Ahí vienen los del Gran Silencio !

— ¡ Ahí viene la cofradía del Gran Silencio ! era lo que se oía por todas partes.

— ¿ Qué cofradía es esta del Gran Silencio que mete tanta bulla ? pregunté.

Una de mis interlocutoras me impuso de que aquella cofradía era compuesta de lo más selecto de la sociedad sevillana y que se llamaba del Gran Silencio porque les era absolutamente prohibido decirse la menor palabra, desde que salían de la iglesia hasta no dejar sus hábitos de *cucurucho*.

— Si fueran mujeres los *cucuruchos*, dije yo, quebrantarían la prohibición cada cinco minutos por el solo hecho de estarles prohibido.

— Muchas gracias por el concepto en que nos tiene, me dijo.

— Si no es malo. Por el contrario. Decir que bastaría que les prohibieran hablar para que habla-

ran no es hablar mal de Uds. Hablaría mal si dijera lo contrario, pues diciéndolo, diría que habían Uds. dejado de ser mujeres. (1)

— No trate Ud. de componerla que le sale peor.

— Bueno, pues á otra cosa.

La cofradía del Gran Silencio estaba al frente de nosotros. ¡ Silencio profundo !

En verdad debo decir que así como chabacanas, de mal gusto y carnavalesca apariencia me resultaron las demás cofradías, ésta se presentó seria, tétrica, enlutada como es la Semana Santa y fué la Pasión de Cristo.

Vestidos de negro, pies á cabeza, con un cáñamo tosco alrededor de la cintura iban aquellos jóvenes, que tal vez muchos de ellos había visto días antes de frac y corbata blanca, en el San Fernando. Con señas indicaban los jefes la dirección que debían seguir los cófrades y los movimientos que debían hacer.

— El joven que equivocaba Ud. con la procesión ¿ no pertenece á la cofradía ésta ?

— Sí, me dijo, sí pertenece.

— ¿ Y entonces cómo está aquí hablando con los ojos en lugar de ir en silencio detras de los Santos ?

— Los ojos no meten ruido, me dijo.

— Eso lo veremos. Déle Ud. una mirada bien fija.

(1) Que conste que las excepciones confirman la regla. Puede que las mujeres chilenas sean la excepcion.

El otro estaba jugando con el bastón. Apenas lo miró, se le cayó de la mano, por recogerlo se resbaló y bastón y él metieron tanto ruido que fué lo bastante para hacer volver la cabeza á todo el mundo.

— ¡ Ve Ud. cómo los ojos hacen ruido? le dije. De nuevo se puso colorada.

— ¡ Quién quiere un *sandwich*? añadí sacando un paquetito del bolsillo.

Á todas se les ofreció y á mí también. Después saqué un cartucho de dulces y todas comieron incluso la que había venido á refrescar la cena. Mientras tanto los cófrades silenciosos continuaban pasando, probablemente mirándonos con envidia. No era para menos. Hablábamos y comíamos muy tranquilamente sentados, mientras ellos andaban silenciosos y tal vez hambrientos.

— Después que se sacan el traje se desquitan, me dijo una de las que oyeron aquella observación. Se van al círculo todos juntos á cenar. No los compadezca tanto.

Y ellos pasaban y pasaban hasta que por fin apareció la última anda de su procesión. Cuando pasó ésta vino un contraste curioso. Una bulla que aumentaba á medida que se acercaba el próximo paso.

Era la Virgen de la Macarena, la Virgen de las cigarrereras, la Virgen de los sevillanos de Triana (1), la Virgen popular por excelencia. Siendo la mayoría del barrio de Triana compuesta de las cigarrereras ó familias de ellas, esta Virgen es generalmente más conocida por el nombre de la Virgen de las cigarrereras. Estas son las que con sus ahorros costean esta procesión, los atavíos y manto de su Santa Patrona que son los más ricos y lujosos de toda Sevilla. Esta Virgen es la que anda en Semana Santa más tiempo fuera de su Iglesia.

Sale á las diez de la noche del Jueves Santo y entra á las once de la mañana del Viernes, recorriendo durante toda la noche las calles de Sevilla. A las cuatro de la madrugada, pasa por la plaza de San Francisco que á esa hora está mucho más concurrida que otros días á las dos de la tarde.

Era un ruido de aclamaciones, un delirio de entusiasmo indescriptible, un furor religioso desenfrenado.

(1) Triana, barrio popular de Sevilla, cuyo nombre viene del emperador Trajano.

nado, tan desenfrenado que lo estimo como pasando de la raya que limita al entusiasmo con el respeto.

— Que bulla más espantosa, le dije á un amigo, pues ya me había ido del palco de las niñas. (Quería apreciar bien aquella procesión tan característica, tan popular y estando con niñas...)

— Esto no es nada, más adelante es mucho peor. Puedo decirte que es terrible.

— ¿ Pero qué es lo que les sucede ? Estos cucuruchos no guardan orden ninguno. Ahí veo uno que está hablando con unas muchachas del pueblo, mientras la vela le está ceroteando la cola al cucurucho de más adelante.

— No te estrañes de nada, me dijo. Estos son el polo opuesto de los del Gran Silencio. Como son los que están más tiempo fuera de la Iglesia, son los que se *refrescan* más. Se entregan con demasiada frecuencia á libaciones de aguardiente y manzanilla de manera que á medida que avanza la procesión van pasando á la categoría de ebrios. Ellos beben á la salud de la Virgen pero ésta no los preserva por eso de que el licor les ataque la cabeza.

— ¡ Qué barbaridad ! dije yo.

Entre tanto en las paradillas, en lugar de cantar las saetas cada uno á su turno, cantaban de á dos y tres á un tiempo, formándose una algarabía que ya ! ya !

Concluían los *saeteros* que acribillaban á la Virgen y seguían las aclamaciones.

— ¡ Viva la Macarena !

— ¡ Olé ! ¡ Viva la Virgen de la Esperanza ! etc...

— Si esto sigue así, dije yo, y si aumenta como dice Ud. no sé donde irán á parar.

— Pues muy lejos. Cuando van próximos á la Iglesia ha llegado á tal delirio el entusiasmo, toman su papel con tal fervor que lanzan manzanilla y aguardiente en abundancia á veces acompañado de su respectivo vaso á la cara y manto de su Santa Patrona.

— Pero ese es un sacrilegio.

— Hecho de puro fervor religioso, me contestó.

— ¿ Pero el manto de la Virgen debe quedar imposible con tanto vino ?

— Así me parece. Pero no les da cuidado. Cuando se queda muy demasiado feo le compran uno nuevo.

— ¿ De manera que tendrán que comprárselo todos los años ?

— Más ó menos...

— ¿ Entonces esta gente es verdaderamente fanática ?

— Una cosa atroz. Y arraigados á su propia cofradía... Es tal el amor por ella y la creencia que no hay mejor que la propia, que llegan hasta insultar las imágenes de las demás. Les gritan tales barbaridades á veces, que una señora sería grave que las oyera.

— Este ya es el colmo, dije.

— Ahí tiene Ud. el resultado del fanatismo religioso que es tan condenable como el ateismo.

.....

//

Aparte de estas dos cofradías que son las más opuestas en todo, hay una serie de otras que sólo se diferencian entre sí, por el color del traje que llevan los *cucuruchos*. Hay unos que lo llevan de terciopelo morado, otros de terciopelo negro, de seda blanca, combinaciones de blanco y negro, de morado y blanco, etc., etc.

Se nota que los *cucuruchos* mientras mejor vestidos van, pertenecen á una clase inferior de la sociedad. Los que van vestidos de géneros más burdos son los caballeros y jóvenes de la aristocracia.

Lo que es las andas son todas iguales. Las vírgenes con los mismos mantos bordados, el mismo palio con seis columnitas ó sostenes, de plata. Los Cristos : las mismas cruces, los mismos cuerpos, las mismas caras y á todos aunque crucificados y sufriendo no les falta un paño de terciopelo bordado de oro alrededor de la cintura.

Todos los Cristos tienen su sobrenombre. Hay uno á quien han puesto el *cachorro*.

Entre estos me llamó la atención uno que llevaba la cruz á cuestas. Iba vestido de una capa de terciopelo azul hermoso, bordado de oro, en los pies zapatillas de baile de raso blanco y los dedos cubiertos de anillos.

A uno de los guardianes romanos de madera, que también los hay de carne y hueso, que rodean al Cristo le han puesto el sobrenombre de *Chamizo*. Le tiene un odio la gente del pueblo á este *Chamizo* que cada vez que pasa el anda le gritan :

— ¡ Abajo *Chamizo* !

— ¡ Muera *Chamizo* !

— ¡ Ahí va *er* bruto del *Chamizo* !

Y otras atrocidades mucho mayores que éstas.

Decía que también había guardianes romanos de carne y hueso y no he dicho mal. Una de estas cofradías en lugar de vestir trajes de cucurucho, viste trajes de centurión romano. A su cabeza va una banda de músicos vestidos de la misma manera. Se despliega en este vestuario un lujo regio.

Me contaron (no sé si será verdad) que al que hacía de capitán de aquella legión romana le había costado su traje quince mil pesetas. Estas quince mil pesetas eran producto de ahorro de años y años, pues el individuo era un simple obrero.

¡ Y por salir bonito unas cuantas horas, quién sabe cuantas otras tuvo que trabajar poniéndose feo !

¡ Tal es el entusiasmo popular de Sevilla en Semana Santa !

VI

Dos rasgos característicos que noté en todas las fiestas de Sevilla, me llamaron también la atención en las de Semana Santa :

1.º Que todo el mundo se trataba como en familia.

2.º Que aquella era una fiesta igualmente para el rico, como para el pobre, como para la clase media.

Todos tomaban parte según su rango y condición. Lo mismo observé en la Feria y en las corridas de toros.

Muchas otras cosas me llamaron la atención en lo referente á sus detalles, pero el núcleo mismo de la cosa, es decir, la Semana Santa y sus procesiones, no me sorprendió.

Gran fama tiene en Europa, y encuentro muy lógico que sorprenda á un inglés, francés, alemán, ó cualquier otro habitante de estas regiones donde no están acostumbrados á ver procesiones por las calles, pero á un sud-americano como yo, que ha visto desde pequeño en su país procesiones análo-

gas, la Semana Santa no sorprende en sí misma si no en sus detalles.

Al decir detalles me refiero al lujo, riqueza y entusiasmo popular.

Si agrego á esto que aquí las imájenes son esculpidas por los escultores más notables que España ha producido y que allá son de aquellas que por cientos elaboran las fábricas de Francia y Alemania en cartón piedra y otras composiciones, tendremos una explicación clara de por qué á nosotros los sud-americanos, la Semana Santa nos llama la atención sólo en sus detalles.

Para terminar con la Semana Santa daré de ella una descripción en seis palabras que me hizo un sevillano, y que la retrata de cuerpo entero, como se suele decir :

— Es un carnaval á lo divino, me dijo.

Un inglés que había ido á presenciar la Semana Santa y á quien invitamos a nuestro palco, me contestó cuando le dije que llamaban á esto un carnaval relijioso :

— *That's quite true, but I think t'is 95 per cent of carnival and 5 per cent of religion.* (1).

No le faltaba razón en parte.

(1) Eso es muy verdad, pero creo que es 95 por ciento de carnaval y 5 por ciento de religión.

LA FERIA



Un poco de historia. — Aspecto general y sus divisiones. — Las casetas de los círculos. — Los bailes flamencos. — La calle de los gitanos, un museo distinguido y un espectáculo *caro* con fenómenos. — Las iluminaciones.

I

¿Cuál es el origen de las ferias?

He aquí una cuestión.

De las épocas históricas, la primera en que se oye hablar de ferias es la Edad Media. Estas consistían en mercados que se sostenían en lugares donde había fiestas, sobre todo donde había fiestas religiosas, y tenían entonces una importancia capital que no han podido conservar hoy.

En aquella época en que á la mamá de James Watt no se le había ocurrido tener este hijo, y menos á éste, inventar el vapor; en que, las comunicaciones eran difíciles y en que la mayoría de los

caminos no cumplían con el requisito de la menor distancia entre dos puntos, era necesario que los habitantes de los campos y serranías tuvieran días precisos en que pudieran aprovisionarse en algún centro de reunión, de los elementos necesarios á la existencia.

La feria más primitiva que se conoce es una, que las crónicas más ó menos oscuras de aquellos tiempos dicen haber tenido lugar en Francia bajo el reinado del rey Dagoberto. Cuentan que allá por el año 629 este distinguido sujeto fundó la feria de San Dionisio.

Se abrió el día del apostol de Francia y duró cuatro semanas.

« A fin de que los mercaderes de España, de Provenza, otros países, reinados y aún de ultra-mar pudieran asistir » decía el decreto, bando ó lo que fuese.

El abate de San Dionisio fué autorizado por *Monsieur* Dagoberto para embolsicar todos los derechos de peaje de la feria y naturalmente el abate, que no era lerdo, embolsicó todo lo que pudo y que no le contrabandearon.

Durante las cuatro semanas fué prohibido bajo multa, que debía recaer á fondos de aquel dichoso abate, el vender en otra parte que en el recinto de la feria, se entiende en los alrededores de París.

Tal era la feria de San Dionisio, la más antigua que se conoce.

Los ingleses, á quienes no les gusta quedarse

atrás, inventaron también allá en el siglo XII su feria, que bautizaron con el nombre de San Bartolomeo, por ser concesión hecha al priorato así intitulado, y que duraba tres días. Estas ferias tenían lugar en Londres.

Pero como todas las cosas, en su principio fué casi desconocida y sólo allá en el siglo XVI vino á ser célebre. Necesitó cuatro siglos para hacerse reputación gracias á que en aquel tiempo no se conocía la *reclame* (1). Lástima fué que le duró poco esta prosperidad, pues comenzó á decaer tan rápidamente que en pocos años se convirtió en uno de los lugares más infectos, en centro de placeres desenfrenados de todos los aventureros que llegaban a Londres. En el siglo XVIII volvió á sus buenos tiempos y en 1838 tuvo á bien El Gobierno de S. M. enviarla á paseo.

Hasta hoy día está suprimida.

No tengo para qué citar todas las ferias que se han conocido en la historia hasta nuestros días. Baste saber que la de San Dionisio y la de San Bartolomeo son las dos más célebres que se conocen en la antigüedad.

Las ferias modernas aunque no han cambiado en su base, han cambiado en su forma. Ya no son estas con el objeto de surtir las casas de lo necesario para

(1) Si lo hubieran conocido habría salido un *automóvil* con un gran aviso diciendo: « *No tomar el tren ni el vapor sin visitar las maravillas de la feria de San Bartolomeo* ».

la vida. Aquello ha quedado, casi se podría decir, como un pretexto para divertirse. Tenemos, por ejemplo, en París, todo el año; una feria ambulante que recorre la población y unas veces está frente á los Inválidos, donde primero la conocí, otras en Neuilly, donde la visita la mejor sociedad parisiense, otras en el Boulevard Rochechouart y en otros barrios, pero esta feria no se compone sino de gitanos que en sus carromatos llevan diferentes elementos de diversión. (Véase la página 141 de la Primera Parte de este libro).

La feria de Sevilla, así como casi todas las ferias españolas es la que en nuestros días ha conservado más el carácter antiguo, pues á ella llevan los agricultores de la provincia, todos los años, ochenta mil cabezas de ganado, que venden ó no venden pero que tratan de vender.

En el año en que yo ví la feria hubo transacciones de cuarenta mil animales diferentes.

¡ Dígame Ud. si es animalada !

— De todas las ferias la más característica es la de Sevilla, le decía yo á un amigo que no la ha visto y que estaba entusiasmado con la de Neuilly.

— No hables tú, me contestaba. No eres imparcial. Hasta ahora no te he oído nombrar una cosa sevillana á la cual no le agregues el calificativo de característica.

— No trato de imbuirte en mi opinión, pero si alguna vez vas por aquellas tierras, volverás con las mismas ideas que yo.

Y como decía á aquel amigo, hace algunos meses, digo hoy á mis lectores.

¿ Nos hemos entendido ?

Pues bien; adelante, que leereis cosas nuevas y nunca vistas. Tal vez oidas...

II

Con motivo de esta venta de animales, aquel campo se convierte en una verdadera población, artificial si se quiere. A la orilla de los prados en que los asnos, caballos, bueyes, cerdos, carneros, beben, duermen y ejecutan con regularidad las demás funciones de la existencia, funciones que si benefician el terreno, no es lo mismo con el olfato de los que se encuentran por allí cerca, se establecen tiendas de tela y madera que no podría llamar precisamente tiendas de campaña, pues, si bien unas tienen la forma de tales, la mayoría no la tienen.

Los sevillanos están por lo cuadrado ; nó por lo piramidal.

Inútil creo decir que estas tiendas son el albergue, durante los tres días que dura la feria, de los concurrentes á ella. Estos concurrentes se pueden dividir en cuatro clases. 1.º Los que se ocupan de la venta de animales. 2.º La *high life* sevillana. 3.º La clase media. 4.º El pueblo no soberano, pues España no es República.

Naturalmente el lujo de las tiendas está en razón directa del bolsillo de sus propietarios y como para llegar á las alturas de la *high life* es preciso cabalgar sobre un montón de pesetas, resulta que los *high life* son los que tienen mejores tiendas.

Pero sea con lujo ó sin él, cada una de estas tiendas es un centro alegrísimo de reunión en que no se piensa sino en cantar, bailar, comer y beber. Lo que es dormir, á la mayoría de los habitantes de la tierra de María Santísima se les olvida durante el 17, 18 y 19 de Abril.

¡ Todos se divierten según sus medios y según sus gustos ! Y cada clase en su lugar, sin inmiscuirse en las otras, ni envidiar la alegría del vecino. Están tan bien separadas por calles que el que quiera estar entre pueblo, está seguro de rodearse de él por todas partes si va á la calle de los Gitanos, y el que quiera rodearse de animales no tiene más que meterse á pacer tranquilamente en los prados junto con ellos. Lo mismo digo del que quiera estar entre buena sociedad, entre los de medio pelo, ó entre los vendedores de ganado.

No se crea que son sólo vendedores de ganado y paseantes los que van allí. Hay vendedores de todo cuanto se pueda ocurrir á uno, incluso vendedores de la alimentación cotidiana. Los gitanos (á ellos se les debe el nombre de " calle de los Gitanos " que tiene la más popular de la Feria) no se quedan atrás y se instalan allí, exponiendo fenómenos, museos de cera, haciendo títeres, dando

vuelta á los Tios vivos (1) para los niñitos. (El que suscribe, se cuenta entre éstos, pues hizo uso de los caballitos de palo en compañía de otras *giagüitas* de su edad).

¿ Qué tiene esto de particular cuando conozco un señor que ha pasado los cuarenta, edad más que doble de la mía y á quien aún le da por las cosas infantiles ?

.....

En todas las secciones de la Feria encontraremos un espectáculo diferente. Si vamos á la venta de ganados encontraremos á compradores y propietarios que recorren los prados en todas direcciones, que discuten la buena ó mala salud de un asno, el grado de aguante de un caballo, la densidad de la grasa de un cerdo ó de un buey, las dimensiones de la udre de una vaca, *la fecundidad de una mula* y la esterilidad de una yegua.

Y en los animales andaluces hay una cosa digna de observarse. Son muy educados y no son socialistas. Conocen su puesto y no tratan los más chicos de igualarse á los más grandes. Cualquiera que me lea creerá que estoy diciendo una barbaridad muy gorda. Tal vez la figura se remonta un poco, pero ello es que lo explica bien.

Quiero decir, que á pesar de la ausencia absoluta

(1) Se llama Tios vivos en España á los *carrouscles* que decimos nosotros, tomando una palabra francesa cuando no tenemos por qué.

de barreras que separe los piños de caballos, de los de bueyes, cerdos, vacas, burros y mulos, ninguno de estos se mezcla con los otros; cada especie permanece aislada de las demás y toda la masa de animales de un propietario no se mezcla jamás con la masa de animales de otro.

Pero á pesar de tener tan buenos modales no sucede lo mismo con su conversación y todos chillan á un tiempo en su lengua y á su manera, formando una algarabía tan espantosa que me hizo decir:

— ¡Pero si esto es la Torre de Babel... animal!

De manera que, si no me he explicado mal, tenemos que la feria se divide en cuatro partes, separadas por barreras invisibles pero reales.

1.º La venta de animales.

2.º Las tiendas de la aristocracia.

3.º Las casetas de la clase media en que está la *flamenquería*.

4.º Las diversiones del pueblo.

Si me preguntaran cuál me gustó más, he aquí la respuesta que daría:

— En compra de animales no me metí. Las tiendas de la aristocracia, como se desprende naturalmente, es el centro de la elegancia, de las diversiones sociales. Las casetas de la clase media son más entretenidas para una hora ó dos, porque esto de ver bailar flamenco aburre al cabo de los sesenta ó ciento veinte minutos. En donde me divertí más fué entre el pueblo y sus entretenimientos. Aquello es más alegre, más animado. Hay

más vida característica. Las actitudes de la buena sociedad son cosmopolitas. En todas partes son lo mismo. Las de la clase media y el pueblo, varían mucho, según el país y aún según la provincia.

Me entretenía más oír las apreciaciones y palabras llenas de gracia natural, picantes de por sí y sin estudio, del pueblo, que las preguntas sobre el estado y el tiempo, la salud de los de casa, la concurrencia del teatro, el vestido de la fulanita, los amores de zutano, etc., temas agotados en España, en Chile, en Francia, en el Japón y en la Laponia.

.....
 La venta de animales se hace durante todo el día pero especialmente desde las cinco ó seis de la mañana hasta la una de la tarde. En estas ocho ó siete horas está todo el furor de las transacciones.

No se crea que todo el ganado que se vende en la Feria es el desperdicio de lo que no se puede vender de mano á mano entre propietario y particular. Creer esto sería error y muy profundo. Baste este sólo dato para saber que en la Feria se vende desde estos desperdicios hasta los animales de raza las más finas que se conocen : en el segundo día de la Feria que yo presencié, se vendió una pareja de caballos por valor de dieziocho mil pesetas.

La memoria me falta, que si nó, creo que habría podido citar otros tres ó cuatro casos como este.

El ganado que no se alcanza á vender allí va á las demás ferias de las ciudades de Andalucía.

III

Para ir por orden, y ya que he hablado de la venta de animales, pasemos á hablar de las diversiones de la aristocracia, segunda sección en que he dividido La Feria.

Por lo general no es costumbre en Sevilla que los pudientes tengan casetas, pero á pesar de eso hay dos ó tres familias lejudarias de aquí como los Parladé, que las tienen y muy lujosas.

Pero la mayoría de estos pudientes se reúnen en las tiendas del "Círculo de Labradores" y del "Casino Sévillano" de los cuales casi todos ellos son socios y á cuyos círculos tienen derecho, durante la feria, de llevar á sus familias.

Como ya lo he dicho, no hay nadie más hospitalario que los españoles.

Los sevillanos han inventado un sistema de manera que el extranjero pueda tener entrada en estas tiendas. Para ello le hacen á uno socio transeunte por veinte días, más ó menos la duración de las fiestas primaverales en que en estos círculos se descargan de las ganas de dar fiestas acumuladas durante el año.

Cierto es que uno paga unas cuantas pesetas por esta tarjeta, pero no compensan ellas (las pesetas) la calidad y cantidad de las fiestas. Sobre todo cuando uno se divierte realmente no hay dinero con qué pagarlo. Lo triste es gastar mucho y no encontrar una cosa que realmente divierta, que haga pasar un rato agradable y haga olvidar las penas de la vida, á los que las conocen.

Yo he tenido sólo ocasión de conocerlas á medias y puedo asegurar que no son pocas.

La feria, como ya sabemos, dura tres días y durante ellos, raras son las horas en que las tiendas de ambos círculos están desiertas. A los sevillanos les gusta *agarrarla* desde temprano y cuando se divierten, que es siempre, apuran la diversión hasta agotarla. Por eso es que á pesar de haberme levantado á las nueve el primer día de feria, ó sea el diecisiete de Abril y á pesar de haberme lanzado sobre la marcha, en un carronato al recinto de aquella, encontré en el " Círculo de Labradores " la función en su punto. No se bailaba por el momento pero se conversaba, se hacía el oso, se galanteaba y se paseaba. No faltaba tampoco quien devoraba en el restaurant anexo al Círculo. La tienda del " Casino Sevillano, " que está al frente de esta, la ocupaban sólo unos cuantos mozos que preparaban una enorme mesa para un banquete, nó con el objeto de obsequiar á nadie sino con el objeto de obsequiarse todos unos á otros.

El sol estaba espléndido aquel día, tal vez dema-

siado espléndido y pródigo como no se le pedía de sus propiedades de calefacción. Esta circunstancia obligaba á las niñas á vestir trajes lijeros, y lo más vaporoso que la decencia permitía, atractivo agregado á la alegría ya reinante.

Parte de los concurrentes aristocráticos estaban cómodamente sentados en aquella tienda y parte se daba el trabajo de desperezar los miembros, encojidos por el sueño, andando sin alejarse mucho, por medio de la calle.

Poco á poco fueron llegando y á las once del día estaba aquello lleno. Pero así como llegaron á pausa, se retiraron ídem y á la una los pocos que quedaban, estaban almorzando en los restaurants. A las dos ya estaban otra vez allí, pues, parece que los sevillanos, dan poco tiempo á las funciones de la vida, durante la feria. Se alimentan de baile, toros y amor, que son platos muy agradables pero poco suculentos. A esa hora comienza la orquesta en el "Círculo de Labradores" y ya los lanceros, rigodones y walses se suceden sin interrupción hasta las cuatro de la tarde, hora en que la feria queda desierta y la Plaza de Toros se llena.

Una vez que la corrida ha terminado, con ó sin accidentes, los coches, ya particulares ó de alquiler, que esperan á las puertas de la plaza, se llenan de la gente que puede y tiene cómo ocuparlos. Aquellos coches se encargan de pasear á los sevillanos y demás por "las Delicias" primero, y en seguida por

el recinto de la Feria. Cuatro y cinco filas de carruajes se suelen formar en estos días.

¡Y qué carruajes! Los hay de todas especies y de todas edades. Aquello es una verdadera colección arqueológica. Carrromatos, berlinas, carricoches, landaus del tiempo de don Sancho, caleches sacados de algunas excavaciones hechas en las ruinas romanas que existen cerca de Sevilla, diligencias del tiempo de Felipe IV y al lado de éstos se ve una elegante victoria con neumáticos, un *coupé* último modelo de París, un phaeton, un *mail-coach* del 1895 y así. Es un verdadero charquican sobre ruedas.

No me olvidaré nunca haber visto en Sevilla al pretendiente del trono de Francia, el duque de Orleans, de sombrero cordobés, chaquetilla corta, montado dentro de una de estas antigüedades con otros seis individuos.

Habría estado muy á propósito para hacer su entrada á Francia y despertar en seguida el entusiasmo monárquico de los franceses.

¡Que más se hubieran querido que un rey torero! Para los marseleses y vascos no hubiera tenido precio.

Era una diversión para mí examinar en sus detalles cada uno de los coches. Todas las mujeres con claveles en la cabeza, que ellas mismas cultivan en macetas, en los balcones de sus dormitorios, (1)

(1) ¡ Quien fuera clavel !

con la legendaria e ineludible mantilla, colocada con esa gracia exclusivamente andaluza, cuyo color blanco hacía resaltar el tinte moreno oriental de aquellas caras encantadoras y aún más el negro brillante de esos ojos vivos como los de un gato en acecho. Los hombres con su sombrero cordobés, sus corbatas de vivos colores y todos con la alegría y el entusiasmo pintado en el semblante, que hacen verse hasta los más viejos como si no pasaran de los quince. Encontrones de coches por aquí, juramentos de los cocheros, conversaciones de un coche á otro, gritos de júbilo, en medio de los relinchos de los caballos, de los mujidos de las vacas, del bailar de las ovejas, del chillar de los cerdos, del gritar de los vendedores ambulantes... Y en esta zalagarda, en este alboroto, nos pilla la caída del sol y héteme aquí, que las filas de carruajes de cinco bajan á tres, de tres á dos, de dos á una, de una á grupos de coches que quieren sacarle el jugo al paseo, como decimos en la tierra, y por último no queda ninguno.

Los sevillanos y demás se han ido á comer. Dejémoslos que repletan la panza hasta las ocho y media.

.....

— Es preciso ir de *frá* esta noche al círculo, me había dicho un sevillano.

— ¡ Y de chistera ? le pregunté.

— Nó ; esa puedes dejarla en casa. Como no quieras que se repita la escena de Semana Santa...

— Gracias ; no tomaré.

De manera que á las nueve de la noche me presentaba yo á la feria de *frá* y de sombrero de paja. Al principio llegué medio *acholado*, como le dije á un sevillano que no entendió mi expresión, creyendo que sería el único, ¿ pero cuál no sería mi sorpresa al encontrar á todas las niñas de descote y de mantilla ?

Por allí se va el frac con sombrero de paja y el descote con mantilla.

— ¿ Y qué se hace ahora ? pregunté.

— ¿ Ahora ? Pues buscarse una *múchacha* y apúrese Ud. amigo que luego estarán todas tomadas para el primer baile.

Que raro efecto me hizo aquel baile en gran *toilette* en medio de un campo verde y de praderas llenas de animales pastando. Se me figuró estar soñando algún cuento de hadas en que por mágico encantamiento, en medio de aquellas verduras, se ha levantado esa multitud que, loca de gusto y entusiasmo, baila y rie, se divierte y echa una cana al aire en esas horas en que Sevilla no conoce la tristeza ni tiene nada que ver con esa señora.

Siguiendo el consejo del sevillano me apresuré á buscar compañera, porque han de saber mis lectores que en medio de la tienda del círculo de Labradores hay un gran espacio rodeado por una pequeña división de madera de unos treinta centímetros de altura, que nadie puede atravesar á menos de ir acompañado con persona del sexo opuesto y con

intenciones de lanzarse en el torbellino de un valse ó polka, ó bien en las cadenciosas reverencias de un rigodón ó lanceros.

Por eso fué que me *apescoché* de una sevillana robusta y bien formada, que me hizo recordar un amigo inglés que cada vez que hablaba de su hija decía :

— Yo tengo una hija muy fuerte.

— ¿ En olor ? le preguntaba yo siempre.

— Oh *nou*, mucho musculada.

Así era mi compañera de valse. Dimos dos ó tres vueltas, y como yo no lo hago mal en el *mucho musculado*, resultó que ambos al cabo de aquellos dos ó tres torbellinos, necesitamos buscar defensa contra el calor, y al efecto nos lanzamos por el sendero del *buffet*. No recuerdo qué fué lo que consumimos, pero sí me acuerdo que concluída nuestra cenita quise pagar y el mozo me dió la agradable noticia de que áquello era gratis.

— ¡ Lástima que esta Feria no dure todo el año ! exclamé al irme.

Cuando llegué al Círculo creí, de puro inocente, que aquella función duraría hasta las diez ó once y que pronto empezaría á decaer el entusiasmo.

¡ Cuál no fué mi sorpresa cuando á las once el furor por bailar crecía y crecía y la fiesta se alegraba y se alegraba hasta que á eso de las once y media aquello era el delirio, el no más allá, la alegría de la alegría y la nota culminante de todas las fiestas del día !

A esa hora ví que la gente comenzó á disminuir hasta que fueron quedando muy pocos, y ya me preparaba para volver al hotel de París cuando oí que uno me decía :

— ¿ A dónde va Ud., mi amigo ?

— ¡ Pues á dormir ! ¿ Y á dónde quiere Ud. que vaya á esta hora ?

— Pues al Casino.

— ¡ Cómo ! ¿ Pero que no se han ido todos ya ?

— Cá, hombre. Si sólo se han pasado al frente.

— ¿ De manera que allí sigue la función ?...

— Hasta las dos de la madrugada.

— ¡ Qué aguante hombre ! Remuelen todo el día y la siguen en la noche.

— Nosotros los sevillanos tenemos setenta y dos horas en el año en que nos divertimos hasta reventar.

— Pues yo les deseo que se diviertan y que no se revienten. Buenas noches.

Y me fuí á acostar.

Las tres noches de la Feria se repiten estos bailes y cada uno que pasa parece que es un impulso nuevo, como los últimos esfuerzos del que se va á ahogar, para animar á la gente, hasta que el del tercer día se cierra con un cotillón dirijido por alguna de aquellas sevillanitas de mantilla.

Este año lo dirigió una hija del Gobernador de la Provincia que lo hizo con toda la gracia andaluza, á pesar de no serlo. Pero en Sevilla la consideran tal porque á pesar de no haber nacido en aquellas

tierras, ha pasado la mayor parte de su vida en ellas.

.....

Después de transcurridos los tres días de Feria, parece que los aristócratas no tienen bastante y continúan sus funciones con carreras de caballos. Estas duran dos días, sino íntegros al menos en parte. Los dos días que siguen á la Feria desde la una del día hasta las seis de la tarde se encuentran los sevillanos reunidos en el Hipódromo de Tablada. Este hipódromo, aunque, más chico, es por el estilo del nuestro, en Viña del Mar. La gente concurre á ramadas ó palcos como las llaman aquí. Cada familia lleva su respectivo *lunch* en que los líquidos predominan sobre los sólidos y allí, con tan buenos elementos, se forma la tertulia.

Hablando sobre estas carreras me decía un amigo malagueño que había ido á Sevilla para las fiestas :

— Si aquello es una juerga *superió*.

— ¿ Y qué es lo que hacen Uds. allí ? No les veo trazas á los sevillanos de irse á sentar tranquilitos á ver encojerse y estirarse las patas de los caballos. Eso está bueno para los ingleses pero no para andaluces.

— Cá, hombre. Si allí lo que menos se hace es ver correr los animalitos. Lo que yo te puedo decir es que á mí me ha pasado de preguntar á qué horas saldrían los caballos á la pista, cuando la carrera se había corrido.

— ¡ Hombre ! ; Qué afición más loca por las carreras. Son Uds. verdaderos *sportsmen*.

— Como cada familia tiene la ocurrencia de llevar merienda y sobre todo manzanilla y champaña, resulta que á uno se le nubla la vista.

— ¿ Pero para qué toman Uds. tanto ?

— Si lo obligan á uno, quiera ó no quiera. A las amigas es preciso hacerles una visita y como amigas son todas, tenemos que visitar todos los palcos. En cada uno nos obligan á tomar champaña, jerez ó manzanilla... Pues ya puedes calcular *pá* lo que estamos buenos al final de las carreras.

— Si hombre, ya calculo.

— Ya sabes lo que son las carreras aquí.

— La verdad es, le contesté, que los hipódromos no han sido inventados para los de sangre española. Uds. necesitan Plazas de Toros.

— Con toros, toreros y todo lo que hay que tener.

IV

Con las carreras de caballos he terminado con cuanto tenía que decir sobre las diversiones aristocráticas en tiempo de Feria. Pasemos á la tercera parte en que la he dividido ó sea las casetas donde se divierte la clase media y en que está la *flamenquería*.

El Ayuntamiento de Sevilla, que tiene á bien no olvidarse que " los cortos medios son rigurosos jueces " construye casetas que arrienda por precios bajos á los que quieran arrendarlas. Estas son de madera y se arman y desarman todos los años. Allí es donde se instalan las familias, la mayoría sin acostarse durante los tres días y haciendo sonar los palillos (1) durante las setenta y dos horas casi sin descanso, para acompañarse las figuras de los bailes flamencos (2) que también necesitan de

(1) Palillos se llama en Sevilla, á las que nosotros llamamos castañuelas.

(2) A todos los bailes y cantos de Andalucía se les llama flamencos. Raro parece que se llame cantos y bailes flamencos á los cantos y bailes españoles, pero esto tiene su explicación si

la música que una guitarra ó piano les suministra, para bailarse con todo el estilo y sal necesarias.

.....

Un día después de comer y ya preparados para irnos á instalar al "Círculo de Labradores" un amigo sevillano nos dijo :

— Hoy es segundo día de Feria y no es posible que de ella no conozcan Uds. sino el Círculo y el Casino. Vengan Uds. esta noche con nosotros é iremos á ver bailar flamenco. Para ver rigodones ya podían Uds. haberse quedado en París. ¡ Digo !

— ¿ Y cómo nos vamos á meter de intrusos en una de aquellas casetas ? fué lo primero que replicamos.

— Deje Ud. hombre, que ya lo arreglaré yo.

Como á nadie faltaban ganas de ver bailes andaluces refinados, ninguno se hizo más de rogar y ninguno dijo aquellas frases ordinarias de cortesía que á mí me revientan :

nos fijamos un poco en la historia de España. Cuando vino Carlos V á reinar sobre la península, trajo consigo una corte, compuesta de holandeses y flamencos, hombres sumamente desgarbados, sin gracia y *pavos*, como decimos en la tierra, para todo lo que fuese bailar, cantar ó divertirse. Los españoles heridos en su amor propio por ver las autoridades en manos extranjeras, resolvieron vengarse de estos flamencos, ridiculizándolos. Para esto pusieron, por ironía, el nombre de flamenco á todo lo que tuviera gracia, donaire y soltura y con este nombre se han quedado hasta nuestros días todos los bailes y cantos andaluces que son, según los españoles y demás que los vean y oigan, los más graciosos del mundo.

— No se moleste Ud. No corre prisa. ¿ Pero con qué fin se va Ud. á molestar ? dichas generalmente en un tono, que denuncia que la palabra, en esos momentos, no es la exacta expresión del pensamiento.

Tomamos los coches y en pocos minutos paró frente á una de aquellas casetas que arrienda el Ayuntamiento. Una masa humana se agrupaba en las gradas que conducian al recinto *sagrado* en que se pagaba tributo á la coreografía. Decían que aquellas niñas eran las mejores *bailaoras* de toda la comarca. El jefe de la familia y director general del ramo de peteneras y sevillanas, salió con amabilidad sin igual á abrirnos paso entre la muchedumbre y á invitarnos á entrar en sus dominios. Esto nos " alentó la confianza y subimos más poseídos de nuestro papel hasta el entarimado. "

Allí los jóvenes elegantes, de corbata colorada, chaleco abierto hasta la cintura, camisa con tablillas, pantalón oscuro y chaqueta clara, guantes color huevo de pato, se pusieron de pié y dejaron por un momento de dirigir requiebros á las *bailaoras* para ofrecernos sillas. Nos sentamos y como curioso me puse á inspeccionar la sala.

Las señoras mamás, gordas la mayoría y sofocadas todas, estaban en orden de batalla, atracadas á la pared, dale que dale al abanico con cintajos amarillos y colorados (la bandera española). Los graves se habían estacionado en la pieza de al lado y discutian entre copa y copa de aguardiente o man-

zanilla, altos intereses de comercio como ser la baja en los precios de los calzoncillos de lona, la competencia de los salchichones, lo caro de las aceitunas, etc., etc., y de cuando en cuando mezclaban esto con noticias políticas y acciones de guerra en Cuba, porque un buen español, de cualquier categoría que sea, tiene que meter su cuchara en política. El *choreo* es libre. Los niños y pequeñitos estaban también allí en un rincón, chupando cada uno su caramelo largo y esperando que les llegase su turno de bailar y tocar. Las *bailaoras* ocupaban sillas lo más cerca del centro posible y cada una tenía, apoyado en el respaldar de su silla uno de aquellos elegantes, en posición académica. Los trajes de las *bailaoras* eran de colores bastante vivos: rojos, blancos, azul hermoso, unas con mantilla blanca, otras con mantilla negra, éstas con mantones de Manila, aquéllas con sólo unas cuantas flores en la cabeza y todas con las castañuelas listas para romper el fuego. Un piano arrendado en quien sabe qué casa de agencia ocupaba, abierto, otro rincón, apoyado contra él había dos guitarrones, con cintajos como los de los abanicos de las señoras, y sobre la silla para el tocador había una pandereta. Guirnaldas verdes cruzaban en todas direcciones el techo de la caseta, amarradas con cintas de colores nacionales.

El director general del ramo de peteneras y sevillanas, se paseaba, no muy á sus anchas, por todas partes dando órdenes, viendo lo que pudiera

ofrecerse y cuidando que los farolitos de colores que había sobre la tapa del piano y colgados en la percha de los sombreros, no se apagaran ni esperotearan el teclado ni los cordobeses de los elegantes. Por fin este mismo director palmoteó las manos, que era la señal para comenzar el baile. Se armó una discusión melosa y llena de cumplidos entre los elegantes, que se excusaban unos con otros de ir al piano ó á tocar la guitarra. Por fin uno más valiente que los otros y con aires de Bethooven se adelantó, hizo un saludo, se sentó y tocó un acorde con todas sus fuerzas para dárselas de compositor, teniendo cuidado de levantar enseguida muy alto las manos, para que todo el mundo le admirara una sortija de un brillante muy gordo y muy falso que llevaba en el meñique. Enseguida las *bailaoras* se pusieron de pié, se sacudieron las faldas, para dejar caer el polvo que no había, tragaron un poco de saliva como para pasar la amarga píldora de la vergüenza y se colocaron en posición. Los chiquitines y demás diminutos dejaron sus caramelos largos, las *bailaoras* que no entraban en acción, se acomodaron en sus sillas y todos comenzaron á hacer sonar las castañuelas, llevando el compás de una sevillana, mientras el elegante la tocaba en el piano y las dos *bailaoras* que se habían puesto de pié, comenzaban sus bailes con esa flexibilidad y soltura que hace pensar que aquellas mujeres tienen el cuerpo de goma.

Mientras el talle se dobla para todos lados, los pies no paran un sólo momento en el mismo sitio,

los brazos giran sobre los hombros haciendo mil caprichosas figuras, las manos no dejan un momento de hacer sonar las castañuelas y todas se mueven y se agitan.

Pára el baile y el director general del ramo de peteneras y sevillanas se me acerca y me dice :

— ¿Desea Ud. tomar una chispilla de aguardiente ?

— Nó ; muchas gracias, le dije. Es Ud. muy amable.

— Pero venga Ud. á tomar cualquier refresco.

— Ya que Ud. me lo exige...

Y lo seguí al cuarto de al lado donde estaban los graves y en donde tomé un vaso de sorbete de guindas. Aquel cuarto en que había entrado era el complemento de la caseta y era á la vez comedor, repostero, cocina y despensa donde se guardaban todos los elementos para la fiesta. Allí, además de los graves, había sirvientes y amas de leche que tenían en sus brazos los sujetos de la familia que aún no sabían andar ni hablar.

Volvimos á las tablas del baile y durante dos horas les vimos agitarse sucediéndose las muchachas con los niños en las rápidas figuras de la sevillana, en los cadenciosos pasos de la petenera, y en las fantásticas y semi-arabes figuras del Olé.

De vez en cuando para que las bailarinas descansaran, tocaba el piano ó la guitarra algún aficionado ó se cantaba alguna de las canciones del país como

el tango, la guajira, la petenera, la sevillana, la malagueña, las soleares, las seguidillas, etc.

Y así alternando el canto y el baile con la conversación y las comidas pasan los tres días de la Feria estas familias que se divierten mucho más que las grandes damas en esos bailes de etiqueta, donde se está pendiente de la *toilette* propia y ajena y de no dejar caer la flor tal, el botón número tanto ni el alfiler número cuanto.

V

Por grados he ido pasando de los animales á la aristocracia, de la aristocracia á la clase media y ahora me toca pasar de ésta al pueblo, para que no digan los de mala lengua que he olvidado alguna clase social.

Para ver á esta parte, tal vez no la más distinguida pero sí la más alegre de la sociedad humana, era preciso abandonar la calle en que estabamos viendo bailar y dirigirse hácia la de los gitanos.

Allí si que la parranda es grande. ¿ Qué es lo que falta : Fenómenos, titiriteros, museos de cera, buñoleras, títeres, tios vivos, espectáculos de magia de física recreativa é idem aburrída ? De todo esto hay en abundancia y barato.

¡ Vaya si es barato ! Ningún espectáculo, aún los más complicados sube de á *perra gorda* por persona, y muchos hay de á *perra chica*. Estas diversiones se amoldan á los medios de los que las han de presenciar.

A los dos lados de una calle, no muy limpia de basura ni de gente, están alineadas las tiendas

de aquellas empresas teatrales en miniatura. De cuando en cuando interrumpe la serie de teatrillos alguna tienda en que no se ve sino una mesa cubierta con mantel, no de dudosa sino de muy real suciedad, representada por manchones de aceite y de yema de huevo. A la puerta de esta tienda hay una serie de mujeres, ninguna bonita y todas de color bronceado como el de nuestro indio araucano, que mantienen como las vestales romanas el fuego sagrado, vivo el fuego que calienta una enorme paila de hierro con dos agarraderas. Dentro de esta paila hierve aceite y saltan unos pelotones de masa, que con la acción de aquel líquido en ebullición han de volverse buñuelos. Armadas de un cucharón, que creo recordar era de madera, revolvían el conjunto y cuando le encontraban suficientemente en punto sacaban los buñuelos y los ofrecían á los parroquianos que se hubiesen agrupado alrededor de la mesa. Para reunir estos parroquianos, formaban una zalagarda espantosa y se los peleaban como dos naciones una provincia, pelea que no era en beneficio de la ropa del disputado.

Estas mujeres son " las buñoleras de Sevilla " que Fortuny ha hecho célebres en su famoso cuadro.

Inocente que era yo de estas batallas para atraerse clientela, me iba muy confiado por el medio de la calle, sin saber donde entrar primero y pensando, como se suele decir, en la inmortalidad del cangrejo, cuando me sentí tomado por los dos brazos y tirado

en dos sentidos opuestos por dos mujeres que creí locas.

— ¡ Adios ! pensé para mis adentros. ¡ Estoy perdido ! ¡ Y son de las furiosas ! ¡ Qué hago Dios mío ?

Ya empezaba yo á rezar las oraciones de la agonía, tal era mi susto, cuando el diálogo que se entabló entre ellas vino á herir mis oídos y á llamar mi atención :

— Te digo que se ha de *vení pacá*.

— Porque tú lo quiere *jacé* (1) irse contigo.

— ¡ Y quién te ha dicho que yo lo quiero *jacé* ó no *jacé* ? ¡ *Miosté* la tía !

— ¡ Señorito ! ¡ De verdad que Ud. entra donde ésta ?

— ¡ Señorito ! Le va Ud. hacer caso á esa que no sabe *ná*, ni tiene vergüenza.

— Nó, decía la otra. ¡ Cómo un señorito tan guapo me va á *despreciá* ? Venga Ud. y verá cosa buena. ¡ Tengo unos buñuelos !...

Entonces vine á caer en que las furias aquellas que me tiraban de los brazos sin tener en cuenta el principio físico que dos fuerzas en sentido opuesto no se contrarestan, eran las famosas buñoleras y que por el momento no había peligro de la vida, si bien lo había de la ropa y de los bolsillos. Repuesto del susto primero tuve fuerzas para desasirme aunque con dificultad, y cruzando los brazos las miré con aire de Jupiter tonante.

(1) Modo de decir "hacer" entre los andaluces del bajo pueblo.

— ¿Qué quieren Uds., les dije, y qué se han figurado? ¿Acaso estoy yo con hambre para que me vengan á obligar á comer buñuelos?

Un tirón de uno que iba con nosotros me advirtió que tenía algo importante y urgente, que decirme. Antes de seguir adelante me acerqué á él.

— Es muchísimo peor, me dijo, tomar aires de ofendido. Dales disculpas y promételes volver. De lo contrario no te dejarán tranquilo.

Muy sabio me pareció el consejo, sobre todo dado por un veterano en la materia, de manera que dulcificando el tono y sobre todo el gesto, les dije:

— ¿Cómo quieren Uds. que coma buñuelos, cuando acabo de cenar? Voy á dar una vuelta hasta el final de esta calle y enseguida vuelvo. Para entonces me habrá bajado apetito. Yo soy muy fácil para que me baje. ¡Ea! Hasta luego.

— Con *Dió*, contestaron ambas, calmadas con mi promesa, y volvieron cada cual á su puesto.

No me cansé de darle las gracias á aquel amigo que tan buen consejo me había dado, y estaba dándome á la alegría de haber escapado de aquellas buñoleras, cuando me fijé en una de las mangas de mi gabán color cáscara.

— ¡Esta sí que es! exclamé. ¡Encima del susto, me han echado á perder el gabán!

Efectivamente, sobre cada manga estaban impresos los dedos de mis buñoleras é impresos con una sustancia difícil de borrar, con aceite. Luego pensando en que había creído dejar la vida en manos

de aquellas, me dí por muy contento en dejar sólo la limpieza de mi sobretodo.

Después de todas aquellas emociones exclamé filosóficamente:

— La verdad es que estas buñoleras son más bonitas para verlas en pintura que en realidad.

— ¿De manera que no piensas cumplir tu promesa de volver á verlas?

— Mientras de mí dependa...

— ¿Ni por el precio de la docena, una perra gorda?

— No me entusiasma. Es bueno verlas una vez para darse cuenta, pero con esto basta y sobra.

Escapando de aquellas fuimos á dar con uno de los espectáculos más curiosos que he visto en mi vida y tal vez uno de los que me he reído más.

Se trataba de un Museo de cera en que estaban representadas las personalidades más distinguidas de Europa y los actuales hombres públicos que figuran.

Cada retrato estaba acompañado de un letrero bastante gordo para que todo el mundo se diera cuenta del personaje que aquel mono de cera representaba. Sin esta sabia precaución del autor de aquellos muñecos, me habría sido imposible reconocer á ninguno.

Baste decir que la Reina Victoria estaba de confundirla con el Emperador del Congo, que el Emperador de Alemania parecía primo hermano de Caupolicán y que León XIII bien hubiera podido pasar por una ama de cria francesa. Alfonso XII y

Alfonso XIII parecían de una misma edad y la Reina Regente está con un cólico tan fuerte que no ha podido aguantarse y se aprieta la barriga con ambas manos. Bismarck, don Antonio Cánovas, Sagasta y Gladstone podrían haber servido lo mismo para retratos de Gayarre, Novelli, Vico y la Adelina Patti.

Además había retratos de los personajes de la guerra de Cuba. Maceo, lo mismo podía ser Maceo que el poeta Plácido y Máximo Gomez presentaba una completa semejanza con Li - Hung - Chang. El general Weyler con haberle puesto faldas, habría hecho una perfecta infanta Isabel ó Carlota Corday.

Pero dicho sea en defensa de este Museo, no se podía exigir más por el precio de la entrada : una *perra* chica por persona, es decir, que los seis que íbamos entramos por treinta céntimos. Con este tan plausible motivo aquello estaba lleno de gente del pueblo que hacía sus observaciones en voz alta :

— *Mía tú* Rosario, le decía uno á su mujer. ¡ Qué paciencia de hombre la del que hizo estos monumentos !

— Ya lo creo, le contestaba Rosario. *Mía* que *viajá* por tanto país para *sacá* tanto *pareció*.

— ¡ Qué se necesita !

— Y ha de *sé* hombre de importancia *pá* que el Santo Padre lo haya *dejao entrá* á sacarle el busto.

— Y tiene que *habé conocio* á la reina de *lo inglese* y á *toas* las reinas.

— ¡ Qué se necesita !... repetía Rosario, y ya no

les oí más porque se apartaron para observar una mona de cera que respiraba, es decir que levantaba el pecho como henchida por el aire.

Por todos lados tenía novedades que admirar. Frente al Museo de cera había un tiro al blanco. Consistía éste en infinidad de pequeños objetos de ínfimo valor á los que se tiraba á apuntar con una pelota de lana, pudiendo el tirador llevarse cuantos objetos botase con la pelota.

— ¡ Te atreves tú á ganarte una cantidad de ésas reliquias con tu buena puntería ? me dijo uno de la comparsa, que íbamos.

— Ya lo creo, le contesté. Y para probarte, comienzo. A ver, deme Ud. su pelota de lana, grité, dirigiéndome al dueño del tiro, é incontinenti me pasó lo pedido.

Habría tirado ya doce tiros y habría volteado seis objetos, cuando cansado dije :

— Me parece, que basta de esta broma. Vamos á otra cosa.

— ¡ Va ! contestó el dueño del tiro. ¡ Qué ha de bastar ! Para pagar una *perra* chica tiene Ud. que tirar veinte tiros aún. Son de á treinta y dos cada boleto.

— ¡ Qué barbaridad ! no pude menos de exclamar ¡ Tan caras son esas joyas ?

— ¡ Qué quiere Ud. ! me contestó, así tengo el tiro siempre lleno.

— Con tal que no den siempre lleno en el tiro... No le faltaba razón en lo que se refería á abun-

dancia de concurrencia, porque si apenas se podía uno dar vuelta.

Por eso fué que á restregones y codazos, viramos hacia el mar libre. (1).

.....
— ¿ Que no eres tú muy aficionado á cosas de magia ? me preguntó uno de la comparsa.

— Mucho.

— Pues entremos entonces á esta sala donde se hace magia popular.

— Bueno, entremos.

Al entrar tuvimos que hacer amistades con la boletera, señora muy gorda y muy roja, con las protuberancias consiguientes muy marcadas, tal vez monstruosamente, cuyo traje de percal de dibujos rojos y amarillos hacía resaltar más sus ampulosas cuanto desgraciadas formas. Un pañuelo verde cubría, á manera de rebozo, las carnes que la chaqueta demasiado ajustada dejaba al aire libre y un clavel tan gordo y rojo como ella adornaba su pelo algo sucio y desgreñado. Dos patillitas en forma de caracol, pegadas á las sienes, como los parches de *pucho* que se ponen nuestras campesinas para el dolor de cabeza, completaban aquel característico peinado. Sobre la especie de mesón que le servía de taburete y entremedio de los boletos, yacía un vaso con agua, mezclada no sé si con licor ó mugre que,

(1) Como esto lo escribo á bordo del «Orissa» natural es que me sirva de términos marinos.

como las de los oradores, le servía para refrescar el gaznate, cansada de pregonar el precio de la función y lo maravilloso del espectáculo.

— A ver, dije dirigiéndome á aquella respetable matrona. Dénos Ud. boletos.

— ¿ Cuántos son Uds. ?

— Seis.

— ¿ Quieren Uds. asiento de preferencia ? Porque les costará á Uds. el doble ¿ *sabosté* ?

— Nó, dije un inocente que iba con nosotros. A qué botas el dinero ? Vamos á los asientos de todo el mundo.

— Vamos á gastar inútilmente una suma enorme, dijo un sevillano por reirse de la inocencia del otro. A ver, continuó dirigiéndose á la boletera. ¿ Cuánto valen los asientos sencillos ?

— *Pús á perra* chica, cada uno.

-- ¿ De manera que los seis entraríamos por treinta céntimos ? tercié yo.

— Sí *señó*.

— ¿ Y los de preferencia ?

— *Pús* doble Ud. y tendrá el justo.

— Eso es. ¿ Sesenta céntimos los seis ?

— Sí *señó*. A *perra* gorda cada uno.

— Nó, hombre, ¡ quién va á botar el dinero de esa manera ! dijo el sevillano, por *tomarle el pelo* (1) al de la inocentada.

(1) "Tomarle el pelo" á una persona es burlarse de ella, en términos peninsulares. Se usa mucho, sobre todo en Andalucía.

Detrás de nuestro boleto entramos nosotros á nuestros asientos de preferencia.

— ¿Y qué es lo que hay que ver aquí? pregunté á un andaluz que tenía á mis espaldas y que no ocupaba por consiguiente los asientos de preferencia, pues estos se componían de sólo la primera fila de aquellas desvencijadas sillas de paja.

— Dicen que la mar de *cosá*, me contestó. Primero abren el telón...

— ¡Qué novedad! pensaba para mis adentros.

— Después dicen que se hacen *cosá mí rara* y lo *úrtimo* es una chica fenómeno que tiene mucho pelo.

— ¿De manera que se le podrá tomar con facilidad?

— ¡Vaya hombre no seas *guasón*! (1).

A todo esto la función no comenzaba. Por fin salió á luz un ruido sujeto que se puso á *manipular una piana*, que tendría lo menos dos siglos, dándole tales porrazos que la pobre crujía á cada momento y se tambaleaba como si estuviera íbrida. Esta piana, con su turbulento tocador, hacía las veces de orquesta y hubiera sido completa si no le hubiera faltado la armonía á aquel ruido infernal.

— ¡Qué sinfonía más hermosa! exclamé.

— Sí, me dijo un sevillano. Esta es la obertura de Mamarrachoswki.

— ¡Como lo ruso está de moda!

(1) Expresión andaluza que quiere decir bromista.

— A mí no me gustan los rusos, de manera que creo, añadió otro, que esta obertura se podría atribuir á Mamarrachini.

— Sea lo que fuere, lo cierto es que se pasa el rato.

En aquel teatro, llamémoslo así por ironía, cuyo techo era de lona asimismo que sus paredes, y que tenía por suelo el de la madre tierra, había una atmósfera sofocante, mezclada con olores extraños á todo perfume agradable como son los de la parafina y del populacho ó *rotería* y un torbellino de tierra que con los pies levantaban los impacientados por la tardanza en dar principio al estupendo espectáculo.

Estos dos elementos constituían un ambiente que no era para esperar media hora deleitando nuestro olfato en aquellos perfumes... de Barcelona, ni tampoco eran las sinfonías del pianista á propósito para hacernos olvidar los minutos que trascurrían.

Por fin cesó el roído sujeto de aporrear el piano y de dentro vino en aquellas viciadas ondas sonoras, un sonido de cencerro destemplado que hirió nuestros oídos, traspasando, no en el sentido material de la palabra, de parte á parte la cabeza de los pobres espectadores. Algunos que se habían quedado á medias dormidos dieron un medio salto en su asiento y tomaron una actitud más compuesta. Lo que á mí me pareció muy raro fué que no hubieran saltado antes, con los magistrales golpes que le

ajustó á la *piana* el director de orquesta y orquesta él mismo.

— ¡ Por fin ! exclamamos todos á un tiempo. Esto tiene auspicios de comenzar.

— Por fin, agregó el sevillano que estaba con nosotros, la vista va á seguir los pasos del olfato y del oído y va á deleitarse como ellos con las maravillas que los letreros anuncian.

Primeramente se presentó á nuestra vista el que era á la vez director de escena y empresario del teatro. Venía en mangas de camisa, cubiertas las descarnadas piernas, pues era muy flaco, con unos pantalones mas llenos de manchas de parafina que un paño para limpiar lámparas de esta sustancia. Los zapatos habían sufrido una especie de peste de gotas de pintura de todos colores. Probablemente agregaría á sus oficios de director de escena y de empresario, el de decorador.

En fin, veamos qué hace. Allí está inmóvil, al principio, como avergonzado de encontrarse ante público tan distinguido. Nunca se había imaginado él que pudiesen concurrir á su función *caballeros* de á *perra* gorda. Él no estaba preparado para dirigir su palabra de *perra* chica á señores de *perra* gorda. En fin, mal que mal hace una reverencia de comprimario de ópera. (Aplausos en los bancos de *perra* chica y signos de aprobacion de los de *perra* gorda.)

— Parece que va á hablar, dijo uno.

Pero nada, no señor, como que hace un esfuerzo y se queda tal cual. Anda dos ó tres pasos, y com-

pletamente poseído de su papel, se dirige á las lámparas de parafina que alumbran el escenario y baja la luz á todas.

— Comprendo, soplé al compañero de al lado. Este sujeto tiene en el teatro cuatro oficios. Empresario, director de escena, decorador y apaga luces.

— ¡Y dirán que no se adelanta en estas tierras! agregó el sevillano. Aquí tienen Uds. simplificado un problema moderno y reducido el salario de cuatro individuos al de uno.

— Bueno, dejémonos de bromas y veamos qué continúa haciendo nuestro hombre.

Después que hubo concluido con las lámparas, dió una palmada con sus manos mugrientas y comenzó a levantarse el telon, no sin tropezar algunas veces. En fin, apareció á los maravillados ojos de todo el mundo una cámara tan oscura y tan negra, que nada se veía. En medio de esta escena pudimos, una vez que nuestros ojos se acostumbraron á la oscuridad, distinguir una muchacha de veinte años más ó menos, con una varillita en la mano, que dijo ser de virtud, cosa que no todos creyeron, y que nos anunció que iba á dar comienzo á una serie de pruebas estupendas.

-- Esta señorita, dijo él de cuatro oficios, que á pesar de sus diversas tentativas hasta entonces no había abierto la boca, ha estudiado en las principales *universidades* de Londres, París y Berlin, y puedo asegurar al público que será una sorpresa.

— Por fin habló el tío, para decir cuatro necedades, dijo el sevillano.

Al lado de mi interlocutor del principio, aquel á quien había preguntado de qué se componía el espectáculo y que me dió una cuenta tan detallada que no me enteré de nada, estaba sentada la dichosa madre de la prestigiadora, que con aquellas palabras del de los cuatro oficios se infló como una gallineta.

— Vea Ud., doña Tomasa, le dijo mi ex-interlocutor, no creí nunca que Estrellita llegase á saber tanto.

— Así es, contestó doña Tomasa. Es un consuelo para mi vejez tener una chica tan aprovechada.

— Y á Ud., terció uno de á *perra* chica, no le dice cómo ha aprendido á hacer aparecer y desaparecer las cosas?

— Ca, hombre. ¿Está Ud, loco? Ella se encierra en su cuarto y estudia.

En seguida siguieron felicitándola sus demás amigos pertenecientes la mayoría al ramo de peones camineros. Todos la congratulaban cordialmente por haber sido ella la que dió á luz aquel prodigio de talento, aquella lumbrera de la ciencia que con tan mágico saber hacía aparecer y desaparecer los objetos. Hubo alguno de aquellos amigos que llegó hasta temer que la niña se fuera á enfermar por tener demasiado desarrolladas las facultades intelectuales para sus veinte años y hubo otro de aquellos *científicos* que predijo: "que si aquella niña seguía

con esas maravillosas disposiciones intelectuales podía España ver el raro caso de una mujer en la Presidencia del Consejo reemplazando á Cánovas y Sagasta."

Nosotros estábamos que no podíamos de la risa al oír las inocentadas de aquellos tres o cuatro infelices ipnotizados por la májica. La verdad era que los escamoteos no estaban mal hechos y que la muchacha aquella no escaseaba de lijereza de manos.

Mientras ella trabajaba en escena, el de los cuatro oficios se paseaba á lo ancho de la sala, impidiendo muchas veces con su cuerpo ver lo que se pasaba en las tablas.

— ¡ Quítese el tío ese ! le gritaba entonces la cohorte de la mamá ! ¿ Acaso es transparente ?

— ¡ Aunque lo fuese ! añadía otro, está tan sucio que no se podría ver.

Y el hombre estaba que se le iba un color y le venía otro, de manera que cuando la prestigiadora concluyó su parte, no sabía él qué decir ni como anunciar lo que seguía.

— ¡ Que hable ! gritaba el público de á perra chica, impaciente. ¿ Qué hace ahí que *paece* la estatua del *comendadó* ?

— ¿ Qué vendrá en seguida ? me preguntaba un compañero, porque lo que es la *Salomona* ya concluyó.

— ¿ Qué es eso de sal ó mona ? preguntó el sevillano.

— Nada contestó el otro. Decía yo que esta

Salomona (señalando con el dedo el proscenio) ya concluyó su parte y que aun no sabemos lo que va á seguir.

— Aguarden Uds., interrumpí yo, que parece que nuestro director se decide á tomar la palabra.

El pobre hombre estaba muy apurado. Por fin haciendo un esfuerzo de suprema angustia como el del náufrago impulsado por el instinto de conservación sacó el sonido vocal con estas ó parecidas palabras...

— Señores : Ahora presentaré á Uds. un fenómeno curiosísimo de la naturaleza que se ha empeñado en dotar de un adorno extraordinario á una niña de seis años, nada más que de seis años, señores. (Aplausos)

Luego, dirigiéndose á una puerta que comunicaba con el recinto sagrado donde se urdían todas las pasadas magías, dió la mano á una niñita muy morena y muy fea, vestida de percal rojo vivo, mandada hacer para capa de torero.

— Hasta aquí no veo yo dónde está el adorno extraordinario, dije yo.

— ¡ Cómo ! ¿ Y el vestido ? contestó el sevillano.

— Bueno ; pero ese no es adorno extraordinario de la naturaleza.

A todo esto el director había caminado hasta ponerse en medio de sus espectadores y con un tono de reto á todos aquellos impacientes nos dijo :

— Aquí la tienen Uds.

— ¡ Bueno y qué ? dijo el sevillano saliéndole al encuentro.

— Nada, contestó moderando el tono, que aquí voy á mostrarles á Uds. la curiosidad, y tomando á la niña por los hombros la hizo girar sobre sus pies hasta que quedó dándonos vuelta la espalda y comenzó á quitarle la chaqueta.

— Por lo visto, siguió el sevillano, que como siempre *estaba de guasa* (1), la niña esta tiene la curiosidad por detrás y debajo de la chaqueta.

— ¡ Pues vaya una curiosidad !

El director oía todas estas observaciones impasible, sin pestañar siquiera, como hombre que está segurísimo de su éxito una vez que él quiera tocar los resortes que han de emocionar á su público. Cuando concluyó de quitarle la chaqueta siguió con el corpiño y aquí comenzaron las protestas.

— ¡ Eh ! ¡ eh ! Que se ha *figurao* el tío ese, gritaban algunas señoronas púdicas. No hemos *venío* para ver indecencias. *Pús* no faltaba más.

— Si este no es director de teatro ni es *ná*, gritaban otros. Si esto es una camarera.

— Va á tomarle las medidas para hacerle un traje nuevo.

— ¡ Cá ! ¡ si es para un corsé ? ¡ Qué no le ven su cara de corsetera ?

— Cállense. ¡ No ven que no puede sacar la cuenta de los centímetros ?

(1) Estar de guasa es estar de broma, en términos andaluces

¡ Aquello era una algazara ! ¡ Qué otra cosa podía ser si estábamos entre andaluces ? Mientras tanto el director seguía sacando el corpiño. Ya no le quedaba á la chica más que la elástica. Al llegar á esta prenda de vestir volvió á tomar la palabra el director :

— Señores : al levantar la elástica podrán Uds. ver lo que nunca han visto. Una niña de seis años que tiene en la espalda una cola de caballo, y al propio tiempo le levantó la elástica y pudimos ver una cola de pelos tan larga como la de un potrillo.

— En fin, dijo el sevillano. Aquí está el adorno extraordinario.

— Y tiene pelos, añadí yo.

— ¡ Puede uno tomarle el pelo ? preguntó con malicia el sevillano dirigiéndose al director.

— Ya lo creo, contestó éste, para que se cercioren Uds. de que no es farsa.

Todos pudimos palpar aquello, no sin su cierto asco. Yo sentí al tocarla algo como las molestias del mareo, pero en fin la toqué.

— Esta niña, continuó el director, tiene esto desde su nacimiento. Su madre quiso cortarle la cola cuando la tuvo muy crecida y la niña cayó enferma. Se creyó que esto era una fatal casualidad y cuando le creció otra vez se la volvieron á cortar y volvió á ponerse mala.

— ¡ Qué raro ! interrumpió el sevillano. ¡ Lo mismo me pasa á mí ! ¡ Cada vez que me afeito me salen espinillas !

— ¿Y con qué se mejoraba? interrumpió otro.

— Pues una vez que le volvía á crecer, se ponía buena.

— Un Sansón en miniatura, volvió á decir el sevillano.

— En resúmen, prosiguió el director, esta niñita es una mujer - caballo, que tiene de ambas cosas aunque predomina la mujer. Y con esto señores se termina la función.

Mientras él volvía á ponerle el corpiño y la chaqueta á la chica nosotros salíamos puerta afuera, felices de volver á respirar un aire decente.

— ¿Qué te ha parecido esta función? me preguntó el sevillano.

— Mucho más divertido que bailar un rigodón en la caseta del "Círculo de Labradores," le contesté.

VI

Si bien la feria es divertida, alegre como he dicho, también es fantástica, como no he dicho. ¿Y qué es lo que la hace fantástica? Al principio no me dí cuenta de ello pero yo veía algo que no me figuraba, un algo que me hizo recordar los cuentos que en mi niñez me contaba mi ama seca para distraerme de hacer alguna barbaridad gorda, sobre las fiestas que daba un *prince*, porque á su hija se le había *quitao* el encantamiento. Me parecía que aquella infinidad de luces que veía eran princesas encantadas de los dominios de alguna hada, que invisible esparcía por todas partes rayos de luz y de alegría. ¿Qué mágico encantamiento había introducido tanta animación en aquellos parajes?

No tenía yo para donde darme vuelta. Por todas partes encontraba la mano de algún consumado conocedor de las fibras que hacen latir el corazón con las palpitaciones del entusiasmo. Entrando por uno de los costados del Palacio de San Telmo, me hallé sorprendido por una serie interminable de luces que ardían en faroles de colores, verde, azul,

rojo, amarillo y blanco, que daban al camino estos diferentes tonos en rayos fantásticos. ¡ Qué inverosímil me parecía aquel terreno que tomaba los colores del arco iris ! ¡ Qué extraordinarias me parecían las caras, de los que transitaban en medio de esa cuádruple hilera de luces diferentes, que tomaban alguno de aquellos tintes ! ¡ Aquí venía una mujer con la cara azul y blanco, aquí un hombre verde y amarillo, un niño rojo y así !

En medio de aquellas sorpresas verdaderamente extraordinarias por efectos de la Optica, fuimos poco á poco llegando hasta el centro de la feria, donde converjen todos los caminos, que como radios de una estrella ó como aspas de un molino parten de allí hasta los confines de aquel recinto encantado, perdiéndose las luces en un sólo punto luminoso, como se juntan los rieles del ferrocarril si miramos en línea recta. Aquel centro estaba señalado por una pasarela, en cuyo punto más culminante una luz de arco, más poderosa que todas las otras luces, hacía los oficios que el sol en el firmamento, y como él dominaba. Acercándose á ella las otras luces, aparecían como planetitas perdidos en la inmensidad de la bóveda azul, ofuscados por la brillantez del dominador y que sin embargo, gustaba contemplar, como gusta ver después de un día claro y hermoso, en una noche serena, á aquellos puntitos luminosos y titilantes que quitan al cielo la monotonía del azul záfiro.

diurna. Debajo de aquella luz veía estenderse ese pequeño hemisferio artificial que inundaba á todo de claridad.

A la izquierda una calle que se perdía en la extensión, embovedada bajo arcos de globitos blancos, en cada uno de los cuales ardía un mechero de gas. A la derecha, para hacer más vivo el contraste, tenía otra calle, cuya iluminación era eléctrica. Lo amarillento de las luces de gas me hizo pensar que aquel lado representaba la aurora y la blancura y diafanidad de las luces de la derecha me hicieron acordarme del pleno día; más allá una calle techada, se puede decir, de globos chinoscos de diferentes colores, bajo cuyo ardiente palio iba y venía la multitud.

Y en medio de la noche creí encontrarme en medio de un día más claro, brillante y hermoso que el más hermoso de los trópicos, donde la luz del sol es más brillante.

De debajo de aquel mar de luces llegaba hasta mis oídos el ruido de las castañuelas, de las guitarras, de las orquestas y de los órganos callejeros que formaban un concierto extraño á ratos melodiosos, á momentos discordante y atronador. ¡Y aquel conjunto de luces y de ruidos de animación, de alegría y de entusiasmo es la Feria de Sevilla, única en el mundo, única en su especie !



LAS CORRIDAS DE TOROS

Su origen. — Los toreros y las ganaderías de hoy día. — Los trajes de los toreros. — Los toros en Tablada. — El encierro. — La corrida. — Las diferentes suertes del picador, de las banderillas y del espada. — Lo que cuesta abrir el toril. — Las desgracias. — Los términos toreros y relación de una corrida tomada de " El Toreo Cómico. "

I

Una de las cosas que molesta es ser ordenado. ¡ Sin embargo es indispensable ! Por eso me veo condenado á principiari siempre con la misma cantinela, con el origen de las cosas. Héme aquí buscando el origen de las corridas de toros sin poder encontrarlo á ciencia cierta. Todos se contradicen.

Unos cuentan que la cosa viene del tiempo de los romanos, que la corrida de toros no es sino una degeneración de las sangrientas escenas del circo en que se ha sustituido la lucha de los gladiadores

por la lucha entre el toro y el hombre y los sacrificios de los cristianos despedazados por los leones, por los sacrificios de los caballos corneados por los toros. Creo, que estos que piensan así, llevan su fantasía un poco demasiado lejos.

Muchó más aceptable me parece otro origen, que me han garantizado como cierto. Este origen atribuye á la dominación árabe en España y no á la dominación romana, la introducción de esta fiesta característica española hoy día tan arraigada en ese pueblo que sería luchar con lo imposible querer quitársela. El día que esto intentara cualquier Gobierno no quedaría en el poder ni cinco minutos después de haber dado el decreto. ¡ Tan tremenda sería la revolución que se armaría !

Cuentan los que dan á las corridas origen arábigo, que en aquellos tiempos era la nobleza morisca la que hacía la faena que hacen hoy día los toreros. En los días festivos se reunían todos los caballeros moros en la plaza principal de la ciudad (1) y allí rodeados de espectadores por todos lados toreaban desde á caballo. El toreo consistía en derribar al bicho (2) con unos largos maderos en cuya punta había un acero tan afilado como de cortas dimensiones. Con estas lanzas, instrumentos de tortura

(1) En Granada se conserva aún una plaza en donde se cuenta que tenían lugar estas fiestas. La plaza tiene la forma cuadrada.

(2) Toro en término *técnico*.

bastante salvajes porque tardaban mucho en darle la muerte, y prolongaban enormemente la agonía, sangraban al pobre animal y lo herían profundamente hasta que alguno de aquellos magnates por un golpe más recio y dirigido á un órgano vital importante, daba fin con tan aporreada existencia.

Esta costumbre mora, prosiguen los partidarios de esta opinión incluso yo, pasó á ser costumbre española y entonces fueron los grandes señores españoles los que hicieron la faena. En el siglo XVIII el toreo se hizo profesional y unos hermanos Dominguez que toreaban de á pié fueron los primeros toreros de oficio. Entonces en lugar de aquella única suerte de derribar al toro con una lanza y matarlo con la misma, hubo tres suertes: la suerte ó toreo de capa, la suerte de banderillas y la suerte de la espada ó muerte del toro. Durante algún tiempo el toreo siguió en esta forma, hasta que un innovador, cuyo nombre no se recuerda, le agregó dos suertes más: la del picador y la de los perros de presa, habiéndose poco después suprimido ésta última. A principios de este siglo quedaba el toreo constituido con cinco suertes: la suerte de la capa, la suerte del picador, la suerte de banderillas, la suerte de la media luna y la suerte de la espada ó muerte del toro.

La suerte de la media luna se ha suprimido por demasiado cruel en la última mitad de este siglo. La media luna era un cuchillo en tal forma que iba en la punta de un madero, con el cual cortaban al

toro los tendones de las rodillas y así lo obligaban á echarse. Una vez echado, el torero tenía pocas dificultades para atravesarle el corazón con el estoque.

Suprimida esta suerte demasiado cruel, el toreo consta hoy día de cuatro suertes solamente : capa, picador, banderillas y espada.

He aquí como aquel toreo árabe ha venido formándose á través de los siglos hasta constituir la hoy día característica diversión española.

Podríase objetar al origen árabe de las corridas de toros, la semejanza que hay entre una Plaza de Toros y un antiguo coliseo romano. Para destruir este argumento bastaría con decir que los españoles, amigos de las comodidades, encontraron más á propósito tener un recinto especial para estas diversiones que hacerlo en la plaza pública y no encontrando ninguna arquitectura que se adaptara más á ese fin tomaron por modelo los coliseos. Pero si se observa la forma de las ventanas de cualquier Plaza de Toros de España, se verá que esa forma es la árabe, de arcos y nó la romana cuadrada.

II

— Hoy día no hay toreros, me decía un amigo muy aficionado. Todos son unos *maletas*.

— ¿Y qué quieres decir con que son *maletas*?

— Vamos, hombre ¿no sabes lo que es un *maleta*? Pues uno que no sabe su oficio. Un tío cualquiera que se mete á *toreá* porque le da la gana.

— ¿Y por qué dices tú que no saben torear?

— Sería muy larga la explicación. Desde que se cortaron la coleta *Frascuelo* y *Lagartijo* se acabó el toreo.

— Expícate, le dije, que me interesará saberlo.

Una larga explicación fué aquella, de la cual algo entendí y mucho no entendí. Me decía que desde que se había retirado (cortado la coleta como decía él) Rafael Molina (*Lagartijo*) y Salvador Sanchez (*Frascuelo*) se había concluído el toreo *dentro de cachos* (1) y que hoy día no había ningún torero que no toreará *fuera de cachos*.

— Este toreo *fuera de cachos*, agregaba, es

(1) Los toreros, como nosotros los chilenos, llaman *cachos* á los cuernos.

muchísimo menos expuesto que *el dentro de cachos* y les permite á los toreros ponerse bonitos y hacer posturas con el cuerpo, pero no es el toreo clásico, el toreo que hemos estado acostumbrados á ver antes.

— ¿ Y podría Ud. decirme qué diferencia hay entre el toreo *fuera de cachos* y el toreo *dentro de cachos* ?

— Pues ya lo creo. *Miéosté*. Lllaman torear *dentro de cachos* el que el torero se coloque con el capote (1) entre los dos pitones (2) del toro para llamarlo á que ataque, sin moverse de allí. En seguida lo desvía del cuerpo llevándolo con el capote en los ojos. Torear *fuera de cachos*, es ponerse como la frase lo dice fuera de los cuernos del animal y alargando los brazos hácia la derecha llamarle la atención al toro y dejarlo pasar tranquilamente por el costado del torero. De manera que dados estos antecedentes es muy fácil establecer la diferencia. Toreando *dentro de cachos*, pasa el toro frente al torero y toreando *fuera de cachos*, pasa el toro por el costado del torero. Del primer modo quedan siempre toro y torero frente á frente. Del segundo modo hay un momento en que ambos se dan la espalda. Si quíeres saber por qué no me gusta la manera de torear de hoy día, te diré que la encuentro cobarde.

(1) Capote es la tela con que torear al bicho.

(2) Pitones son los cuernos del toro en términos de tauro-
maquia.

— ¡ Y por qué la encuentras cobarde ? le pregunté.

— Porque dos enemigos en riña no deben jamás darse vuelta la espalda.

— ¡ Esta es entonces, la decadencia que se nota en el arte taurino ?

— Sí, *señó*, por desgracia hoy día no tenemos más que un sólo torero que sepa torear *dentro* y *fuera de cachos* y es una lástima que sea un hombre tan metalizado. No piensa sino en ganar dinero para hacerse muy rico y retirarse. Éste es *Guerrita* (Rafael Guerra). Ese sabe torear bien, pero como parece que en España se ha perdido el gusto, torea *fuera de cachos* porque así entusiasma al público. Ese es el único torero decente que tenemos hoy día, y así como es de buen torero es de informal en sus contratos. Se compromete á torear en una parte y cuando llega el día, manda una disculpa acompañada de un sustituto.

— ¡ Y cuánto pide por corrida *Guerrita* ?

— Ese no se anda con chiquitas. Ese no sale á la plaza por menos de seis mil pesetas.

— ¡ Caracoles ! Más del doble de lo que pediría el más famoso tenor por cantar una noche.

— ¡ Toma ! ¡ Con esas se desayuna Ud. ahora ? Le advierto que dicen que *Guerrita* tiene ya más de ocho millones de pesetas de capital.

— ¡ Y por qué no se corta la coleta ? repliqué yo, para hacerle ver á aquel aficionado que también entendía algo de términos toreros.

— Pues porque le parece poco aún y es muy avaro.

En seguida siguió diciéndome que había también otros muchos toreros que gozaban de gran fama hoy día, pero que no valían nada. Estos son: El *Reverte* (Antonio Reverte Gimenez), Antonio Fuentes, Luis Mazantini, *El Bomba* ó *Bombita* (Emilio Torres), *El Algabeño* (José García), *Bonarillo* (Rafael Bonar), *El Gallo* (Fernando Gomez), *Minuto* (Enrique Vargas) y otros que son muy inferiores a estos.

De los picadores, los más famosos hoy día son: *Beao*, *Pegote*, *Agujetas*, *el Chano*, *Pringuizorra* y *Parrao*.

— ¡Volverán *Frascuelo* y *Lagartijo*? le pregunté parodiando "Las golondrinas" de Becker.

— Esos no volverán, me contestó.

.....

La cría de toros de lidia es un negocio en España, como lo es la cría de caballos de carrera en Inglaterra. Si los caballos de carrera necesitan para criarlos buenos, todo el cuidado de una pesebrera y la mano cariñosa del caballero, los toros de lidia necesitan toda libertad salvaje y la ausencia absoluta de todo cuidado para que salgan bravos.

Criar toros de lidia es una verdadera ciencia. Es preciso que desde que nacen no vean otra cara humana que la del vaquero encargado de vigilarlos. Una persona desconocida para ellos, que tuviera la

curiosidad de verlos de cerca, se expone a quedar en el sitio.

Pero á pesar de todas las medidas que se toman para embravecer esta raza especial vacuna, muchos de ellos salen de tan buen genio que es imposible ponerlos de mal humor. Estos no sirven para corrida. Estos es necesario apártarlos y no enviarlos á las plazas de toros porque desacreditarían la ganadería. Esta aparta que se hace cuando los toros tienen dos años, se llama "La Tienta".

Para estas tientas el ganadero convida á dos ó tres toreros amigos y en un corral que para este objeto se construye desde que se instala ganadería, los toreadan de capa y les ponen banderillas. Los que embisten con energía son apartados como aptos para corrida y los flojos quedan á un lado ya para venderlos para una novillada de pueblo pequeño, ya para educarlos para *mansos*.

Esto es lo que se llama "La Tienta."

Las ganaderías que hoy tienen más fama porque son las que producen toros más bravos y nobles, como dicen aquí, son: La ganadería del Excmo. Duque de Veraguas, descendiente de Cristobal Colón (1), la de don Eduardo Miura, la ganadería "Saltillo," la de don Joaquín Muruve, la de la viuda de Concha y Sierra y la de Ibarra.

(1) Me contó un chileno que lo había ido á visitar en Madrid que el Duque lo había recibido vestido de torero y con estas palabras: "Ud. viene á ver á Colón y se encuentra con un torero. El cambio es brusco,"

III

El traje de torero es una de las infinitas cosas hermosas que hay en una corrida. Es tan pintoresco, tan elegante, tan agraciado, tan alegre !

El traje de torero, varía según el rango del que lo lleva, ya sea matador, banderillero, picador ó puntillero. El matador lleva siempre el traje más recargado de bordados de oro y jalamares, ya porque gana mas dinero que los demás y puede gastar más, ya para demostrar su superioridad sobre los otros.

La chaquetilla es muy corta, de seda ó raso, bordada de oro hasta tal punto que no se suele ver el color del género de que está hecha, á cierta distancia. Las mangas no están pegadas al cuerpo de la chaquetilla sino en los hombros. Debajo no tiene costura alguna, para facilitar los movimientos del torero. El chaleco es abierto como el de un frac y de seda ó raso según sea la chaquetilla, bordado de oro aunque no tan recargado como esta. El pantalón que llega hasta la rodilla es de elástica de seda, siempre del mismo color que la chaqueta y el chale-

co. Lleva al lado una franja bordada de oro que en la rodilla concluye con unos colgajos ó jalamares. Las medias son de seda rosada y las zapatillas de cabritilla como las ordinarias de baile, con la diferencia de que éstas no tienen taco y la suela más delgada. La camisa de hilo, bordada á veces y á veces lisa con cuello vuelto y muy corto y la corbata negra ó colorada de nudo marino completan lo visible del traje. Debajo de todo y á raíz del cuerpo llevan una elástica que los cubre todo y les sirve en parte para protegerse de los cuernos de los toros !

Algunos toreros agregan al traje una faja de seda de color claro que se colocan alrededor de la cintura y debajo del chaleco, pero esta prenda no forma parte oficial del vestuario.

Antes de comenzar la faena y al hacer su entrada en la plaza todos los toreros traen terciado sobre un hombro el capote de paseo. Este capote de paseo no es ni más ni menos que una capa española mucho mas corta, de raso, bordada de oro como casi todas las prendas del torero.

Por fin, nos queda sólo por hablar de la montera, que es el sombrero. La montera es redonda con dos alas que salen para los lados y algo parecida al sombrero napoleónico. Está llena de madroñitos que cuelgan por todos lados y que, según dicen, sólo los saben hacer en Granada.

El torero lleva siempre el bigote y la barba afeitados, de manera que esto les da aspecto de curas. Hace ya algunos años que la costumbre de dejarse

esas patillas, llamadas españolas, cesó. En el mismo sitio en que los curas se hacen la corona, los toreros se dejan crecer un mechón de pelos que luego trenzan y que es lo que viene á constituir la coleta. Cuando van á torear cuelgan de esta coleta una moña tejida de seda que les sirve, según ellos, para preservar el cerebro cuando se caen de espaldas. Yo creo que es sólo una costumbre tradicional y que por eso se la ponen.

Esto es lo que constituye el vestuario completo de un matador.

El traje de los banderilleros no difiere del de un matador sinó en que tiene menos bordados y á veces en lugar de ser estos de oro, son de plata. El del puntillero, generalmente en lugar de bordados lleva madroños.

El traje de picador varía mucho comparado con el de los otros toreros.

La chaquetilla, el chaleco, la camisa y la corbata no difieren, pero el sombrero, los pantalones y los zapatos son muy distintos.

El sombrero del picador es de paño plomo y ala muy ancha y copa redonda, con alguna semejanza al sombrero de nuestro vaquero. Una cinta que en un costado termina en una borla, de cuya borla se desprenden dos cordoncillos que caen sobre el ala, es lo único que lo adorna. Estos sombreros son sumamente duros, de manera, que ni el ala se dobla ni la copa se hunde aunque se les pegue con un bastón á toda fuerza.

Los pantalones son de cuero amarillo y cubren las piernas hasta los tobillos. La bota, que llega hasta donde concluye el pantalón hecha del mismo cuero que este, y lleva una suela de plomo, de espesor de dos centímetros y que sirve á guisa de contrapesa para que el picador pueda mantenerse mejor á caballo á pesar de los furibundos empellones que le dé el toro.

Debajo de los pantalones van unas *pierneras* de hierro, como las de las armaduras de la Edad Media con juego para poder doblar la rodilla en la pierna derecha. En la pierna izquierda esta *pierner* llega solo hasta la rodilla sin cubrirla.

Como el picador se da de golpes continuamente en las corridas, es necesario que el cuerpo vaya tambien protegido como lo van las piernas. Por eso es que á raíz de la piel llevan una tela de algodón colchado que les da vuelta alrededor del cuerpo y llega hasta la cintura. Caigan donde caigan, caen siempre sobre un colchón.

¡ Pero á pesar de tantas comodidades para caerse no querría ser yo uno de ellos !

Veremos más adelante si el lector es de mi mismo parecer.

IV

¡ Aquella era una procesión continua ! ¡ Qué ir y venir de coches, carrromatos, caballos y gente ! Qué polvareda ! No se podía respirar y lo que es mucho más grave aún yendo en coche, no se podía pasar. Atravesamos parte del paseo de las Delicias paso á paso á causa de aquellos obstáculos y de otros mas seductores. Era la hora del paseo de las sevillanitas. Todas ellas también iban como nosotros á "Tablada." Era preciso, aún para ellas, analizar los toros que se lidiarían al día siguiente.

De repente, sin saber ni cómo ni porqué, nos encontramos en un *taco* inmenso de coches. Allí si que no se podía pasar. A pesar del ruido que formaban los gritos de los cocheros y los caballos impacientes sacudiendo sus arneses ya que no podían andar, oía yo conversaciones por todos lados:

— La corrida es de Miura, le decía un sevillano regordete con sombrero cordobés echado sobre el ojo derecho y el pelo peinado para adelante como el de nuestros abuelos que tenemos retratados en

casa, á otro que agregaba un habano humeando á los adornos de su interlocutor.

— Así dicen, contestaba el otro.

— *Pús* mira. Desde que tengo uso de razón he visto Miuras. *Toos* ellos son traicioneros.

— ¡ Toma! Como que siempre se van derecho al corazón.

— Y *toas* las cogidas siempre son en las *corrías* de Miuras.

— *Pús* *mía* *tí*. Es *mái* raro cuando un Miura *vacia* (1) un caballo. Siempre les parten el corazón y se van de espaldas.

— ¡ Y hay un sevillano que no sepa eso ?

— Dicen que *el Guerra* (2) se asegura la *vía* cuando la *corría* es de Miura.

— Hace la mar de tiempo que la tiene asegurada en más de lo que vale.

— *El Reverte*, ese si que es torero.

— Eso se llama *toreá* por lo fino.

— Eso se llama salero.

— ¡ Y gracia !

Cada torero en España tiene sus partidarios, fué la consecuencia que saqué yo de oír aquel diálogo, y en Sevilla Reverte es el mimado. Es lógico

(1) *Vaciar* un caballo es sacarle fuera de una cornada todas las tripas, el estómago, etc., cosa que sucede siempre y ordinariamente en las corridas de toros.

(2) *Guerrita* en Sevilla tiene fama de buen torero, pero cobarde.

siendo éste natural de Alcalá, pueblito inmediato á la capital de la provincia.

Mientras yo oía la conversación de aquellos dos aficionados, el *taco* de carruajes se había disuelto y ya caminábamos aunque con dificultad. Cuando ménos pensé, doblamos por un camino en donde había levantado tanto polvo aquella enorme cantidad de vehículos, que era imposible ver ni los vecinos que llevábamos al lado. Por fin paró. Al principio no pude ver nada porque estábamos como envueltos en torbellinos de tierra. Poco á poco aquello ó se fué disipando ó se fué nuestra vista acostumbrando, como se acostumbra á la penumbra, y ví muchos coches. Sobre estos coches mucha gente de pié y mucha montada en las ruedas, en el pescante, en las pisaderas y nada más. Si no hubiera sido por la amabilidad del cochero que me permitió asentar las rodillas sobre sus hombros no habría alcanzado á ver un corral en donde habría una docena y media de animales vacunos.

— ¿Pero cuántos toros matan en esta corrida? le pregunté al cochero que me sostenía.

— Seis, me contestó.

— ¿Y cómo es que yo veo dieziocho?

— Once son para la corrida entre toros y mansos. Los otros no significan nada, porque son vacas que se han juntado allí.

V

Lo de mansos no me lo espliqué yo hasta que aquella noche, ó más bien á la una de la mañana del día siguiente, ví la operación que llaman " el encierro. "

" El encierro " no es otra cosa que llevar los toros desde el corral donde están hasta dejarlos cada uno en su chiquero listo para salir á la lidia. Para ver esta operación fué que trasnoché una noche como lo había hecho cuando las procesiones del Viernes Santo.

A las doce salimos una partida en dirección á la Plaza de Toros. Por el camino me fuí imponiendo de todo lo que se refería á aquella singular manera de trasladar animales del campo á su suplicio.

— Cuando sucede que la ganadería está cerca de la ciudad en que tiene lugar la corrida, como pasa aquí en Sevilla, los toros se traen con los mansos, me decía un sevillano de la compañía.

— ¿ Y qué quiere Ud. decir con traer " con mansos, " ?

— Es preciso para que Ud. me entienda, que comienza por explicar a Ud. lo que son los mansos. Los toros que no son buenos para lidia se les enseña, como se enseña a un cabestro, á guiar otros animales. Estos mansos no permiten que los toros se escapen para ningún lado y cuando llega alguno á apartarse, como el manso lleva un cencerro al cuello, con este lo llama y así yuelve el descarriado á su redil.

— Comprendo perfectamente lo que es un manso y su oficio. Ahora explíqueme cómo hacen uso de esta educación de los mansos y cómo los traen con los toros.

— Supongamos que la corrida es de seis toros. Adelante de todo viene el trailla, que es el manso jefe si se me permite la expresión. Después vienen dos mansos; en seguida los seis ó más toros de la corrida y cierran la marcha otro par de mansos.

— ¿ Esta procesión es mas ordenada que la de la Macarena y no se descompagina como aquella ? pregunté.

— Hombre, nó; te diré que estos no pasan á refrescarse.

— Mas vale así, porque sería de sentir que estos toros se presentaran borrachos á la Plaza y se dejaran matar como unos *lesos*.

— ¿ Qué es eso *lesos*?

— Chilenismo, hombre, chilenismo. A pesar de conocerme algun tiempo ya, aún no te enteras de nuestro simpático modito de hablar ?

En estas y parecidas charlas estábamos cuando llegamos á las puertas traseras del sangriento circo. Un guardián á caballo estaba al lado de la puerta de reja, porque era reja y esperaba ahí la llegada de los cornudos huéspedes. La puerta de madera con grandes pernos de hierro que más adentro comunicaba con el primer corral, estaba cerrada á medias. Entramos por ella y se presentó á nuestra vista un semi - patio, de regular porte, iluminado por una debil lámpara de parafina que colgaba de un clavo en el interior de un simulacro de vestíbulo, en donde había una escalera que conducía á un balcón colgante y corrido, que rodeaba tanto este semi - patio como los chiqueros y otro corral interior.

El simulacro de vestíbulo estaba en un ángulo del semi - patio y separado de este por una gran puerta de madera con pernos de hierro como la que comunicaba el exterior con el semi - patio.

Todo el aspecto de aquello era novelesco y romántico. La debil claridad de la lámpara y la apacible y suave luz de la luna iluminando aquel silencioso lugar y aquel grupo de embozados tranochadores que subían sin hablar, pues el habla se les había entrado, contribuían á hacer de aquella excursión una especie de sueño que se convirtió en pesadilla, ya verá el lector cómo.

Despues de trasmontar los obstáculos, por otro nombre escaleras, que nos separaban del balcón, nos hallamos en él. Una puerta comunicaba á un co-

redor asfaltado, al menos así lo supuse por el ruido que hicieron mis zapatos al rozarse con aquel piso.

A poco de estar allí comencé á andar, pues estaba sólo, hasta que volviendo la vista hácia la derecha me encontré con una puerta abierta de par en par.

¡Qué soberbio espectáculo! Esta puerta daba al interior de la plaza iluminada por la luna. Las arcadas semejantes á las del Portal Mac - Clure, de Santiago, hacían sombras gigantescas en la arena, y media plaza quedaba en la penumbra y la otra media en la más hermosa claridad.

Se me figuró un cuadro de aquellos que representan al anfiteatro romano en una noche serena y de luna. Sólo faltaba caminando por el centro la procesión de mártires cristianos cargados de cadenas y rodeados de centuriones romanos llevando antorchas en las manos.

Pero la procesión andaba por fuera, nó de mártires cristianos sino de mártires torunos.

Ya se sentía á lo lejos un ruido mezcla extraña de cencerros, mugidos, gritos de garrochistas, relinchar de caballos, ladrar de perros, que se acercaba creciendo como esas tempestades en que los truenos comienzan á sentirse muy lejos hasta descargar sobre nuestras mismas cabezas su ruido atronador.

Por fin ya estaban tan cerca que pude sentir distintamente sus pisadas con todo el peso del cuerpo.

Entran corriendo al patio varios individuos á

caballo, con unas largas garrochas y se meten algunos al vestíbulo. A uno se le resbala el caballo sobre las piedras del patio y todos gritan creyendo que ya los toros lo alcanzan. Felizmente el caballo se levanta á fuerza de espuela y corre á reunirse con sus compañeros en el vestíbulo. Y mientras se cierra la pesada puerta que comunica con el semi-patio, entran por la otra los toros revueltos con los mansos. ¡ Qué rugidos los de aquellas fieras ! Hasta los mansos se han encabritado. Nosotros contemplábamos este espectáculo desde el balcón colgante á dos metros sobre el nivel de sus cuernos y sin embargo estábamos muertos de miedo. ¡ Entonces vine á comprender lo que era el valor de los toreros !

Luego vimos llegar al balcón corrido á los garrochistas sudorosos y corriendo. Como los habíamos visto preceder á los toros cuando llegaron á la plaza, apreté á correr y me subí arriba de una puerta creyendo que se trataba de lo mismo. Ya veía yo llegar á los toros, ya me veía ensartado en un cuerno como un riñón á la brocheta, cuando sentí furiosos golpes á la puerta en que estaba encaramado. Yo no me atrevía ni á mirar y comencé á gritar ¡ Socorro ! cuando sentí que se reían á carcajadas mientras uno me tiraba puerta abajo de una pierna.

Cuando los ví á todos riéndose, comprendí que había sido víctima de una broma y que todo aquel miedo de los demás había sido fingido para darme un susto.

— Pero cómo quieren, Uds. les decia después, que yo sepa exactamente las peripecias de un encierro y de los toros sin haberlos visto nunca.

— Hombre, no se fastidie Ud. Si nosotros somos aquí muy guasones.

— Bueno. ¿Y á qué han subido los garrochistas ?

— Pues, sacúdase Ud. el polvo de susto que tiene en el cuerpo y vamos á verlo.

Los garrochistas estaban trabajando de la manera más curiosa. Uno había abierto una puerta que comunicaba el semi - patio con un pasadizo oscuro á cuyos dos lados estaban los chiqueros. Al final de este pasadizo había otro garrochista que había abierto otra puerta que comunicaba al pasadizo con un corral bastante grande. Mientras un garrochista mantenía abierta la puerta otro sujetaba un palo en cuya punta había un rollo de estopa empapado en sustancias resinosas, y que ardía. Los toros y mansos encerrados en el semi - patio, llamados por la luz y no viendo ningún obstáculo delante de ellos se pasaban al corral grande. Una vez que todos estuvieron allí las dos puertas se cerraron. Los garrochistas abrían las puertas, las cerraban y hacían todo desde arriba por cordeles y palos largos, sistema aunque primitivo, muy cómodo.

— Ya los tenemos en el corral. Ahora viene la parte difícil de separar los mansos de los toros y de encerrar a estos en sus chiqueros. Veamos como lo hacen.

Uno de los garrochistas ha conocido á los mansos

desde su *niñez* y este les da un silbido de cierta manera y los mansos se van agrupando á la puerta del corral. Estando allí reunidos les abren la puerta á uno por uno y uno por uno van saliendo. Estos mansos están tan bien enseñados que cuando algún toro se acerca á la puerta, él se hace el tonto y se va á dar un paseo al otro extremo del corral, haciéndose seguir por el toro y dando tiempo para que se salga otro manso mientras tanto. Todos los mansos pasan por el pasadizo donde están los chiqueros y siguen al semi - patio donde quedan encerrados aguardando.

Y ahora viene la parte difícil. Sacar toro por toro y hacerlo entrar cada uno en su toril. Aquí es donde los garrochistas echan fuera toda su ciencia, tanto teórica como práctica. Con sus mismas garrochas desde arriba de los balcones, ayudado por la antorcha improvisada de que anteriormente hablé, los atraen uno por uno á la puerta. Cuando están seguros de que los demás no se les vendrán á ella, la abren y dejan pasar un toro que queda así encerrado en el pasadizo donde están los chiqueros. Enseguida abren la puerta de un chiquero y dejan caer un poco de estopa encendida. Como lo demás está oscuro el toro enfurecido que no halla qué embestir, se va con todas sus fuerzas sobre la estopa é inmediatamente le cierran la puerta tras de él, cortando la retirada.

Los chiqueros son todos abiertos por arriba, de manera que se puede ver perfectamente lo que ha-

ce el toro cuando está dentro. Yo me asomé y lo vi quietecito, tan quietecito que parecía estar durmiendo.

— Yo creo, que está sin conocimiento, le dije á un amigo.

— ¿ Quiéres bajar hasta abajo á hacer la prueba ? Te ponemos una escalera de cuerda.

— Muchas gracias por su obsequiosidad, pero por el momento no tomaré. No debe ser muy divertido encontrarse en presencia del toro en ese recinto tan estrecho.

— Sin embargo, ha habido uno que se encontró, por imprudente.

— Así quedaría él.

— Tan sano como Ud.

— Eso vaya Ud. á contárselo á su abuela.

— La pobrecita está muerta, pero le juro á Ud. que estoy en lo cierto.

Un individuo que se inclinó demasiado sobre la barandilla de la abertura del chiquero, perdió el equilibrio y cayó como costal de harina sobre el lomo del bicho. De allí continuó al suelo, y como el hombre no era de poca sangre fría vió que lo mejor era quedarse quieto y no gritar. Nadie pudo hacer nada por él, de manera que el buen señor tuvo que pasar la noche en la agradable compañía del toro. Cuentan que no le faltó lluvia y granizo en aquel suelo á pesar de estar la atmósfera despejada, más esto no lo atestiguo yo. Lo que sí sé, es que todos lo daban por muerto, cuando al sacar el toro para

la corrida, salió él detrás tan desgreñado y descompuesto como si le hubieran pasado muchos, muchísimos chascos pesados.

— ¡ Pobre hombre ! Ese no será torero con seguridad. La prueba fué dura.

— ¡ Fué más bien blanda...

Eran las cinco de la mañana cuando aquella dichosa operación dió con su fin. Cada toro había quedado en su celda, preparándose para una muerte ejemplar y edificadora... de hospitales.

— ¡ Pobres caballos los de mañana ! decía para mí. ¡ Me los van á dejar secos ! Ni siquiera una tripa les quedará en el cuerpo.

Mientras me retiraba yo para el hotel, se retiraban á sus casas los garrochistas.

— ¡ Cómo es que no vino entre esos, dijo señalándolos con el dedo un madrileño, la duquesa de Alba ?

— Hombre no se burle.

— ¡ Qué cree Ud. ? ¡ Vaya ! Sí á ella le gusta muchísimo y hace viajes especiales desde Madrid, para venir á correr á caballo delante de los toros con los garrochistas.

— Pero hombre, una señora...

— Pues una señora que se viste de hombre para estos casos. Y no es sólo ella, que la condesa de París, la que debía ser reina de Francia hace lo mismo.

— Si no me lo asegura Ud. no lo creo.

— Pues créame Ud., se lo garantizo.

Un cuarto de hora después aquella original noticia no era obstáculo para que yo durmiera á pierna suelta sin preocuparme de las raras aficiones de tan nobles señoras.

VI

— Para muchas cosas no somos los españoles puntuales, pero lo que es para las corridas de toros... Ni los ingleses cuando van á cobrar lo que se les debe. ¡A los toros! dicen. « La corrida dará comienzo á las cuatro si el tiempo y la autoridad lo permiten » anuncian los carteles y cinco minutos antes de las cuatro se ha descolgado á la plaza, todo Sevilla. Pobre del presidente si llega tarde. Le arman una bronca y un jaleo capaces de hacerle salir patilla á la Venus de Milo. Dando la última campanada de las cuatro en el reloj de la Giralda sino bate el presidente su pañuelo blanco, señal dada al corneta para el toque de salida de la cuadrilla, la plaza casi se viene abajo á gritos, patadas, insultos, injurias dirigidas al primero que se les viene á la cabeza.

Así me contaba un español mientras nos dirigíamos á la Plaza de Toros, á las tres y media de la tarde del siguiente dia y, agregaba :

— No crea Ud. que se muerden la lengua para gritarle todo lo que hay que gritar á la pobrecita Reina Regente y á todas las infantas que no tienen la menor culpa en esto.

— Por este sólo dato, le contesté; me convenzo de que el día que quieran quitarle á este pueblo su diversión, se arma en España la revolución más espantosa. Más grande que la de 1793 con que conquistó sus derechos el pueblo francés.

— Que tendrá un disgusto muy gordo el magistrado que tenga esa ocurrencia.

— ¡ Vaya si lo tendrá !

Y hablando caminábamos por entre ríos de gente que se encaminaba á la Plaza. ¡ Qué entusiasmo tan indescriptible ! Creo que los bienaventurados cuando entren á sentarse á la diestra de Dios Padre no tendrán una cara de gozo más grande que la que tenían todas aquellas gentes, al ir á su paraíso *torunal*.

Quando supe que había algunos de esos individuos que empeñaban el colchón, las almohadas, las ollas y demás utensilios domésticos el día sábado, para tener dinero y comprar una entrada al sol el día Domingo.

— ¿ Y qué hacen el día Lunes ? preguntaba yo.

— Trabajan como por dos para desempeñar aquellas prendas y si nó, se pasan sin ellas dos ó tres días. ¿ Qué falta hace comer y dormir cuando se ha visto *al Guerra, al Reverte* y demás *alimentos celestiales* ? Los toros son un *mandá* que cae del

cielo y bien puede aguardarse el estómago y el sueño para cuando falten estos.

Todo esto, si bien me parecía raro, no me sorprendía. Había visto ya cosas más estupendas á este respecto.

Habiendo ido á mi cuarto á lavarme las manos había encontrado en la puerta aquel sirviente que había tomado por los siete vicios capitales aquella noche de procesiones el Viernes Santo. Estaba llorando á moco y baba como una Magdalena. Eran unos suspiros como de fuelle de herrería los que daba.

— Por lo menos á éste se le ha muerto su padre ó su novia, dije para mí. ¡ Pobre hombre !

— ¡ Eduardo se ha ido ! decía entre sollozo y sollozo. ¿ Por qué, porqué no podré irme yo ? ¿ Por qué no me iría yo antes ?

— Vamos. Será algún hermano que se le ha muerto, de nombre Eduardo. Lo ha sentido mucho cuando ha querido morirse él antes, pensaba para mis adentros y al mismo tiempo buscaba los medios de consolarlo.

— ¿ Por qué seré tan desgraciado ? continuaba sollozando. ¡ Eduardo ! ¡ Los toros ! ¡ Los toros !

— ¡ Infeliz ! exclamé con horror. ¿ A tu hermano lo han muerto los toros ?

— ¿ Qué hermano ?

— Tu hermano Eduardo.

— Si yo no tengo hermano. Soy sólo (volviendo

á llorar) ¡ Y me han dejado sólo ! ¡ Sólo ! ¡ Todos se van !

— Sin duda, pensaba yo, el dolor lo trastorna y no sabe lo que dice. Pobre hombre, hay que consolarlo. ¡ Oye ! Juanito.

— ¿ Señorito ?

— A ver, explícame cómo ha sido...

— Que él se fué primero allá (y me señalaba la pieza del dueño del hotel) y allá le *dieron* que podía ir y se fué. Como no hay otro en la casa tengo que quedarme yo.

— Se ha vuelto loco, pensaba.

— Estoy sólo. Soy yo el único. ¡ Ay ! Los toros ! ¡ Los toros ! y así sollozando se fué hasta que lo oí encerrarse en su pieza.

Estaba pensando en la desgracia de que un sirviente se hubiese vuelto loco, cuando veo venir al dueño del hotel :

— Su amigo de Ud. lo espera en el coche.

— No me diga nada, hombre, que aquí estaba Juanito como loco. Lloraba á mares.

— Sí, me contestó el dueño con suma tranquilidad. Este domingo le toca á él. El domingo pasado le tocó á Eduardo.

— ¡ Cómo ! ¿ Ud. cree que él seguirá los pasos de su hermano Eduardo y se morirá hoy ?

— ¿ Pero qué dice Ud. *por Dió* ? ¿ Está Ud. loco ? Si nadie se ha muerto aquí. ¿ Entonces Ud. cree que Juanito llora la muerte de alguien ? Cá ¡ Qué ha de llorar eso ! Si lo que hay es que Eduardo, el

otro sirviente me pidió primero permiso para ir á los toros y se ha ido. Yendo Eduardo no puede ir Juanito y esa es su desesperación.

— ¡ Cómo es posible !

Y pensando en cómo era posible llegué á reunirme con mi amigo.

— ¡ Cree el lector ahora que podría sorprenderme el que otras gentes empeñasen el colchón por ir á los toros ?

Corrientes humanas penetraban por las tres puertas de la Plaza. Dieciseis mil personas caben en la Plaza de Sevilla y de las dieciseis mil, creo que no faltaba ninguna y sí, sobraban muchas.

Durante media hora fué imposible entrar. Por todas partes no se veía sino una masa humana que no tenía principio ni fin. De dónde deduje que había cosas humanas infinitas.

No era sólo el ruido natural de la conversación de tantos miles de personas lo que ensordecía. Eran además los gritos de esa plaga que atraen las fiestas populares, como el azúcar y la leche atrae las moscas. Todos comprenderán que hablo de los vendedores ambulantes y abundantes :

— ¡ Quién quiere agua ! ¡ Agua fresca !

— ¡ Agua y azucarillos ! ¡ Á perra chica !

— ¡ Agua y caramelos !

— ¡ Tendido al sol !

— ¡ Señorito ! ¡ Una entrada de sombra !

- ¡ Periódicos para sentarse ! (1).
- ¡ Asentaderas á tres perras gordas !
- ¡ Agua ! ¡ Quién quiere agua !

Yo no veía cómo íbamos á salir de aquel mare-mágnum, cuando la feliz llegada del coche del Gobernador civil hizo que se dividiera en dos como las aguas del Mar Rojo, y pude seguir detrás de aquel Moises salvador.

¡ Al fin estaba adentro en una plena corrida de toros ! Hacía mucho tiempo que anhelaba ver este espectáculo único en su especie, único en el mundo, único y original. Durante un cuarto de hora siguió entrando y entrando gente. Cinco minutos antes de las cuatro, todo el mundo ocupaba su sitio y esperaba con ansiedad ver batir el pañuelito blanco. Mientras tanto para *engañar el ocio*, como se suele decir, las mujeres se abanicaban con sus abanicos de chillones colores y los hombres se echaban aire ya con los *cordobeses*, ya con los pañuelos de narices. Parecía aquello una bandada de mariposas gigantescas que volaran en un mismo punto.

No sé porqué causa el Presidente se entretuvo algo hablando con una señora, en el interior de su palco. Lo cierto es que estaba distraído cuando dió la última campanada de las cuatro el reloj de la Giralda.

(1) Estos « periódicos para sentarse » son periódicos viejos que venden con el objeto de poner en los asientos y preservarse de cualquier suciedad que puedan tener.

Pasa medio minuto y el Presidente no bate el pañuelo blanco. Se arma la bronca (1) y hasta yo tomé parte, porque estaba impaciente por ver aquella corrida que tantos sudores me iba costando.

A la bulla sale azorado el Presidente de la corrida, batiendo el pañuelito blanco. Suena el toque y se abren las puertas.

Pero hace rato que estoy hablando de Presidente y probablemente mis lectores que no hayan visto corridas no sabrán lo que es.

En toda corrida debe haber una autoridad que representa á la Reina ó Soberano, que presida la función y que mande cambiar de suertes á los toreros á medida que el estado del toro lo exija. Este es el Presidente de la corrida.

El natural Presidente es el Gobernador civil de la Provincia, pero éste casi siempre lo delega en el Alcalde y éste á su vez en algún concejal del Ayuntamiento que entienda en la cuestión toros. Cuando la corrida es de Beneficencia la costumbre es que presida alguna señora ó niña de la sociedad.

Esta vez que la corrida no era de Beneficencia, la bronca y el bochorno le tocaron á un pobre concejal.

¡ Y estaba bien azarado el pobre, cuando lo ví

(1) Lllaman bronca en España, una silbatina, acompañada de gritos de protesta y de proyectiles como naranjas, botellas vacías, bastones, sombreros, botas de vino, cogines de á tres perras gordas, que cruzan el aire en todas direcciones.

sentarse en su sitio! Felizmente la bronca concluyó junto con abrirse las puertas y dar paso á los *alguacilillos*, especie de caballeros de la Edad Media, montados en dos potritos mulatos andaluces que avanzaron hasta enfrenar la tribuna del Presidente. Le hicieron un saludo y contestó el Presidente, tirándoles al mismo tiempo la llave del toril. En seguida se volvieron éstos á donde habían salido y encabezaron la procesión de la cuadrilla que trajo entonces el siguiente orden :

1.º Los alguacilillos á ambos lados de la cuadrilla, precediéndola de unos pocos pasos.

2.º Los tres matadores. En el medio el primer matador, a sus lados los otros dos.

3.º Los banderilleros de los matadores, de á tres en fondo.

4.º Los picadores, montados en sus viejos *pingos* con un ojo vendado.

Y 5.º Los mulilleros con sus dos aparejos de mulitas, para arrastrar toros y caballos muertos fuera de la Plaza.

En este orden, entre el clamoreo de la multitud, que aplaudía con entusiasmo, avanzaron hasta los piés del palco del Presidente. Allí todos se sacaron sus sombreros haciendo un saludo y cada uno se marchó á ocupar su puesto. Los alguacilillos que nada tienen que ver con el toro, ni tampoco les hace falta, se salieron á escape de la pista y fueron a entregarle la llave del toril á un torero viejo cuya única obligación es la de introductor de... toros.

Los matadores ó espadas se dirigieron á cambiar el capote de paseo por el capote de torear y algunos cambiaron las zapatillas que llevaban puestas por otras que les permitieran correr con más facilidad. De los banderilleros sólo quedaron los tres que pertenecían á la cuadrilla del espada, que debía dar fin con el primer toro. Los demás saltaron la barrera y quedaron esperando allí que les llegara su turno.

Tres picadores pertenecientes á la misma cuadrilla se estacionaron de distancia en distancia con las ancas de sus caballos pegada á la barrera, listos con su larga pica bajo el brazo.

Los demás se fueron dentro á esperar que les llegara el turno ó la hora de reemplazar algún compañero herido ó muerto.

Los mulilleros también se marcharon más que de prisa esperando ocasión más oportuna como la de encontrar al toro muertecito y sin probabilidades de resucitar, para volver al palenque.

Unos cuantos *monos sabios* (1) se estacionaron barrera - afuera, prontos para entrar á ejercer sus funciones en la arena cuando algún matador ó banderillero tuviera la buena ocurrencia de llevarse para otro lado al toro, con su capa. Hasta ese instante propicio un *mono sabio* se guarda bien de hacer alardes de valentía y de darse humos de héroe y de salvador de sus semejantes.

(1) Los *monos sabios* llaman á los sirvientes de plaza que se ocupan de ayudar á levantarse á los picadores después de una caída y de limpiar las tripas á los caballos, etc.

Cuando menos pensé, salió el toro furibundo. La corrida había comenzado ¿Concluiría bien?

— Lo veremos, pensé y no me acordé más de aquello, atraído irresistiblemente por el encanto de aquel espectáculo.

Parte de la gente se había puesto de pié. Otros aunque sentados se inclinaban hácia adelante, fijando la vista emocionada en la lidia que comenzaba.

Es preciso ver aquel espectáculo, para darse cuenta de lo que es el aspecto de una Plaza de Toros, y sobre todo la de Sevilla, en días de corrida á las cuatro de la tarde. A pesar de tener el ánimo preparado para ello, por las descripciones leídas y oídas y por la bulla y algazara que se encuentra puertas - afuera, confieso que no vislumbré la impresión que aquellas dieciseis mil personas me hicieron en esos momentos.

¡ Las mantillas blancas de señoras y niñas concurrentes á palco ! ¡ Los claveles y botones de rosa amarillos, blancos y rojos, que ostentaban en su cabeza ! ¡ Los mantónes de Manila (1) con que cubrían sus cuerpos, chulas y cigarreras y el movimiento gracioso en su abandono que todas imprimían á sus abanicos ! ¡ Qué tortilla de tintes ! ¡ Qué conjunto de movimientos ! ¡ Qué abigarrada y encantadora multitud, que ni pluma, ni fotografía pueden reproducir ni dar idea !

(1) El mantón de Manila es lo que aquí conocemos por manton chino. Tiene diversos colores, como : negro bordado de rojo, blanco bordado de amarillo, verde bordado de celeste,

— Es preciso que me sienta aquí, que me palpe yo mismo para asegurarme de que no estoy soñando, que esto no es fruto de una imaginación trastornada, pensaba yo mientras el panorama se desarrollaba en todo su esplendor.

VII

¶ Ya los banderilleros habían dado los primeros capazos, cuando me sacaron de mis reflexiones anteriores con las siguientes palabras acompañadas de acciones capaces de resucitar una momia :

— ¡ Eh ! ¡ eh ! Que ya comienza y parece que estuvieses en Babia.

— ¡ Y á quién le toca matar el primer toro ?

— *Pús al Guerra.*

— ¡ Por orden de antigüedad ?

— ¡ Claro ! En los toros, todo se sigue por orden.

¿ No viste llegar poco há el coche de los toreros ?

— Nó.

— ¡ Un coche tirado por cuatro mulas llenas de cascabeles en que venían todos ?

— No lo he visto.

— ¡ Qué barbaridad ! *Pús* es de lo que hay que ver. Ese coche pasa á buscar á todos los toreros en su alojamiento. El último que sube es el matador más antiguo. Los banderilleros, picadores y matadores más juvenes van á buscarle y le ayudan á concluir de vestirse. Mientras uno le ayuda á

apretarse la faja, otro le coloca la montera sobre la cabeza y un tercero le introduce las mangas de la chaquetilla por los brazos. Estos puestos se los pelean porque son de gran honra. Con que ya ves que en los toros todo va por orden.

— ¡Si en todo fueran Uds. tan ordenados como en esto...! ¡Qué maravilla de nación harían los españoles! Es lo único que falta en este país. ¡Orden!

— Por desgracia es la verdad, me contestó. Sobre todo en Andalucía.

— ¡Qué horror! exclamé. ¡Mire Ud. qué horror! Y al mismo tiempo señalaba á la Plaza.

Un clamoreo espontáneo, unísono se había alzado en la Plaza. Los pocos que quedaban sentados se habían puesto de pié. ¿Qué había sucedido?

El toro cansado de embestir contra capas de banderillero, que no oponían resistencia y huían saltando la barrera, quiso buscar algo más sólido en que poder enterrar sus puntiagudas astas que al fin y al cabo Dios no le había dado para dejarlas en inacción toda la vida. Por eso fué que habiéndosele presentado un picador por delante que desde á caballo le amenazaba con su larga pica y su mirar brillante, enterró la cabeza entre las piernas, enroscó la cola sobre las ancas y dando un salto y un rugido de furor se lanzó a la carrera sobre el caballo que no veía las maniobras del adversario por tener un ojo vendado. Pero el jinete la veía y junto con clavarle el toro los cuernos en

la panza al pobre animal, el ginete le clavaba [en el morrillo al toro la punta de su pica. Escena atroz fué la que se siguió, que había producido ese clamoreo espontáneo y unísono en la Plaza y que me había hecho exclamar : ¡ Qué horror !

Mientras al toro le brotaba la sangre que la clavadura de la pica en el morrillo le había producido, el pobre caballo vaciaba sus entrañas sobre la arena por las dos horribles aberturas que en su pobre pellejo habían producido las astas afiladas de la fiera.

Pocos momentos más de lucha y caen al suelo caballo y picador. El toro se encarniza en el caballo y revuelve con sus astas las tripas que aún le quedan dentro mientras el pobre animal patalea en el suelo en los últimos estertores de la vida, protegiendo con su cuerpo el de su ginete que así se libra de que á él le revuelvan las tripas.

¡ Qué momentos de emoción tan angustiada ! Por fin consigue el gefe de cuadrilla llamarle la atención al toro á otra parte y allá lo entretiene mientras los *monos sabios* cumplen con su deber.

Algunos se ocupan de levantar al picador que no puede valerse de sí mismo para ponerse sobre sus piés, porque sus piernas forradas en hierro y las pesadas suelas de sus zapatos no se lo permiten. Apenas el picador se encuentra en equilibrio, se lanza á la mayor velocidad que le permiten sus piernas á la barrera que deja entre él y la arena, entrando por alguno de los burladeros, puertas

estrechísimas por donde no cabe sino el cuerpo de un hombre, de costado.

Otros de los *monos sabios* se ocupan del pobre caballo. Si está muy avanzada la agonía, le clavan la puntilla, punzón de hierro muy afilado, en el cerebelo y acto continuo aquel animal, que quien sabe cuántos servicios ha prestado en su larga vida al hombre, deja de existir. ¡Triste recompensa en su vejez! Si por casualidad, que también suele suceder, le quedan aún rastros de vitalidad, lo apalean, lo chivatean, lo punzan, hasta obligarlo á ponerse sobre sus pies y lo hacen salir fuera de la Plaza, arrastrando por el suelo sus tripas y su estómago. Muchas veces el pobre queda en mitad del camino y cae muerto. Allí lo dejan hasta que entran los mulilleros á sacarlo, asoleando sus mutiladas entrañas, que por primera vez ven la luz del día. Los que alcanzan á salir fuera de la Plaza tienen otra suerte que no sé si es mejor ó peor. Yo creo que es peor porque prolonga los sufrimientos.

Allá dentro les entran las tripas á su primitivo sitio y le cosen la piel de manera que puedan salir de nuevo á la Plaza. ¡Y vuelven á salir para caer y no levantarse más!

El primer caballo que cayó y la primera vez que ví todas aquellas sangrientas y horrosas operaciones me produjeron una impresión tremenda de asco, de repugnancia y de compasión. Pero cuando

ya vi aquello repetirse seguidito me quedé tan frío que pensé como un español :

— Mientras más caballos destripen, mejor es la corrida.

Se pone uno sanguinario, terrible, hecho un Nerón.

Así siguieron los picadores, picando, cayendo, levantándose y renovando caballo para volver á comenzar, hasta que el Presidente de la corrida batió su pañuelo, sonó una corneta y... se retiraron los picadores para dejar el campo á los banderilleros.

.....
 Los cuales comenzaron su tarea llamando al toro con los brazos abiertos teniendo en cada mano una banderilla.

La banderilla es un palito, adornado con mucho papel calado, de color, en uno de cuyos extremos hay un garfio puntiagudo de hierro que entierra en las carnes del toro. Para llegar á enterrárselas bien es que hai que ser buen banderillero.

De las suertes del toreo tal vez esta es la más hermosa. Es la mas elegante en sus movimientos, la más limpia y la menos sangrienta.

La parte repugnante de la corrida ha concluido ya, junto con concluirse la suerte de los caballos. Todas las demás forman un precioso espectáculo lleno de sensaciones fuertes, sin más derramamiento de sangre que la del toro, al cual llega uno hasta desear la muerte por los muchos entuer-

tos y averías que ha hecho en veinte minutos de estar en la arena.

- ¡ Olé ! gritaban ¡ Currinche ! ¡ Olé ! ¡ Vaya !
- ¡ Qué te mando á mi *muhé pá* que te ayude !
- ¡ Qué te pongan faldas es lo que te falta !
- ¡ Eso no es ser torero ni es ser *ná* !
- ¡ *Mién*, Uds. á ese tío maleta !
- ¡ Bueno ! ¡ Pues á otra cosa !

Todos estos gritos salían de diferentes puntos de la Plaza porque el infeliz banderillero de apodo *Currinche* había citado á banderillas y no encontrándose el toro en buena disposición para dejárselas clavar, había saltado la barrera (*Currinche*).

He dicho citar á banderillas y probablemente más de algún lector no comprenderá lo que es esto.

El banderillero después de tomar en cada mano una banderilla, se dirige hasta enfrentar al toro. Entonces levanta los brazos en alto y se empina dando un saltito en la punta de los piés, para llamar la atención al toro, el cual no viendo nada más facil para llevarse por delante, que ese hombre que lo provoca, embiste con todas sus fuerzas. Esto es lo que se llama " citar á banderillas. "

Después de estas evoluciones era que *Currinche* había huído y esta huída era la que había provocado aquellas exclamaciones.

Instigado por los gritos y queriendo jugar el todo por el todo, *Currinche* se lanzó á la carrera y colocó sus banderillas al cuarteo.

¡ Al cuarteo ! ¡ Y comprende el lector lo que

quiero decir? De seguro que si no ha visto corridas y si no está instruido en los secretos de la tauromaquia, no lo sabrá.

Después de haber citado, las banderillas se pueden colocar de dos maneras. Al cuarteo y al quiebro. Para colocarlas cuarteando corre el torero desde el lugar donde ha citado hasta encontrar al toro y se las clava dando una media vuelta. Para colocarlas al quiebro el banderillero no se mueve de su sitio y las clava engañando al toro con un movimiento de brazos.

Hay diferentes maneras de clavarlas al quiebro y estas maneras varían según la fantasía del torero.

Vaya de ejemplo un torero llamado por apodo " El Gallo " que se ha hecho célebre por un quiebro especial que se llama " el quiebro de rodillas. " És decir que este célebre sujeto, cita arrodillado en el medio de la Plaza, espera que llegue el toro, arrodillado y le clava los palitos, arrodillado. ¿ Se necesita *ñeque*, eh ?

Otro quiebro que se hace poco es el quiebro en silla. Este lo solía hacer un torero que estuvo en Chile, como simple particular; cuyo nombre es Angel Pastor. Consiste en citar al toro, sentado en una silla en medio de la Plaza, esperar que éste venga y al tiempo de embestir, levantarse, clavarle las banderillas y dejarlo que ensarte la silla en los cuernos y la lance cuanto lejos quiera, que esto no les da cuidado.

Sucede muchas veces, que no toca un toro como

el que le había tocado á *Currinche*. No todos tienen los mismos bríos después de haber perdido tanta sangre con los picadores. Hay muchos que no embisten y que quedan flojos después del primer par de banderillas. A estos son á los que hay que colocarles banderillas de fuego.

Pero esto no lo pueden hacer mientras no lo mande el Presidente de la corrida, que para estos casos bate un pañuelo colorado.

Las banderillas de fuego se diferencian de las otras en que el madero está envuelto en una especie de saquito, cuyo interior está relleno de pólvora, cohetes, voladores. De este saquito sale una mecha que comunica con un fulminante pegado al garfio de hierro, que se entierra en las carnes del toro. La sangre caliente de este animal enciende al fulminante, el fulminante comunica el fuego á la mecha, la mecha á la pólvora, á los cohetes y á los voladores, lo cual asusta y hiere al toro que comienza á brincar como un condenado y embiste, después de este tónico con unos bríos que... no quisiera estar por delante de él.

Por lo general cuando la corrida es grande y oficial no se usa de este remedio y se contentan con clavarle cuatro ó seis pares de banderillas comunes.

Mientras los banderilleros así se ocupan de hostilizar al toro, el espada descansa tranquilamente al lado de la barrera empuñando los trastos de matar. Rumia en su cerebro el discurso que debe pronunciar al brindar el primer toro al Presidente de la corrida.

Sucede frecuentemente que al comenzar la faena de banderillas comienza el público á armar bronca y á silbar sin haber motivo para ello.

— ¡ Qué es lo que querrá este distinguido público que de nada silba ? pensé yo para mis adentros, cuando oí los gritos de :

— ¡ Guerra ! ¡ Guerrita !

— ¡ Los *mataores* !

— ¡ Reverte ! ¡ Reverte !

— ¡ *Los mataores* !

— ¡ Qué banderilleen los *mataores* !

— *Vamó* ¡ Reverte ! ¡ Eso ! ¡ eso !

— ¡ Los *mataores* ! ¡ Los *mataores* !

Y viendo que accedían los matadores :

— ¡ Bravo ! ¡ Olé !

— ¡ Eso se llama *toreá* !

— ¡ *Eso son torero* !

— ¡ Olé tu *mare* ! ¡ *Chiquiyo* !

— ¡ Y tu gracia !

— ¡ Viva el salero ! ¡ Anda hijo !

Y con esto el público se calló y aunque pusieran banderillas tan mal ó peor que cualquier banderillero los aplaudían y aclamaban por el sólo hecho de haber accedido á sus deseos. ¡ Oh fuerza de la fama !

.....

Ya tenemos al espada con el estoque en una mano y la muleta en la otra, que se dirige á enfrentar el palco presidencial.

El estoque de un metro de largo más ó menos y de cuatro filos, aunque dos son tan poco afilados y

sobresalientes que podría decirse que sólo consta de dos. La empuñadura es más pequeña que la de una espada de soldado y va forrada en un trapo rojo. El peso de este estoque es bastante grande.

La muleta es un pedazo de tela roja clavada á un madero por un lado, que permite desplegarla como una bandera pequeñita.

Al llegar frente á la tribuna presidencial; toma el torero ambos trastos con la izquierda, mientras que con la derecha se descubre y pronuncia su brindis. El Presidente se descubre también para oír la loa que generalmente es en los siguientes términos :

— Brindo por su salud de Ud. y de toda la concurrencia. Brindo por España y por los españoles y por S. M. El Rey. ¡ Viva España !

Dicho lo cual gira sobre sus talones, lanzando la montera para atrás que cae al suelo y es recogida por algún banderillero guardándola éste hasta que el espada concluye su faena. Una vez muerto el toro, se la entrega y el espada se cubre.

Así descubierto se dirige el torero derecho al bicho y comienza su faena escondiendo el estoque debajo del trapo ó muleta. Con esta lo torea y le hace embestir cuantas veces quiere hasta dejarlo cansado con los pases (1). Cuando el toro se cansa es el momento propicio de hacerlo cuadrarse, es

(1) De pases hay una série tan grande, que sería imposible recordarlos aunque tuviera más memoria que San Pedro, que conoce los nombres de los que debe dejar entrar.

decir que coloque las patas traseras en la misma línea, las delanteras ídem y que agache la cabeza de manera de dejar en descubierto el morrillo, por donde debe entrar el estoque, que el torero saca poco á poco de debajo de la muleta, coloca á la altura de su ojo derecho, apunta al morrillo y se tira con todas sus fuerzas.

En el momento en que el toro se cuadra hay un clamoreo general en la plaza al que se sigue un silencio de muerte mientras el torero apunta al morrillo. ¡ Es el momento decisivo y el más peligroso en toda la corrida ! En el momento de tirarse hay otro clamoreo que se convierte en aplausos si la estocada ha sido buena y en silbatina si ella ha sido mala.

Cuando la estocada ha sido buena, el estoque entra completamente derecho hasta la empuñadura ó hasta la mitad.

Me sucedió en una de las muchas corridas á que asistí en España que ví entrar la espada completamente derecha y salirle al toro abajo, por la garganta. Yo creí que aquella era una estocada espléndida y que la plaza se iba á venir abajo á aplausos. Para dárme las de entendido en estocadas buenas comencé a aplaudir furiosamente.

— No se burle Ud. de ese pobre torero, que ya bastante le fastidiarán, me dijo un amigo que tenía al lado, al mismo tiempo que la plaza casi se venía abajo... de furia.

Por todas partes se oían imprecaciones :

- ¡ Asesino ! ¡ Sin vergüenza !
 — ¡ Que maten á ese *degollaor* !
 — ¡ Así te degollaran á tí !
 — ¡ *Mié* Ud. que se necesita ser bruto !
 — ¡ Y *pá* eso te parió tu *mare* ?

Yo no me podía dar cuenta de lo que había sucedido.

— ¡ Pero qué pasa ? ¡ Por qué tanta furia con ese pobre *Bonarillo* ? porque le tocó á *Bonarillo* aquella mala suerte.

— ¡ Qué no ve Ud. que ha *degollao* á ese pobre toro ?

— ¡ Y qué más dá que lo degüelle ó que le dé la estocada recta al corazón ?

— *Pús* mucho. Así no se matan toros. Eso lo hace un carnicero, pero un torero...

— ¡ Qué diferencia hay entre un carnicero y un torero ?

— Mucha. Uno mata para darnos de comer y el otro mata para divertirnos. Uno mata sin exponer otra cosa que la limpieza de la ropa y el otro mata exponiendo la propia vida.

— ¡ Vaya ! me ha convencido Ud. de que un torero que degüella un toro, es un asesino.

Y en adelante yo era el primero que armaba escándalo cuando un torero daba mal una estocada, pero siempre tenía que esperar la advertencia de algún entendido, porque no supe jamás distinguir una estocada buena de una mala.

Otra vez me tocó ver que *Mazantini* se tiró con

una estocada tremenda y que la espada en lugar de entrar, pinchó, dió bote y saltó lejos. Yo, queriendo dárme las otras veces de muy torero, comienzo á silbar furiosamente, hasta que uno que tenía al lado me dijo :

— Cállese Ud., hombre. ¿ Qué hace ? No haga barbaridades.

— ¿ Pero cómo no he de silbar una estocada tan mala ?

— ¿ Cómo mala ? Lo que hay es que pinchó en hueso, pero se ha tirado muy bien. ¡ El golpe fué soberbio ! Con mala suerte si Ud. quiere, pero soberbio.

— ¿ De manera que yo nunca la podré acertar ? No daré más mi opinión.

Otras veces me pasó que veía enterrar muy bien el estoque y que el toro no moría.

— Es porque se ha desviado dentro, me decían, y quedaba yo tan enterado como Adán de la luz eléctrica.

En una ocasión recuerdo que un espada había enterrado el estoque tres veces infructuosamente. El pobre sudaba arroyos, de tal manera que parecía más bien él y no el toro, el moribundo.

De repente se arma una bronca en la plaza, al ver que el pobre torero enterraba, por cuarta vez el estoque sin resultado definitivo :

— ¡ *Mechaor !*

— ¡ *Salvaje*, lo estás mechando !

— ¡ *Paece* que lo quisieras *pá filete !*

— ¡ *Mién* Uds. como explora á ver si encuentra una mina de oro !

— ¡ Y qué hace ese *presiénte* que no manda al corral ? (1)

Por fin, una quinta estocada tendió al toro cuan largo era é hizo cesar las imprecaciones que comenzaban ya con el pobre Presidente.

Despues que el toro ha recibido la estocada, aunque esta sea buena, no cae inmediatamente sino que embiste todavía dos o tres veces para ir en seguida en busca de la barrera. Allí se arrodilla ó queda tambaleándose y entonces se le da fin de dos modos : ó descabellando el matador ó dándole con la puntilla.

Descabellando el matador es el modo más apreciado por los aficionados. Consiste en que el espada, con la punta del estoque le dé al toro en el testuz en un hoyo que tiene el animal facil de perforar y por donde puede penetrar hasta el cerebelo. Este hoyo, facil de perforar, no tiene más diámetro que el de veinte centavos chilenos, de manera que se comprende muy fácilmente que es muy difícil apuntar en él. Por eso hay descabellos al primero, segundo, tercero y más intentos.

Además hay dos clases de descabello. El descabello corrido y el descabello á pulso. El descabello

(1) Cuando un torero lo está haciendo muy mal el Presidente de la corrida tiene derecho de hacer retirar al toro y lo matan dentro en los corrales. Es el mayor bochorno que pueda tener un torero.

corrido consiste en afirmar la punta del estoque en el testuz, correrla hasta encontrar el hoyo y allí afirmar con todas las fuerzas. El descabello á pulso consiste en enterrarle la punta del estoque sin buscar previamente el lugar.

Dándole con la puntilla, se hace tambien de dos maneras, pero antes es preciso que explique que esta puntilla es lo mismo que la otra de que he hablado al describir la muerte de los caballos.

Una de estas maneras de dar la puntilla, consiste simplemente en que se acerque el puntillero de la cuadrilla al toro, una vez que éste está arrodillado y que le clave en el lugar conveniente el instrumento. La otra manera es ya más difícil y es tan apreciada entre los aficionados como el descabello. Se llama " tirar la puntilla. "

El matador se sitúa á dos metros del animal que está arrodillado y desde allí lanza la puntilla que cae exactamente en el hoyo de facil perforación.

Después de estas faenas, últimas en la lidia de un toro, vienen las grandes ovaciones al espada si lo ha hecho bien y las grandes silbas si lo ha hecho mal. He visto las dos cosas y prefiero las ovaciones como buen cristiano que soy.

En medio de una de estas dos cosas se dirige el torero, con la espada y la muleta empapadas de sangre al mismo sitio en que brindó el toro y saluda á la Presidencia. En seguida se marcha á cambiar los trastos de matar por su capa de torero y su montera que se coloca sobre la cabeza.

Si la ovación continúa, el torero recorre todo el redondel saludando á diestra y siniestra y recibiendo del público muestras materiales de felicitación que se traducen en cigarros puros, sombreros cordobeses, botas de vino, chaquetas, etc. Los cigarros puros y las botas de vino son recogidos por alguno de la cuadrilla que se los guarda al jefe. Los sombreros cordobeses, los bastones y demás prendas de vestir tiene que recogerlas el matador y tirarlas él mismo, de vuelta á sus dueños.

Una vez ví yo uno de aquellos individuos, que estaba medio chispo, que se sacó los pantalones, el chaleco y la chaqueta, los tiró al redondel y quedó en camisa y calzoncillos.

Todo lo que se pueda decir del entusiasmo que reina en estas ovaciones será pálido al lado de la realidad. Es un delirio, algo inconcebible. Da una idea vaga el siguiente tango que oí cantar en diversas ocasiones :

Una niña fué á los toros
Y Mazantini mataba
Para tomar la reseña
Su novio la acompañaba.

Mazantini dió un recorte
La niña se entusiasmó
Y le ha tirado las botas,
Las medias y el pañolón.

Las enaguas, la camisa,
Y en su torpe ligereza
Por no tener que tirarle
Tiró al novio de cabeza,

Después de este tango yo supongo que no les parecerá raro lo que yo ví:

Una de aquellas tardes de corrida en Sevilla, mataba Guerrita y había dado una estocada al toro de modo á no necesitar puntilla. La ovación fué delirante. Yo tenía detrás de mí un muchacho que parecía estar muy tranquilo y que al parecer no formaba parte de ese pueblo entusiasta. De repente lo veo levantarse de su asiento ponerse de pié sobre su silla y con gestos exagerados llamar á Guerrita que estaba en el otro lado de la Plaza, el cual viendo el apresuramiento creyó que algo grave sucedía y corrió hacia nosotros. Una vez que estuvo al pié del palco, mi vecino se sacó el sombrero y mostrándoselo á Guerrita : le gritó :

— Oye. Si no lo hubiera *compra*o esta mañana ya te lo habría *tirao*. ¡ Vete con *Dió* !

— ¡ Y *pá* eso tanto apuro ? le contestó *Guerrita*.

— ¡ Vaya ! *Pús* lo que ahora *farta* es que te *enohes* porque te dán explicaciones.

Y *Guerrita* se fué con su música á otra parte.

Estas son las ovaciones, y así como son de entusiastas estas, son de terribles las silbas finales.

No recuerdo qué torero había recibido ya más de cien naranjazos, unos en pleno traje, otros en pleno rostro : lo cierto es que el pobre estaba más corrido que un ratón por gatos. Ya casi era imposible recibir más improprios, cuando el mismo vecino, que lo tuve en toda la temporada de toros, se levantó de su sitio, y comenzó á llamar al torero con

el mismo entusiasmo que había llamado á Guerrita.

El pobre torero, que estaba desesperado, creyó que era algún amigo que venía á socorrerlo con una ovación para darle alientos, y se acercó al pie de nuestro palco.

No hizo más que ver esto mi vecino y le dirigió la palabra en los siguientes términos :

— ¡ Oye ! ¿ Dónde aprendiste á asesinar toros *peazo é bruto* ?

El torero exasperado le contestó :

— ¡ *Pús pá* decirme eso, podías haberte *queao* en tu casa !

Y la gente que estaba alrededor oyendo que aquel « bribón que no sabía ni siquiera matar un toro, » se atrevía á contestar las observaciones de un espectador, le gritó :

— ¡ Calla, *bandío* !

— ¡ Y se atreve á *contestá* ?

— ¡ *Mien* Uds., que es poca vergüenza !

— ¡ Y *dinidaz* !

— ¡ El que *poía* haberse *queao* en su casa es él !

En medio de estos insultos el infeliz se daba vueltas para todos lados y en todos lados se encontraba con el enemigo al frente. Como la Plaza es redonda...

La salida del siguiente toro vino á distraer la atención de aquel público encarnizado en un *chambón*.

Però entre la salida del siguiente toro y el comienzo de la silbatina, han pasado lo menos cinco minutos. Es el tiempo que necesitan mulilleros y *monos sabios* para cumplir sus últimos deberes.

Consisten estos deberes en enganchar á las mulitas, generalmente blancas y adornadas con cintas y banderitas de colores nacionales, con cascabeles y zarandajos, que arrastran por puertas opuestas, una pareja de tres al toro y la otra á los caballos que han quedado muertos en la arena uno por uno.

Después los *monos sabios* echan tierra en los charcos de sangre y queda la Plaza como si nada hubiera pasado.

Estas escenas se repiten seis veces, generalmente y es lo que constituye una corrida de toros.

Después que han muerto al último toro, se descuelgan á la Plaza todos los pilletes y gentes del pueblo más entusiastas de este espectáculo. Mientras unos llevan en andas improvisadas con las manos á los toreros que lo han hecho bien, otros chivatean al toro muerto, tirándolo de los cuernos y de la cola, de manera que cuando vienen las mulitas ellos son arrastrados juntamente con el toro. Este es un goce supremo que "debían envidiarles los Arcánjeles que hay en el Cielo" según gráfica expresión de ellos.

Según me han contado, de esto no soy yo editor responsable, ha habido casos en que no estando bien muerto el bicho se ha levantado y corneado una media docena de aquellos impertinentes, que como moscas le venían á molestar en su dolorosa agonía. Pero, como he dicho, aunque me lo aseguraron, no me hago yo editor responsable,

Y este es el final del cuento.

VIII

Dicen, que levantar el telón de la Opera de París cuesta diecisiete mil francos y este hecho como se comprenderá, no es el hecho material de levantar el telón, sino que quiere decir, que para levantar el telón, es preciso tener todo listo y que el alistar aquello cuesta los diecisiete mil francos.

Dicen también los franceses, con una fatuidad estúpida, que ellos son los que tienen el espectáculo más caro en el mundo. Eso es lo que yo niego.

Usando de la misma expresión de que se sirven ellos, diré yo que "abrir el toril" cuesta *treinta mil pesetas*, que son *un poquito más* de diecisiete mil francos.

Estas treinta mil pesetas se descomponen más ó menos de la manera siguiente :

6 toros á 1,500 pesetas.....	9,000
3 toreros á 4,000 " (término medio)....	12,000
40 caballos á 150 "	6,000
Gastos generales:	
Arriendos, limpieza, avisos, etc.....	3,000
Lo cual dá un gasto total de.....	30,000

Esto es, aproximadamente, lo que cuesta á un empresario *poner en escena* una corrida de toros. Si esta suma varía algo, puedo asegurar que se acercará más á 31,000 que á 29,000 pesetas.

De manera, señores franceses, que en espectáculos caros se llevan la palma de la victoria los españoles !
¿ Y no os poneis á llorar ?

A pesar de costar tan caro, es beneficio para los empresarios que conocen el negocio. El número de concurrentes es tan grande, que por pequeña que sea la entrada que paguen, pueden costear con ventaja estos gastos y otros mayores.

Sin embargo ha habido muchos que se han arruinado en empresas de toros como otros tantos se han arruinado en empresas de teatro.

Entre los que se han arruinado en estas empresas cuenta la sociedad española varios de sus más conspicuos y nobles miembros.

Es preciso tener mucha práctica para lidiar con esas gentes que forman el conjunto de una corrida. El dinero se va en los detalles como el agua de una acequia se absorbe en su trayecto en la madre tierra antes de llegar á su destino.

¡ No me metería yo á empresario de toros !

IX

¡ Todo en este mundo tiene su nota triste y su nota alegre ! Todo tiene dos lados, el hermoso y el sombrío. Siguiendo esta regla invariable de la naturaleza, las corridas de toros también tienen dos aspectos.

Si llenas de alegría y encanto son las horas que pasamos en la plaza viendo aquellas escenas, llenas de tristeza y angustia mortales son las horas que la mujer y familia del torero, pasan mientras el marido corre aquellos peligros. ¿ Qué no se ocurrirá á esa imaginación preocupada pensando que si le falta su marido, con él le faltará el pan, le faltará el traje para ella y para sus hijos ?

Pero todo es relativo. Si es cierto, muy cierto, que hay peligro, cierto es también que este peligro es relativo. Para el que sabe su oficio, para el que sabe torear hay tanto peligro en esto como para el que sabe montar á caballo y monta. A nadie se le ocurre temer por la vida del que tal hace, pero si un imberbe que no se ha visto nunca sobre los

lomos de un rocín sale corriendo, todos quedan temblando por su existencia.

Entre los toreros no debe haber miedo, porque comienzan por oficios bajos en la corrida, se acostumbran á ver toros, pierden el miedo y aprenden á torear, mirando hacerlo á los demás. Después cuando ya han pasado por esta especie de aprendizaje entran en alguna cuadrilla como novillero, es decir, matando novillos en corridas de poca importancia en que estos novillos son toros que casi, casi se les podría enseñar á pararse en las patas traseras como á los perritos de circo.

La carrera es larga y la educación severa para poder llegar á ser lo que se llama un torero.

Y si la carrera no fuese tan larga y el aprendizaje tan severo tendríamos que las desgracias y cogidas serían innumerables.

Gracias á esta severidad es que la plaza de Madrid, que es la plaza de España donde hay más corridas, ha pasado sesenta y tres años sin que un torero haya sido muerto.

Después de estos sesenta y tres años, en 1894 ha venido á romper la monotonía habitual, la muerte de José García (*El Espartero*), cogido por un toro de Miura. (Este Miura no se anduvo con chiquitas porque le partió el corazón al pobre espada como quien despresas un pollo.)

No había muerto ninguno desde el año 1831 en que había sido despedazado por otro Miura, José Rodríguez (*Pepete*).

En la serie de corridas de toros que ví en España sólo pude ver dos cogidas sencillas : una á *Guerrita* sin más consecuencias que la rotura de un pantalón y un susto mayúsculo de él y de nosotros.

Un chusco que estaba por ahí cerca cuando aquella cogida, exclamó al saber la rotura del pantalón :

— ¡ De seguro que á él le hubiese gustado más quedar en el sitio !

— ¡ Por qué ? le preguntaron varios.

— ¡ Pues porque no habría tenido que comprar otro pantalón !

Y todos soltaron la risa, incluso yo.

— ¡ Cuántos *Guerritas* hay en mi tierra ! pensé para mis adentros.

La otra cogida que yo ví fué la de un picador, herido también por un Miura levemente en una pierna, tan levemente que seis días después de la cogida iba en el tren para Madrid, sin más señales de su descalabradura que el color de su cara no muy rosada.

Mucho se habla en Europa entera y en muchos países americanos del salvajismo de las corridas de toros. Punto es este muy discutible, y tan discutible, que yo encuentro la corrida de toros mucho menos salvaje que muchos espectáculos llamados espectáculos de gente culta.

¿ Qué me dicen esos franceses, esos ingleses, esos alemanes y esos americanos de sus diversiones de circos y de carreras de caballos ? ¿ Qué me dicen de

esos acróbatas que ejecutan sus pruebas á veinticinco metros de altura sobre nuestras cabezas, expuestos á la menor falta de equilibrio á hacerse una tortilla ?

¿ Por qué objetan el que las sensaciones que tienen en suspenso al público en una corrida de toros sean las probabilidades de perder la vida que tiene el torero ?

¿ Yo me pregunto y pienso qué espectáculo en el mundo tiene atractivos si en él no hay alguien que exponga al menos en parte su existencia ?

Si esos mismos acróbatas de que hablaba hace un momento hiciesen sus pruebas á cincuenta centímetros del suelo, donde no hubiera peligro para su vida, esos mismos que hablan en contra de las corridas de toros ¿ las aplaudirían ó las silbarían ?

¿ Y las carreras de caballos consideradas como un gran adelanto moderno no son también un salvajismo ? ¿ No hay muchísimas desgracias diarias, muchas más en esta culta diversión que en las *salvages* corridas de toros ?

Cien veces, digo, que las banderillas, las picas y las espadas toreras son menos salvajes, menos crueles que esas vallas, paredes de piedra de las canchas de carrera europeas hechas expresamente para que el jinete que caiga se rompa los sesos contra ellas.

No se me olvida nunca. Ahora doce años estábamos viviendo en Paris cuando ví llegar á mi madre horrorizada y pálida aún. Venía de las carreras y había visto una en que de doce caballos que corrían

uno llegó á la meta manco. Los otros quedaron en el camino y los once ginetes llegaron á las tribunas en camilla, unos muertos, heridos otros.

¿ Ha habido ejemplo de semejante cosa en una corrida de toros ?

Yo mismo ahora último, asistí á una de las más famosas carreras de París: la de vallas de Auteuil con cincuenta mil francos de premio. Murieron dos caballos, dos ginetes resultaron con la pierna quebrada y un tercero estuvo durante dos horas sin conocimiento, de manera que lo daban por muerto.

¡ De modo que en unas carreras de caballos había visto yo más desgracias efectivas que en una serie de corridas de toros !

Y luego los ingleses, los franceses, los alemanes y muchos americanos salen de España hablando de la ferocidad del pueblo español, que goza con tan fúnebres espectáculos.

Esos mismos ingleses, franceses, alemanes y americanos son los que, mientras han estado en España, no han perdido corrida y son de los que vuelven á España para volver á presenciarlas.

Qué cierto es aquello: (Vemos la paja en el ojo ajeno y no vemos la viga en el propio).

X

El lenguaje empleado por los toreros y aficionados para referir los diferentes incidentes de una corrida es tan curioso y difícil de entender como el griego (sin haberlo aprendido). Yo me tuve que valer de intérpretes para llegar á comprender algunas cosas que decían.

Nada me parece más á propósito para dar á conocer este lenguaje que una relación de una corrida de toros hecha por un diario madrileño, exclusivamente torero.

Para poder agregarle las notas explicativas que he puesto al pié tuve que valerme de un amigo mio malagueño, que con una paciencia de Job, me explicaba claramente lo que aquello, á mi parecer jerga, quería decir.

Doite las gracias Pepito Huelin, mi intérprete torero. ¡ Que te lo agradezcan también los pueblos que lean este libro !

Descripción hecha por el diario

"EL TOREO CÓMICO"

OCTAVA CORRIDA DE ABONO CELEBRADA EL DÍA JUEVES 14 DE MAYO DE MIL OCHOCIENTOS NOVENTA Y SEIS, FESTIVIDAD DE LA ASCENSIÓN, EN LA PLAZA DE TOROS DE MADRID.

" Se quedó la afición ya sin conflicto
 Por el "dedo del *Guerra* "
 Y menos mal que al fin la compensaron
 Dándole una montera;
 lo cual que cuando, ocurra aquí ó en Flandes
 un torero la ofenda,
 se planta la montera y... concluido,
 le manda hácia su tierra.
 Por tales contratiempos los que iban
 á Aranjuez á la "juerga "
 y los que fieles al taurino abono,
 se quedaban en esta,
 unieron su entusiasmo y todos vienen
 á la única fiesta. "

(OBSERVACIÓN.—Esta primera parte de la relación de esta corrida que he puesto por no dejarla trunca, se refiere á una corrida de beneficencia que debió tener lugar en Aranjuez en ese mismo día y que se suspendió porque *Guerrita*, que debía tomar parte en ella, excusó su venida á última hora, pues decía que tenía un dedo enfermo. Como *Guerrita* no viene casi nunca á torear á Madrid por capricho

ú otras razones, los madrileños se aprontaban para viajar una hora en ferrocarril y dejar la corrida de Madrid. La corrida se suspendió con este motivo, pero no obstante *Guerrita* se quedó con una montera nueva, que para esta solemnidad le habían regalado.) Dada esta explicación continúa la relación de " El Toreo Cómico. "

" Ventaja que resulta en beneficio
 Por metal á la Empresa,
 y á don Luis (1), el Reverte y Algabeño
 por ser más los que vean.
 El programa reúne condiciones
 Y es casi de primera
 pues los bichos de Miura tienen fama
 de hacer brava pelea.
 Y siendo los " factores " del " producto "
 importantes, se espera
 que resulte al final satisfactorio
 y lucido el " problema. "

La corrida, mixta de abono y de Isidros, da comienzo á las cuatro y media con gran completo. La tarde, aunque fresca, es bonancible. Preside don Manuel Fernandez de la Vega y asisten al palco regio Sus Altezas, la infanta doña Isabel y la condesa de París.

Después de hecho el paseo,
 se presenta el Hurón,
 que es castaño, *astillao*
 no de uno; de los dos.

(1) Don Luis llaman en Madrid al torero Luis Mazantini. Hay quien le dice *Doña Luisa*.

No atiende al pronto á los piqueros más luego coje á traición al Chato y le desencuaderna la peana (1) recibiendo por fin el alfilerazo (2) del bravo ginete y matándole el penco. Luis hace quites y Reverte lleva á cabo uno superior para librar á Mazantini de un desvío. (Palmas).

De Agujetas aceptó
el bicho otra *convidá*
y su caballo perdió
á causa de una *corná*.

Continúan ambos picadores el *record* de la lanza. Los matadores oyen aplausos por la ayuda con el percal. (3) Varas, cuatro; caídas, dos, y jacos (4) dos.

Tomás (5) de azul marino
con plata como adorno
y Galea (6) de grana
con guarnición de oro
cogen los palitroques (7)
y actúan de este modo :
el uno entra al cuarteo
y pone un par con decoro,
escuchando las palmas
de todas y de todos.
Galea no se achica
y le sigue con otro
de los buenos, y medio.
puso Tomás al toro (8)

(1) Desencuadernar la peana quiere decir, despedazar el caballo. (2) Alfilerazo es la acción de enterrar la pica en el morrillo. (3) El percal es la capa de torear. Esto quiere decir que estuvieron acertados los matadores para llevarse al toro y quitarle el picador. (4) Jacos son los caballos, varas son las picas. Quiere decir que el toro aguantó cuatro picadas y mató dos caballos. (5) Tomás Mazantini hermano y banderillero de Luis. (6) Otro banderillero. (7) Los palitroques son las banderillas. (8) Poner medio par es no alcanzar á poner sino una banderilla. La otra se cae al suelo en este caso.

Don Luis, de azul aureo, previo el brindis, hace este trabajo. Un pase con la derecha sufriendo desarme el matador, otro lo mismo y uno alto con colada (1) Nuevos pases derecha (2) y un pinchazo sin soltar (3). Sigue la faena con la de cobrar (4). Atizó una sin soltar volviendo la fila (5) y repitió con media estocada delantera, precedida de tres con la derecha y dos altas. El toro cayó. (Algunas palmas). Pases, quince; estocadas, dos; pinchazo, uno; desarmes, tres; minutos, ocho.

Greñudo, *chorraeo* en verdugo (6)
salió á plaza después;
Se traía la cuerna muy abierta
y ligeros los piés.

De Manolo Agujetas fué el lanzazo primero y del *Chato* el segundo. Antonio le dió cuatro lances (7) y repitieron los de tanda (8) (Quitas del Algabeño y Luis.)

Parrao pinchó de veras
y secundó Manolo,
que tira el castoreño (9)
para tirarse á fondo.

(Palmas á Agujetas)

Concluyó Chato con dos picotazos. Varas, ocho; porrazos, cuatro; alimañas, dos (10).

(1) Pase derecha con desarme es capear al toro con la muleta, que éste enganche la muleta y la quite. Colada es que al hacer el pase el matador, éste se encuentre entre los cuernos del bicho y tenga que salvarse de un salto so pena de quedar colgado. (2) Con muleta en la mano derecha. (3) Meter la espada, tocar en hueso, no hundirla, no soltarla y sacarla. (4) Seguir toreando con ardientes deseos de matar al toro. (5) Volver la fila ó volver á hacer todo lo anteriormente dicho, es lo mismo. (6) *Chorraeo* en verdugo quiere decir que tenía color gris overo. (7) Dar un lance es lo mismo que hacer un quite al picador. (8) Quiere decir que siguieron picando al toro los picadores de la cuadrilla. (9) Tirar el castoreño es tirar el picador su sombrero que es de castor. (10) Alimañas dos, quiere decir que murieron dos caballos.

De azul y plata, *Currinche*,
 y *Cuco*, de rosa y plata,
 citan los dos á Greñudo
 y aquel una vez se pasa. (1)
 En dos más, luego se escurre
 y á media vuelta le planta
 un par abierto (2) que mira
 con gran silencio la plaza.
 El *Cuco* planta uno bueno
 al cuarteo, y oye palmas
 y *Currinche* terminó
 con una sola mediana.

Fué á la media vuelta. De chocolate y oro, Reverte empuña los trastos.

Con altos y otros cambiados (3)
 y á más de pecho y derecha, (4)
 hace Antonio decidido
 de maestro la faena,
 y concluye dando el chico
 un volapié (5) de primera.
 Salió un poco suspendido
 Por atracarse de cuerna (6)
 (Ovación que se escuchó
 En Alcalá, (7) y en la Meca.)

(1) Pasarse consiste en que el toro pase por delante del banderillero sin embestir. No embistiendo es imposible colocarle las banderillas. (2) Plantar un par abierto de banderillas es no clavar las dos en el mismo punto, sino una á cada costado del pescuezo del toro. (3) Se refiere á los pases. Pase alto es pasar la muleta sobre la cabeza del toro. Pase cambiado es pasar la muleta con la izquierda á la derecha (4) De pecho y derecha son pases con la mano derecha pasando el toro delante del matador rozándole el pecho. (5) Volapié es tomar carrera para estoquear al toro. (6) Ser cogido por acercarse demasiado. (7) Alcalá, pueblo natal del torero Reverte.

Pases, doce; estocadas, una; minutos, siete. El espada salió con un arañazo y pasó á la enfermería.

Baratero muy largo
y abundante de armas
salió con traje negro
y además se trae bragas. (1).

Después de acometer á Soria fué lanceado por el *Algabeño* y al ir á hacer un farol, se embrocó el espada y rodó. (2).

Cantares entra en función
y Soria sigue picando
y el de la Algaba se adorna (3)
y á poco le sale caro.

Carriles en cuatro ocasiones se luce con la lanza. (Quite de Luis). Puyazos, siete; caídas, tres y velocípedos rotos, tres. (4).

El sevillano de verde y plata
y Malaver de lo mismo
aunque obscuro, parearon (5)
como pudieran al bicho.

El de Sevilla cuarteó un ambo caído (6). Sale Reverte de la enfermería con el cuello vendado y escucha una ovacion. Malaver deja otro abierto al cuarteo (7). Quiere repetir el sevillano y se caen los pinchos (8). El Presidente cambia la suerte y es ovacionado.

(1) Baratero que salió después era negro. Traerse bragas es llegar con mucho empuje. (2) Lancear es hacer quites ó lances. Hacer un farol es cubrirla con la capa, la cara al toro y así librar al picador. Embrocarse es no poder salir de la suerte. (3) Algaba, pueblo natal del torero algabeño. Adornarse un torero es capear al toro haciendo monerías como: ponerle la montera en el testuz, pasarle la mano por la frente, sonarlo con el pañuelo de narices, etc. (4) Tres velocípedos rotos son tres caballos muertos. (5) Pusieron banderillas. (6) Puso las banderillas al cuarteo. Caído quiere decir ponerlas demasiado bajas. (7) No clavó las banderillas en el mismo punto. (8) Caen las banderillas.

De negro y oro Algabeño
 manda retirar la gente
 y al primer pase vacila
 cuando el bicho le acomete,

Con seis altos, seis derecha y dos cambiados, amén de alguna colada, atiza una estocada y sale suspendido por el brazo derecho. Su estocada algo caída. (Palmas). Pases, catorce; estocada, una. Minutos cuatro:

Capirote y botinero (1)
 berrendo en negro y muy grande
 es el Corzo, bicho cuarto
 que en pos del tercero sale.

De cuerna es apretado (2). Para entrar en calor Tomás le dá unos lances y cantares y Soria aprovechan la ocasión para clavar los alfileres, cayendo al descubierto el segundo (3). (Quites de Antonio) (4). En otra vara de Soria el de la Algaba mete el percal. Repite el mismo piquero. (Ayuda de Antonio). Varas, cinco, y caídas, tres.

Regaterillo, de azul marino argentino, pone medio al cuarteo y Galea sigue con uno de sobaquillo (5). Se pasa Luisillo una vez y luego deja uno muy bueno, acabando Galea con otro lo mismo, de poder á poder (6). (Palmas).

Don Luis comienza con cuatro altos, dos derecha ó dos cambiados y dos de pecho y da media estocada á volapié superior, entrando y saliendo bien (7). (Ovación). Pases, diez; estocada, una; minutos, cuatro.

(1) Botinero es el toro que tiene las cuatro patas negras como si tuviera botines. (2) Apretado de cuerna es que tiene los cuernos muy cerrados. (3) Caer en descubierto un picador es cuando éste cae al suelo sin que lo proteja de las cornadas del toro el cuerpo de su caballo. (4) Se refiere á Reverte que se llama Antonio Reverte. (5) De sobaquillo, poner banderillas pasando el toro por debajo del brazo del banderillero. (6) De poder á poder quiere decir á la misma altura que el par puesto por el banderillero anterior. (7) Se refiere á entrar y salir de matar ó dar la estocada,

Cantando á más y mejor
 por su suerte y ropa negra
 sale *Playero* á la playa
 para entonar las playeras.

Buenas y grandes armas presenta el toro quinto. Después de tomar carrera y limpiar el redondel (1) acepta la vara primera de Carriles y la segunda de Parrao. (Quites de Luis). El mismo Carriles continúa cayendo en la contienda y Agujetas pone una muy buena. (Quite de Antonio). Palmas á los dos. Manolo entra superiormente y Luis y Antonio hacen el quite á porfía. También Carriles se lució. Varas, seis; caídas, seis, y pencos, dos.

Pulguita y Barquero (2) de morado y plata van á su obligación. Aquel cuarteó un buen par y oyó aplausos. Este siguió con otro caído. Terminó el primero con uno entero. (Palmas).

Requiere Antonio los trastos por vez segunda y previos once altos, dos cambiados y dos de pecho, dados con valentía y de cerca, atiza un volapié de los legítimos que basta para el bicho (Ovación.)

Pases, diezinueve; estocada, una; minutos cinco.

Es ¡ *Merino* ! con bragas y negro,
 pues no digas más,
 de su tela los chicos se hacen
 un terno sin par.

RESÚMEN

TOROS

1.º Hurón, fué un Miura tradicional : tardo en varas, defendiéndose en palos y noble y acudiendo á la muerte.

(1) Quiere decir que embistió á todos los toreros, obligándolos á saltar la barrera. (2) Ambos banderilleros.

2.º Greñudo, fué voluntario en puyas, *quedao* en banderillas y á la defensa en la muerte.

3.º Baratero resultó bravo en varas y se defendió en palos y al final.

4.º Corzo se mostró muy tardo en varas y *quedao* y á la defensa en palos. A la muerte se mostró noble.

5.º Playero fué duro y de poder para los picadores, bueno para los banderilleros y se defendió en la muerte.

ESPADAS

En el primero, Luis pasó con precauciones y pinchó con escasa fortuna.

En el segundo, Reverte superior de valentía y resultando un maestro hirió como se le puede exigir á un espada.

En el tercero, Algabeño muy valiente al pasar. Tuvo fortuna al herir.

Mazantini en el cuarto hizo la faena breve y pasó con inteligencia. Hiriendo estuvo feliz.

En el quinto estuvo Reverte superior.

El ganado de Miura bueno en general. De carnes bien. Sobresalieron el primero, tercero y quinto.

Entre los piqueros Agujetas y Cantares. Soria por la voluntad.

De los banderilleros: Tomás Galea y Creus. Bregando Tomás y Pulga.

De los matadores Luis y Algabeño cada uno en uno. En quites los tres.

Reverte superior en los dos suyos.

La tarde airada, la presidencia regular. La entrada superior. La corrida total buena.

SUAVIDADES.

He aquí empleados cuantos términos emplearse pueden para describir una corrida de toros en clásico lenguaje. Hay una cantidad de términos, como se habrá visto, ininteligibles para los profanos.

Antes de pasar al próximo capítulo, repito :

— ¡ Gracias Pepito !

SEGUNDA ESTADÍA EN MADRID



De Sevilla á Madrid.—Caballerizas Reales.—Real Armería.—
El dos de Mayo.—Antiguos y nuevos conocidos.—Una recepción diplomática.—La familia Real.—Estertores del viaje; su agonía.

I

Seis días después de la última corrida de abono íbamos de nuevo recorriendo la línea férrea.

Suerte de judío errante era la nuestra y sin embargo á momentos encontrábamos un placer grande en cambiar de residencia. Ya el aire nos parecía más respirable en la nueva ciudad á que llegábamos, ya la gente más alegre, ya las calles más bonitas.

Con la vuelta á Madrid no podía pasarnos lo mismo cuando ya habíamos estado allí aunque escaso tiempo. Con la vuelta á Madrid nos pasaba lo que le pasa á un individuo cuando va á volver á ver antiguos conocidos. Nos parecía muy natural nuestra

vuelta á Madrid, nos parecía algo que estaba en el orden, y si no hubiéramos vuelto habríamos encontrado aquello una aberración tan grande como entrar donde Torres y no tomar helados.

Como viajábamos tantos juntos ocupábamos casi un carro y con este motivo nos llamaban " la tribu ". Resultó que en aquel viaje de Sevilla á Madrid íbamos ocupando casi un carro entero, de manera que dos señores españoles que tenían urgencia de estar en Madrid temprano al día siguiente tuvieron que venir sentados en el pasillo. Yo los veía que miraban con ojos de envidia mi persona y la de mi hermano, aprontándose para desnudarse y pasar tan bien la noche que no teníamos intención ni la que menor, de despertar en el trayecto.

Pues señor : si yo hubiera sido inglés, alemán, francés y no americano - español, y si aquellos señores no hubieran tenido la misma sangre española, probablemente tanto ellos como yo habríamos pasado la noche incómodos, ellos por no tener en qué dormir, yo por la pesadilla de dejar dos semejantes y sobre todo españoles, en aquella posición incómoda.

Lo cierto es que en nuestro carácter de compatriotas por la lengua, las costumbres y la sangre, nos dirigimos unos a otros la palabra. A la media hora de conversar ya nos tratábamos de tú y á la hora estábamos los cuatro roncando juntos como hermanos de padre y madre.

Expliquémonos : entre mi hermano y yo traíamos dos camarotes con dos camas de manera que á cada

uno nos sobraba una cama. En estas fué que instalamos aquellos dos nuevos amigos con los cuales hicimos tan buenas migas, en-tan poco rato.

Aldía siguiente, cuando nos separamos en Madrid, era lo mismo que si hubiésemos sido cuatro mellizos, *aunque nacidos en diferentes épocas*. Uno de aquellos amigos tenía cuarenta y cinco años, el otro treinta y dos, yo no diezinueve todavía y mi hermano quince. El mayor de los dos era tío del otro y corredor de comercio. El sobrino era teniente - coronel de ingenieros á pesar de su corta edad y attaché militar á la legación española en París. Después que éste último nos visitó en Madrid pasó mucho tiempo en que lo perdimos de vista, cuando un buen día en la feria de Neuilly, veo montado en un caballito de Tío - vivo á mi buen teniente - coronel. Yo iba en otro, y al encontrarnos, porque las dos filas de caballitos daban vuelta en sentido contrario, nos saludamos con mucho júbilo.

— ¿Qué lo conoces? me preguntó un chileno que vive hace años en aquella capital y que iba detrás de mí montado en un cochecito del mismo Tío - vivo.

— Dormimos juntos, le contesté.

Y el chileno se quedó con dos palmos de narices. Era *ñato*.

II

— De las cortes y casas de gobierno europeas y por consiguiente del mundo, después de la de Inglaterra, indudablemente que la más rica y lujosa en carruajes y trenes es la española, me decía un español y madrileño.

— Le creo, le contesté, por dos razones. Primero : porque Ud. no es andaluz y por consiguiente no hay exageración. Segundo : porque el país da á la Corona ocho millones de pesetas anuales para su mantención en el pié que le corresponde según su rango.

Esta aseveración de aquel madrileño y la certeza de que me decía la verdad me decidieron á recorrer los espacios y calles que me separaban de las Reales Caballerizas. Tres veces tuve que ir á aquel edificio, situado al lado del Palacio Real y anexo á el.

Yo creí que los cuidadores de museos y demás curiosidades eran en España como en Francia, Italia y otros países, pero estaba equivocado. En estas últimas tierras sabía yo por experiencia propia y por referencias que esos cuidadores con cierta zala-

mería de parte del visitante y sobre todo, *zalamería jugosa*, se podía conseguir mucho, tanto como ver todo lo que había que ver, en días prohibidos.

Siguiendo esta táctica me acerqué un Martes al portero de las Caballerizas Reales, con la sonrisa en los labios y la mano sobre la portamoneda, listo para acompañar la palabra con la acción. Pero á las primeras sílabas que contestó á mis insinuaciones aquel digno veterano, que llevaba más medallas que una botella de Urmeneta, la sonrisa que me daba ese aire complaciente y de fé ciega fué desapareciendo y fuese dibujando en mis facciones algo así como un gesto agrio. Al ver esto el digno viejo se inquietó y con un tono de afabilidad sorprendente, me dijo :

— No se moleste Ud. señorito. Yo debo cumplir con mi deber aún que me disguste. Le aseguro á Ud. que si por mí fuera no sólo le dejaba ver todo sino que aún se lo regalaba para no tener el trabajo de negarle la entrada á cada uno de los que vienen en días prohibidos. Vuelva Ud. en día Lunes y yo mismo le acompañaré. Quedamos amigos. ¿ Verdad ?

— ¡ Y luego me dirán, pensaba yo, que estos sentimientos se encuentran en todas partes ! ; Luego me dirán que no es este el único país europeo en donde el corazón no está aún metalizado, en donde los sentimientos de honor, de amistad, de caballeridad hablan más alto que las bajas pasiones por el vil metal ! ; Luego me dirán que no hay nobleza en los hijos de la madre - patria, á la cual si bien

no debemos fábricas, electricidad é industrias, debemos algo que no se compra con dinero, que no se gana con la civilización : esos impulsos del corazón, esa nobleza de sentimientos que se encuentra en nuestro *roto* como se encuentra en los españoles.

Lo que á mí me duele, lo que yo siento es que haya chilenos, compatriotas míos, que no reconozcan esa deuda y que digan que hubiesen preferido ser colonia inglesa á colonia española, porque estarían más adelantados. ¡ Nó ! Cien veces nó ! No le deseo yo á mi país ese adelanto de los Estados Unidos en donde todo calor de sentimiento, todo sentimiento de honor se gradúa por las altas ó bajas de la Bolsa !

Y mientras así pensaba, aquel viejo se había quedado mirándome y creyó que se trataba de algún loco porque yo, la vista vagando en el espacio, no me acordaba que tenía algo que contestar á sus frases atentas.

— ¡ Hombre ! pues claro, contesté reparando mi falta. Quedamos amigos y volveré el Lunes. Sin querer por esto ofenderle, acepte desde el momento en que ya somos amigos, estas pesetitas que no le vendrán mal.

— Con una condición, ¿ Ud. me promete que no volverá hasta el Lunes y que no tratará de obligarme á que lo deje entrar ?

— Se lo prometo.

— Pues entonces, vengan las pesetas que en bolsillo de pobre nunca están mal.

Así se concilió la caridad con el deber.

.....

El día Lunes volví y para que el viejo, que me había abierto los ojos para establecer diferencia entre los españoles y demás europeos, no creyera que había quedado ni el menor residuo de disgusto por su negativa del Martes anterior, le dí un abrazo y entramos juntos á visitar las dependencias de las Reales Caballerizas como dos compañeros de colegio.

Se puede decir que las Reales Caballerizas están divididas en dos secciones : la una, las caballerizas, comprendiendo los caballos de silla, de coche, las mulas y dependencias de esta; la otra, las cocheras, el muestrario de arneses, adornos y libreas. Está tan bien señalada esta división, que las caballerizas son de una época y las cocheras de otra, pues las primeras datan del tiempo y reinado de Carlos III y las segundas no son más antiguas, que del reinado de Fernando VII á esta parte.

Todo lo que visité no merece sino un voto de aplauso á don Bernardo Ulibarri mantenedor de esta parte del Real Património que la conserva en un pié de aseo y de orden envidiable para cualquier corte europea.

— Vamos á ver primero los muestrarios, que es lo que está más cerca de esta puerta, me dijo el viejecito.

En los muestrarios ví muchas cosas. Ví arneses, sillas, riendas y jaeces riquísimos que tanto han

comprado como recibido de tributo de diferentes naciones, los monarcas españoles. Ví libreas de gala, media gala y de diario, ví pelucas blancas y tricornios para cocheros, lacayos y palafreneros, ví gorras galoneadas y espolines de los lacayos á la Dumont, ví chaquetas, gorras y guascas de los que fueron ginetes de Alfonso XII, el rey *sportsman*, ví sillas, frenos, riendas y capas bordadas de oro y tapizadas de piedras preciosas, regalos de reyes berberiscos, enviados como tributo de paz con una colección de lindos caballos, después de la reciente guerra de Melilla. Ví una historia completa por el método de la enseñanza objetiva, de las modas de los cocheros. Pude comprender las diferentes transformaciones porque el traje ha ido pasando desde que fué costumbre un uniforme en estos servidores. Pude ver como del zapato con hebilla se pasó á la bota con vueltas, de la media de seda blanca al pantalón ajustado del mismo color, de la pesada casaca llena de bordados, á la lisa librea con botones metálicos del día, del tricornio galoneado, al sombrero de copa con escarapela.

De los muestrarios pasamos á las cuadras en que están distribuidos los diferentes caballos de paseo, de caza y de coche separados por razas andaluza, inglesa y anglo-andaluza. Además hay cuadras especiales para los poneys y para las mulas. Debe haber entre todas aquellas pesebreras, doscientos animales. Los caballos solos, son ciento. Lo demás

que falta para llegar á doscientos se completa con yeguas, mulas y poneys.

Las caballerizas no se componen de sólo cuabras. Hay además baño frío para los caballos, una droguería *caballuna* con su correspondiente planta de veterinarios; hay fraguas, herradero y cuadra aparte para los *alojados* enfermos.

En todas partes me llamó la atención el notable aseo. ¡Hasta en las pesebreras! ¡Puede imaginarse que no hay allí ni el menor olor y que muchas veces hay más hediondez en un salón de baile que esté algo encerrado? Pues así era. Cada caballo tenía su capa nueva ó al menos así aparentaba estar, sujeta al cuerpo con una cincha y tanto capa como cincha llevaban bordadas en seda las armas reales. Apenas el suelo se encuentra sucio por ocurrencia necesaria de alguno de aquellos animalitos y estas ocurrencias las presencié varias veces durante mi visita, viene un *groom* con un tiesto, con las armas reales, y una palita, con cuyos instrumentos recogen todo lo que á aquellos cuadrúpedos les sobraba en el cuerpo.

Las cocheras se dividen en dos inmensos salones, uno que contiene ciento veinte carruajes de diario, como victorias, *mail-coachs*, *landaux*, berlinas, faetones, *dog-carts*, coches de viaje, coches para *poneys*; y otro en donde están los veinte carruajes de gala ó carrozas para hablar más propiamente. Casi todas estas carrozas son de maderas preciosas con inscripciones de oro, marfil, nácar y carey,

con adornos de piedras preciosas y con lindas miniaturas pintadas sobre sus puertas. Hay carrozas que valen más de doscientas mil pesetas.

— ¿Ve Ud., señorito, me dijo mi guía, aquella carroza que está allí?

— Sí, la veo.

— Pues esa ha llevado un rey muerto y una loca al mismo tiempo.

— Aspecto de carro - mortuario tiene. Lo que es de coche de Casa de Orates...

— Ese es el que fué coche de doña Juana la Loca y en él viajó por todo España, la maniática señora con su esposo muerto.

— ¿Con que ese es? me repetía á mí mismo, con aire de incredulidad al propio tiempo que examinaba las ruedas, las llantas, los resortes, los cojines, el cortinaje de aquel histórico carruaje. Todas estas piezas estaban pintadas de negro ó lo eran de naturaleza. Este catafalco con ruedas era el coche de doña Juana la Loca.

Aquel viejecito, amigo viejo de poco tiempo, me contó que las obras de arquitectura de las Caballerizas Reales costaban un millón setecientos mil pesos oro y que además de lo que habíamos visto juntos, había departamentos para alojar seiscientas cincuenta personas de que se componía la planta de empleados con sus respectivas familias.

— ¡ Lo qué son las cosas y lo que vale tener santos en la Corte !

Así pensábamos con otros chilenos mientras un sujeto de polainas blancas y almibarada actitud se paseaba de un extremo á otro del patio de honor en el Palacio Real de Madrid.

¿ Qué era lo que había provocado aquella exclamación semi - envidiosa ?

Pues señor, aquel mismo día Lunes en que había visitado las Reales Caballerizas me encontré, saliendo de ellas, con varios compatriotas que se dirigían á visitar la Real Armería y me uní con el grupo. La Real Armería está situada y ocupa uno de los lados del Patio de honor del Palacio Real de Madrid.

Cuando llegamos, ¿ cuál no sería nuestra sorpresa al saber que justamente los días Lunes eran prohibitivos para visitar aquellas curiosidades? ¡ Los días Lunes, únicos en que se podían visitar las Reales Caballerizas !

— ¡ Vamos, no tengo suerte ! dije en un momento supremo de fastidio.

— Y como si mi exclamación hubiese provocado como en algunos cuentos maravillosos la aparición de una hada, entró en el patio al propio tiempo un individuo francés por su porte, por sus modales, por su idioma y por su nacionalidad. Era el de polainas blancas.

Con ínfulas de superioridad y de individuo conocido por todo el mundo hasta en el Congo, se acercó al portero que nos acababa de notificar la desagradable nueva y en un francés parisiense le dijo:

— *Voulez vous ouvrir cette porte s'il vous plait. Dépêchez-vous, j' ai pas le temps.* (1)

El portero se encogió de hombros y lo miró con un aire de incredulidad que parecía decir :

— ¡ Este hombre está loco ! ¡ Miren Uds. qué tío más particular !

— Y luego dirigiéndose á él :

— ¿ Podría Ud. hacerme el servicio de hablar como cristiano ?

Esta vez le tocó al de polainas asombrarse, pero comprendió bien que a pesar de ser tan conocido... en su casa, aquel *ignorante* no lo había visto ni en su pesebrera.

— *Quiégo veg la Geal Agmeguíá.*

— Pues, puede Ud. quedarse con sus deseos, que

(1) En castellano « ¿ Quiére Ud. abrirme esa puerta, si hace el favor. Apúrese porque no tengo mucho tiempo ? »).

lo que es en día Lunes no la verá Ud., de seguro.

Todos nosotros estábamos acostumbrados á la petulancia francesa, de manera que no nos asustó la expresión de voluntad soberana de aquel... personaje. Un francés se cree por encima de todo el mundo. Les hablan de cualquier cosa y sacan á la Francia y detrás de la Francia sale á bailar París. Si alguien se permite la impertinencia de no dar muestras de acatamiento cuando se presenta un francés, éste se remonta á las alturas del furor. Por eso el personaje se ofendió delante de aquel español que no entendía de zalamerías como todo habitante de la tierra.

— Ud. cree que hablaré con un *cualquega*?

Yo veía que los ojos del portero estaban diciendo :

— ¡Nó! no creo que hablo con un cualquiera, sino con uno más bruto que la generalidad.

— Pero no le contestó ésto sinó :

— ¡Tiene gracia! ¡Qué motivos tiene Ud. para pensar que yo creo eso!

— Aquí tiene Ud. mi *tagjeta*.

— Y al propio tiempo le pasó la cartulina en que yo alcancé á divisar mucho escrito y una corona.

— ¡Adios! pensé. Se trata de un verdadero personaje y á mi pobre portero á quien cobraba simpatías por momentos, me lo van á embromar.

Me confirmó en esta idea, la palidez que cubrió el rostro del portero y su estado de excitación.

Pero luego reponiéndose fuése hacia nosotros á pedirnos consejo.

— Debe Ud. inmediatamente ver á algún superior, y sobre todo ver modo de abrirle la Armería á este señor, le dijimos.

En este consejo había noventa y nueve por ciento de interés personal y uno por ciento de deseos de hacer reparar la falta del portero, porque esta era muy grave, tratándose de un noble francés, primer caballero del servicio de honor de S. M. Dudosa el Duque de Orleans.

El portero le dirigió la palabra en los siguientes términos :

— Veremos lo que se pueda hacer.

Y se marchó. En el momento en que se había marchado, fué que pensamos las palabras que encabezan este capítulo :

— ¡ Lo que son las cosas y lo que vale tener santos en la Corte !

A poco volvió, y como no valía la pena abrir puerta tan grande para una sola persona, aunque éste fuera noble y francés, resultó que nosotros nos colamos como ayudantes, del ayudante, del Duque de Orleans. Debido á esta feliz casualidad, vimos aquellas colecciones en día Lunes.

Las primeras armas destinadas á formar la colección de la Real Armería, fueron coleccionadas por Felipe II. En este tiempo las armas defensivas estaban en mayoría sobre las ofensivas. La mayor parte de las que coleccionó Felipe II eran perte-

necientes á su padre Carlos I, de España y V de Alemania. Por eso la mayor parte de los objetos en exposici3n en la Real Armería son armas que pertenecieron á estos. Las armas de los reyes de la casa de Borb3n y las que el mismo Felipe II recogió en el Alcazar de Segovia son muy inferiores á las que pertenecieron á estos dos monarcas. Y aunque poco le gustó la guerra á Felipe II no le sucedía lo mismo con los atributos de ella, puesto que en sus diversos viajes por el extranjero se hacía hacer armaduras por los mejores armeros del país. De estas no se sirvió sino en fiestas y torneos, siendo célebre la armadura con que asistió á una de aquellas, en Inglaterra, cuando fué á ese país, con motivo de su matrimonio con la reina María Tudor.

Corazas, pierneras, escudos, mallas de acero, cascos, penachos, espadas, pendones, guantes protegidos, lo metálico incrustado de oro, lo que no bordado de lo mismo, todo con las armas reales, se divisan á derecha é izquierda, colocados sobre maniqués que ya de pié ya montados en soberbios *corceles... de madera* adornados también, con bordadas capas, lujosas riendas de cuero enchapadas de oro y plata, monturas riquísimas, protegida la frente por una placa de hierro de la cual sobresale una larga punta afilada, cubiertas las orejas con mallas, defendido el pecho por coraza de resistente metal, me hicieron creerme transportado en menos de lo que canta un gallo á los tiempos en que el

más apuesto y gallardo doncel que venciera en la arena á su rival, recibía de la reina de la belleza la recompensa á su valentía y apostura.

Me mostraron también la armadura del Gran Capitán don Gonzalo de Córdoba, la espada de don Pelayo y las armas de Colón. ¡Cual no sería mi sorpresa cuando supe días después que investigaciones históricas interesantísimas que se estaban haciendo por cuenta de la Reina Regente, habían dado por resultado la prueba evidente de que aquellas armas eran apócrifas y que ni el Gran Capitán había pensado en tener tal armadura, ni Colón esas armas, ni el pobrecito de don Pelayo aquella espada!

A pesar de que la Real Armería contiene objetos interesantísimos para la historia y valiosos para todo el mundo, ha tenido siempre la desgracia de ser muy descuidada por sus dueños, excepción hecha de Alfonso XII, á quien debe Madrid el Museo como está actualmente.

Tres grandes fracasos tuvo su formación. Uno debido al pueblo de Madrid, que cuando la invasión de Napoleón I en 1808, tomó las armas que allí se exponían para defenderse de las tropas francesas. El otro fué regalo de José Bonaparte (Pepe Botella ó el Rey intruso). Con ocasión de un baile que se le ocurrió dar en el salón de este Museo, se trasladaron todas las armaduras y demás objetos á las buhardillas del Palacio. En este traslado se perdieron muchas cosas y sobre todo el

trabajo que se había echado encima don Ignacio Abadía á fines del siglo XVIII: para poner en orden todos aquellos arreos militares.

El tercer fracaso fué casual. Un incendio se declaró en 1884, sin causa conocida, que consumió muchos trofeos, y destruyó la mayor parte de los objetos de madera. Uno de los primeros que se presentó en el lugar del siniestro fué Alfonso XII.

— ¿De manera que tu viste el Museo de Armas regenerado? fué lo primero que me dijo un amigo cuando le conté todas estas cosas.

— Como si hubiese pasado tres veces por un filtro Pasteur.

I V

¡ El 2 de Mayo ! ¡ Qué es el 2 de Mayo ? Es un aniversario, una columna, una revista de tropas y una fiesta. Cuatro cosas distintas y un sólo recuerdo no más.

El 2 de Mayo á la par que recuerda el valor y el patriotismo de los españoles, hace ver al mundo civilizado que esa tierra tan decantada por su atraso, es agradecida á los hijos que han sabido defender su honra y su suelo con sus vidas. Aquí vendría á pelo lo del " pago de Chile. "

¡ Qué hermosa fiesta aquella en que todo el pueblo de Madrid se echa á la calle para ver desfilas y desfilas ellos mismos por delante de la tumba de Daoiz, Velarde y otros heroes, que defendieron á costa de sus vidas palmo á palmo, las calles de Madrid contra la rapacidad de Bonaparte !

La columna del 2 de Mayo que señala el sitio donde reposan los restos de todos aquellos heroicos soldados, está situada á un costado del Paseo del Prado y en el aniversario de ese glorioso día desfilan y saludan á la columna, descubriéndose respetuosa-

mente, todos los soldados que se hallan de guarnición en Madrid y que no están impedidos por motivos de salud ó exigencias del servicio. Infantería, caballería, artillería é ingenieros, cuyo total en este año pasó de diez mil, desfilaron por delante de la columna y no bajaría de veinte y cinco á treinta mil el número de personas que se agrupaba alrededor. Todas las calles que eran paso obligado de los regimientos, estaban llenas.

Por todas partes no se oía sino un grito unísono :
¡ Viva España !

Tanto contagia el entusiasmo, salido del fondo del alma que yo también me puse á gritar con ellos :
¡ Viva España !

Cuando veía aquel patriotismo tan grande, aquel amor á la tierra, no dejaba de dar gracias á Dios de que nosotros fuésemos descendientes de españoles.

— De ellos, decía para mí, de ellos hemos heredado ese patriotismo y ese valor, y ese patriotismo que heredamos de ellos fué el que nos dió nuestra independencia. Y porque son descendientes de ellos, es que los cubanos quieren ser libres, porque tienen esa sangre altiva, noble y generosa. ¡ Por eso España conserva tan pocas de sus colonias. ! ¡ Esa raza no se debilita en ninguna parte ! ¡ Esa sangre no tiene la flegma británica para dejarse siempre aprisionada !

Haga sol y se derritan bajo sus ardientes rayos ó caiga lluvia y se calen hasta los huesos, los ma-

drileños no se mueven hasta las cuatro de la tarde, hora en que concluye el desfile.

Es costumbre, según me contaron, que todas las mujeres en este día salen á la calle con mantilla. Agregan que cuando ven alguna con sombrero la insultan, pero esta es una invención que adorna, la primera parte, pues hubo muchas que llevaban sombreros bastante grandes para impedir á los de más atrás ver el desfile. La fantasía de los que esto último dicen, tiene su razón de ser á pesar de pecar por falsa.

Dicen que en este día los madrileños y españoles toman por francesa á toda la que lleva sombrero. Como este aniversario recuerda las iniquidades que hizo el ejército francés cuando entró á Madrid matando á los ancianos, á los niños y á las mujeres, único ejemplo en la historia de los pueblos civilizados, por eso el 2 de Mayo no pueden menos de protestar de todo lo que tenga relación con los horrores cometidos en el campo de la Lealtad, hoy día Paseo del Prado.

Tiene su razón de ser, como se ve, pero mayor que esta razón es la de la cultura, educación y caballerosidad del pueblo español que no se permite ninguna grosería, aunque justificada.

V

Muchas de las noches que pasábamos en Madrid se dedicaban al teatro, á falta de cosa mejor. Un día, después de almuerzo, andaba merodeando por la calle de Sevilla con varios amigos. Veníamos de hacernos retratar por una peseta, la media docena de ejemplares. En cada retrato podían entrar dos figuras. De improviso me doy vuelta y me encuentro manos á boca en una vidriera con un retrato más conocido en Santiago que la Alameda. Un retrato que había visto y habreis visto vosotros, queridos lectores, cien y más veces en las vidrieras de Servat, de Ewing, de Kirsinger, de Torres y otros comerciantes del centro.

Ya me parece que veo la curiosidad que os despiertan estas líneas. Temiendo que se os reviente la hiel ahí va el nombre del célebre actor Comendador Ermete Novelli. Su retrato era sólo el encabezamiento de un enorme aviso al público en que anunciaba su llegada y su primera función para aquella noche " Luis XI. " En seguida venía la lista de las piezas que se pondrían en escena, etc., et c.

No titubeé un instante.

— A buscar un palco al Teatro de la Comedia, les dije.

— Pues apurarse, que cada vez que viene Novelli las localidades están tomadas de antemano.

— ¿ De manera que tiene mucha reputación en Madrid ?

— Todos están de acuerdo en que hoy día no hay actor español ni que venga á España que lo iguale.

Montamos en un coche, llegué al teatro, conseguí con dificultad un palco revendido y en la noche mi familia y yo nos presentábamos con algunos amigos á *encender las luces*, como se suele decir.

¡ Tal era el deseo de ver aquellos antiguos conocidos !

Poco á poco fué llegando gente, fueron *enciendiéndose las luces* hasta que allá á las nueve de la noche se levantó el telón y aparecieron á nuestros ojos la Olga Gianini, Novelli, Broggi y los otros que había conocido en Santiago. ¡ El mismo elenco con algunos agregados !

¡ Todos eran antiguos conocidos ! ¿ Dónde estaban los nuevos ? Entre los espectadores. Poco á poco me fué imponiendo un complaciente jóven de todos los que formaban parte de la concurrencia.

— Esa que está al frente en el palco regio, de pelo blanco y cara algo colorada, nariz levantada, un lunarcito en el carrillo izquierdo, de unos cincuenta años más ó menos es la infanta Isabel,

hermana de Alfonso XII y tía por consiguiente del Rey actual. La señora suficientemente en carnes y baja, que la acompaña, es la duquesa de Nájera y el caballero que está atrás con cierto aire á Carnot, aunque más canoso, es Coello, su intendente y secretario.

— Este que está en el palco de al lado vestido de *smoking*, afeitado de bigotes y patilla, con cara de suegra bonachona, con su trencita que le sale de atrás como á los chinos, aunque más corta, es el torero Luis Mazantini.

— Cómo ha de ser ! fué lo primero que contesté. Si parece una matrona.

— Te diré, Mazantini no tiene gran fama como torero. Lo que hay es que Mazantini es un hombre muy emprendedor y ese es su mérito principal. Primero fué telegrafista y viendo que no ganaba lo bastante para sus aspiraciones, dijo que iba á matar toros y mató toros. Luego que ganó un poco de dinero, se metió á empresario de teatros y contrató el Real, donde perdió todo lo que había ganado, con lo cual resolvió matar toros de nuevo, negocio más lucrativo que hacer cantar unas gentes y hacer oirlas otras. Al menos así pasa en España.

— Aunque sea mal torero, lo cierto es que tiene fama y la fama no se toma porque sí. Además es un gran mérito formarse por sí mismo.

— Al lado de Mazantini en el mismo palco, verás otro jóven que tiene ese mismo mérito. Hace pocos años que nadie oía hablar ni se conocía el

nombre de Agustín Querol. Hoy día figura entre los primeros escultores españoles. Hace pocos años que Agustín Querol conseguía difícilmente con su trabajo ganarse el sustento diario, y hoy día Agustín Querol tiene una linda casa, un precioso estudio, propiedades de él, vive lujosamente, socorre á toda su familia en Cataluña, incluso su padre, y es conocido, respetado y estimado por todo Madrid.

— Envidio á ese hombre, contesté. Envidio á todos aquellos que han podido con su esfuerzo, con el empuje natural de sus fuerzas y de su talento conquistarse una posición honrosa, conquistarse el respeto y estimación de sus conciudadanos y conquistarse una fama en el mundo de la civilización.

Poco después conocí personalmente á Agustín Querol y me alegré mucho de ver que su rápida ascensión á las primeras filas de los artistas españoles no lo había ofuscado. Era la naturalidad misma y tuve que agradecerle varias atenciones, entre otras una invitación al teatro en su compañía.

— Ese otro que está más atrás en el mismo palco, con los bigotes enriscados, las patillas cortas, el pelo peinado para adelante como á principios del siglo, los ojos pequeños y apagados, estatura regular, es otro escultor de los más célebres de España. Ese es Mariano Benlliure que acaba de llegar de Roma donde tenía su estudio, para hacer la estatua del Marqués de Larios, para Málaga.

A todo esto concluyó el acto y salimos del palco para refrescarnos.

— ¡ Quién es ese *pavo* largo que va allí ? ¡ Qué enormidad de hombre y qué infeliz debe ser ! ¡ Qué aspecto de holandés del tiempo de Carlos V ! exclamé al ver una especie de torre ambulante en cuya parte superior se veía una cabeza con dos ojos negros grandes y una patilla á lo Carlos de Borbón, aunque un poco más larga.

— Pues ese que llamas *pavo* es tal vez el hombre más gracioso que hay en España. No por sus modales que no tienen gracia ni la que menor, pero por sus chistes. ¡ Qué sal tiene ese hombre ! ¡ Qué talento cómico ! Has de saber que ese es Vital Aza, uno de nuestros mejores escritores para el teatro.

— ¡ Ese es Vital Aza ? ¡ Vaya ! me convence su porte. Allí se pueden guardar los chistes por metros.

Volvimos al palco, porque una campanilla anunció el comienzo del segundo acto. Junto con levantarse el telón tuvimos una agradable sorpresa. Vimos de nuevo un antiguo conocido y éste no estaba en el proscenio. ¡ Qué gusto nos dió verle, saludarle y hablarle pocos momentos después. Aquel no era sólo un conocido, era un amigo querido á quien debíamos mucho, pero mucho. Nó dinero, porque entonces ya se hubiera concluido la amistad junto con el préstamo, pero servicios, atenciones, cariños que se aprecian más, mucho más cuando uno está lejos de su país.

Cuando lo ví entrar al teatro me acordé de sus visitas cotidianas al hotel de Roma, en Málaga.

Entraba con aquel mismo andar, aquel mismo gabán, aquel mismo sombrero de copa y aquel mismo bastón con el pequeño cordoncillo y borlas de oro, insignia de su alto puesto.

Aquella sonrisilla amistosa con que nos saludó á la entrada era la misma con que lo recibíamos, cuotidianamente en su visita. La llegada de este amigo que sólo hacía dos meses que no veíamos avivó en nosotros todos los sentimientos de gratitud. A mi imaginación acudieron inmediatamente todos los cuadros de familia que se habían desarrollado en los salones del hotel de Roma, en Málaga. Me parecía estar viendo á aquel mismo Antonio Cánovas y Vallejo, de patilla rubia, rala y corta, bigote rubio y escaso, regular estatura y desenvueltos modales que después de comer sin etiqueta alguna, se sentaba al piano y con el habano entre los dientes hacía oír sus composiciones de aficionado, tocadas con el entusiasmo de autor. Me parecía ver á María Cánovas, su mujer, beldad pálida, de tintes melancólicos que apoyada en el respaldar de una silla conversaba con su gracia particular con alguno de nosotros, sin querer oír las melodías de su marido que conocía demasiado para que le llamaran la atención. Ya me veía queriendo convencer á aquella simpática pareja que se quedaran otro rato más, que no nos abandonaran tan pronto para desmentir el refrán de "A comida hecha y amistad deshecha."

Todos estos recuerdos despertó el que acababa de entrar á la sala é inútil me parece decir á los

lectores que no nos separamos hasta que cada cual se fué á dormir.

Durmiendo soñé con todos los antiguos conocidos que había encontrado y los nuevos que había conocido... de vista.

VI

Cualquiera diría que quien habla y sobre todo quien escribe sobre una recepción diplomática ha asistido á ella. Nada de eso. El que suscribe va á salir de la monotonía de las cosas diciéndoos algo sobre una recepción diplomática á la cual la Reina Regente no tuvo el honor de invitarlo. La pobrecita Reina tiene tanto que hacer que no se le ocurrió que tuviera yo ganas de ir. Así son las cosas de la vida.

Lo cierto es que estaba en mi cuarto cuando sentí el dichoso pelotazo en mi ventana. ¿Sabeis lo que era el dichoso pelotazo ?

Al lado del hotel de Roma, en que estábamos alojados, vivían unos amigos nuestros, y para comunicarnos habíamos inventado un sistema para el cual quise yo tomar patente de invención y privilegio exclusivo.

Consistía en un largo cordel en cuya punta amarrábamos una bola hecha del mismo cordel trenzado. Provisto de este aparato dábamos con la pelota al vidrio de la ventana vecina y medio mi-

nuto después estábamos conversando tranquilamente de balcón á balcón.

¡ Tal era el dichoso pelotazo que sentí en mi ventana ! Dos minutos después :

— ¿ Has visto los huéspedes que han llegado ?

— Nó.

— El ministro ruso y toda la embajada.

— ¿ Bueno y qué ?

— Que vamos á entretenernos hoy.

— ¿ Con qué ?

— Con ellos.

— No comprendo cómo vamos á jugar con los rusos ni cómo nos vamos á divertir con ellos como si fueran caballitos de circo.

— Pues muy sencillo. Hoy los recibe la Reina y por consiguiente va á haber jaleo.

Dicho y hecho. A los pocos minutos llegó la Escolta Real uno de los hermosos sinó el más hermoso escuadrón de caballería española. Los más distinguidos personajes de la sociedad madrileña se pelean los puestos de alférez de este escuadrón.

La escolta se formó á ambos lados de la calle y poco después llegaron los coches de Gobierno. Eran cuatro de aquellas valiosas carrozas que había visto en las Caballerizas Reales. Traía cada una tres parejas de caballos adornados y enjaezados lujosamente. Sobre el asiento del cochero venía montado un individuo con tricornio, peluca blanca, casaca bordada, pantalón de seda, medias blancas de seda y zapatones de charol con hebilla de plata. En una

mano empuñaba las riendas y en la otra una larga guasca que alcanzaba hasta la pareja de más adelante. A su lado iba sentado otro individuo vestido de igual manera y atrás del coche sobre una tabla como las que suelen tener algunos *postunos* de mi país para llevar equipaje iban de pié dos individuos con el mismo traje y las mismas pelucas que los otros dos.

Después de media hora de espera salió por fin del hotel de Roma el ministro ruso de casaca más bordada que una cortina de salón japonés y poniéndose un par de guantes blancos que le quedaban algo estrechos porque apenas si pudo juntar el botón con el ojal. Montó en él con el introductor de embajadores, Marqués del Zarco del Valle, en el carruaje de honor y en los otros carruajes montaron el secretario y demás personal de la Legación. Partieron con la Escolta Real en su persecución (al menos así aparentaba por la rapidez con que se fueron) y á la hora estaban de vuelta. No haría cinco minutos que había entrado cuando escolta y carrozas dejaron libre la calle. No haría diez, cuando ví llegar una berlina, muy bien puesta, cochero y lacayo vestidos rigurosamente de negro. De adentro salió, apenas la portezuela fué abierta por el lacayo, un individuo con una casaca muy bordada, una banda de no recuerdo qué color, terciada y el toisón de oro colgando de su cuello. Todo el mundo apenas se bajó descubrióse respetuosamente y él contestó sacándose el sombrero de dos picos, con

plumas que dejó en descubierto una cabeza blanca de canas pero en la cual no se veía ni rastro de calvicie. Este señor era bajo, grueso, usaba bigotes y mosca, mirada sumamente inteligente, ojos pequeños y la nariz montada por unos quevedos con orillas de oro de los cuales pendía una cadenita muy fina que se perdía más abajo en los bordados de la casaca.

—Ese es Cánovas del Castillo, me gritó mi vecino del balcón.

— ¿Don Antonio Cánovas del Castillo? ¿El primer ministro de España?

— El mismo.

Me parecía imposible que tuviera delante de mis ojos la primera figura política del siglo, en España, al Gladstone español. No podía pensar que el segundo patrón de España, estuviese tan cerca del balcón en que yo estaba, y sin reparar en lo que hacía, corrí á la escalera por donde tenía que subir al segundo piso para hacerle la visita al ministro ruso.

¡ Oh decepción ! Subió por el ascensor y me quedé sin verlo... de cerca. No me pude conformar con esto, me coloqué, al lado de la puerta de calle y de allí no me moví, hasta que bajó de arriba. Pasó á mi lado y tosió. Subí de nuevo al balcón y dije á los que estaban allí :

— Oí toser á un primer ministro de España y... tose lo mismo que todos los mortales.

Desde que oí toser á don Antonio Cánovas del Castillo, como á las demás gentes, bien puedo encontrarme sentado en la falda de la reina Victoria, sin que me inmute. ¡ Tales fueron los resultados de aquella recepción diplomática !

VII

Aunque no tuve el gusto de ver otros miembros de la familia Real que la reina doña Isabel II en París y las infantas María Eulalia, Isabel María, Luisa Fernanda, á ninguna de las cuales conocí, voy á poner en estas pájinas los nombres de todos los que componen esta régia casa antes de dar los últimos toques á mi viaje á España.

Ante todo el Rey Constitucional es don Alfonso XIII, que nació el 17 de Mayo de 1886.

Su madre es la archiduquesa de Austria doña María Cristina Deseada Enriqueta Felicidad Reniero, Reina Regente de España desde el 25 de Noviembre de 1885.

Don Alfonso XIII tiene dos hermanas. La infanta doña María de las Mercedes Isabel Teresa Cristina Alfonsa Jacinta Ana Josefa Francisca Carolina Fernanda Filomena María de Todos los Santos, princesa de Asturias, que nació el 11 de Septiembre de 1880 y la infanta doña María Teresa Isabel Eugenia Patrocinio Diega que nació el 12 de Noviembre de 1882.

Sus abuelos son: doña Isabel II, proclamada

reina el 29 de Septiembre de 1833 y don Francisco de Asis María, infante de España, declarado rey en 10 de Octubre de 1846.

Los demás infantes son :

María Isabel Francisca de Asís Cristina Francisca de Paula Dominga, condesa viuda de Girgenti. Nació el 20 de Diciembre de 1851.

María de la Paz Juana Amalia Adalberta Francisca de Paula Juana Bautista Isabel Francisca de Asís. Nació el 23 de Junio de 1862.

María Eulalia Francisca de Asís Margarita Roberta Isabel Francisca de Paula Cristina María de la Piedad, casada con don Antonio de Orleans. Nació el 12 de Febrero de 1864.

María Luisa Fernanda, duquesa viuda de Montpensier. Nació el 30 de Enero de 1832.

Luisa Teresa. Nació el 11 de Junio de 1824.

Josefa Fernanda Luisa. Nació el 20 de Mayo de 1829.

María Cristina, viuda del infante don Sebastián. Nació el 5 de Junio de 1833.

Amalia Felipa Pilar, viuda del príncipe de Baviera don Adalberto Guillermo. Nació el 12 de Octubre de 1834.

Con que ya ven mis lectores que en las familias reales sucede lo mismo que entre las familias chilenas. Abundan las mujeres y son escasos los hombres.

Un consejo antes de terminar el capítulo: No apurarse los solterones. ¡Solteronas: corred á todo escape!

VIII

Como el despertar de un sueño agradable, como si estando rendido y descansando lo obligasen á uno á levantarse para cualquier imbecilidad, tal fué la impresión al saber la noticia de nuestra pronta partida de España. No hubiéramos deseado salir de ella sinó para venirnos á Chile. Era necesario volver á París y esta misma necesidad hacía más desagradable la cosa. Si á lo más agradable lo hacemos necesario, nos molesta al fin y al cabo.

Tuvimos que abandonar España y la abandonamos con pena como se deja un ser querido, un amigo cariñoso, sincero y franco. Aquel mismo *Sud-Express* en que llegamos, era el que nos iba á sacar de ella, y nos sacó en un día claro y hermoso del mes de Mayo, á las tres de la tarde, de la Estación del Norte de Madrid. Muchos españoles iban en el tren é inútil me parece decir que con la mayoría entablé relaciones. Uno sobre todo me fué particularmente simpático.

Á la mañana siguiente acabábamos de cambiar de tren y de pasar la frontera. Estábamos en Francia.

— ¡ Ha visto Ud. país más hermoso que España ? me preguntó aquel español con que mas había simpatizado.

— Sí, Chile.

A Quijote, Quijote y medio.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE Y DEL LIBRO

INDICE



SEGUNDA PARTE

LA SEMANA SANTA.

Sevilla en estos días.—Las procesiones.—Una procesión á las tres de la mañana.—La cofradía del Gran Silencio.—La Virgen de la Macarena y entusiasmo popular.—La semana santa no me sorprende. 5



LA FERIA.

Un poco de historia.—Aspecto general y sus divisiones.—Las casetas de los Círculos.—Los bailes flamencos.—La calle de los gitanos, un museo distinguido y un espectáculo *caro* con fenómenos.—Las iluminaciones. 33



LAS CORRIDAS DE TOROS.

Su origen.—Los toreros y las ganaderías de hoy día.—Los trajes de los toreros.—Los toros en Tablada —El encierro.—La corrida.—Las diferentes suertes del picador, de las banderillas y del espada.—Lo que cuesta abrir el toril.—Las desgracias.—Los términos toreros y relación de una corrida tomada de *El Toreo Cómico*. 83



SEGUNDA ESTADÍA EN MADRID

De Sevilla á Madrid.—Caballerizas reales.—Real Armería.	
—El dos de Mayo.—Antiguos y nuevos conocidos.	
—Una recepción diplomática.— La familia Real.—	
Estertores del viaje; su agonía.	157

EN PREPARACION:

HILVANANDO APUNTES. (EPISODIOS DE VIAJE)



